

MANUEL M. ZORRILLA

RECUERDOS

DE UN

SECRETARIO

TOMO II

ANÉCDOTAS. - PERFILES MINISTERIALES



BUENOS AIRES
A. Moen y Hno., Editores
FLORIDA, 323
1912

ANECDOTAS



Un itinerario modificado

La coexistencia de los gobiernos nacional y provincial en la ciudad de Buenos Aires antes de que ésta fuera declarada capital permanente y propia de la Nación, dió lugar á numerosos conflictos de diverso género.

Varios de ellos proporcionaron materia á prolongados debates, otros se resolvieron en los campos de batalla, y algunos no quedaron sino para risueños comentarios.

A estos últimos pertenece el que vamos á referir.

La guerra del Paraguay había concluído, é iban á regresar á Buenos Aires los últimos res-

tos del glorioso ejército que había llevado á cabo una larga y penosa campaña, durante la cual dió admirables pruebas de valor y de patriotismo, pasando resignado y altivo por todo género de sacrificios y privaciones.

La capital de la República se preparaba á recibir dignamente á los sobrevivientes de la guerra, y á honrar la memoria de los que no volían con ellos, porque habían perecido en los campos de batalla defendiendo el honor y la bandera de su patria.

El programa de las fiestas había sido ya formulado, y hasta se había publicado el itinerario que debían seguir las tropas, y en el cual estaban comprendidas la casa de gobierno nacional y la de la municipalidad, que pertenecía entonces á la provincia, y ocupaba el local donde está hoy la intendencia y una parte de lo que es la avenida de Mayo.

El presidente Sarmiento quería presenciar el desfile desde un punto que le permitiera

ver de cerca el ejército y dirigirle una proclama, no siendo apropiada para ese objeto la vieja casa rosada, que estaba separada de la vía pública por rejas y jardines.

La municipalidad le hizo invitar para que concurriera á sus balcones, pero el presidente se valió de algún intermediario á fin de hacer comprender que el primer magistrado de la Nación no podía presidir como un huésped desde casa ajena el acto que iba á tener lugar, y que sólo aceptaría la invitación en caso de que se pusiese á su disposición todo el edificio para llenarlo como mejor le pareciera.

La municipalidad manifestó que tendría mucho gusto y mucho honor en recibir en su local al presidente de la República, quien ocuparía allí el sitio de preferencia, pero que no podía dejar de ser ni por un momento la dueña de su casa, mucho más cuando ya había hecho arreglos é invitaciones en ese concepto.

Sarmiento agradeció entonces la invitación,

y excusó su asistencia, pero no podía dejar sin su merecida recompensa esa falta de consideración y de cortesía.

Mandó construir y preparar convenientemente un gran tablado sobre la misma vía por donde debían pasar los cuerpos del ejército, creemos que en ese espacio libre que está frente á la Bolsa de Comercio. Allí se instaló en el momento oportuno con su grande y correspondiente comitiva, y fundándose en la necesidad de facilitar por todos los medios posibles el paso de las tropas por la plaza, suprimió á última hora del itinerario la cuadra de la calle Bolívar comprendida entre Rivadavia y Victoria, de manera que la municipalidad se quedó con su casa preparada, sus invitaciones hechas y sin desfile que presenciar.

Como se escribe la historia

Los exparcimientos de la amena literatura ofrecían un poderoso atractivo sobre el doctor Avellaneda, que entre los numerosos libros de su biblioteca copiosamente surtida de derecho, de política, de ciencias, de historia y de otros ramos del saber humano, tenía una selecta colección de producciones de ese género, en cuyas páginas iba á refrescar frecuentemente su cabeza caldeada por el estudio serio y por las preocupaciones de la vida pública.

Algunas veces optaba por el sistema opuesto, y especialmente cuando sus nervios estaban excitados, recorría algunos pasajes del libro

de Job, por el que tenía gran predilección, ó ciertos textos clásicos de los viejos y afamados doctores de la Iglesia, en los cuales ha de encontrarse seguramente un buen depósito de bromuros.

Los versos de los grandes poetas franceses le interesaban mucho, y tenía suma facilidad para traducirlos en elegante prosa castellana, aunque su pronunciación de la lengua en que estaban escritos dejaba mucho que desear.

Una vez era esperado en una reunión á la que debía asistir, y como tardase en llegar, fué á buscarle uno de sus amigos, en previsión de uno de esos olvidos ó distracciones que eran en él frecuentes, y le encontró traduciendo ante un pequeño grupo de gentes de buen gusto literario, las hermosas estrofas dedicadas á la Malibran por Alfredo de Musset.

Amigos que concurrían á su casa para hablarle de política ó de otras cosas análogas ó parecidas, se daban cuenta en ciertas oca-

siones de que allí no había teatro por el momento sino para la literatura, y era necesario entregarse á ella completamente. Y sucedía así con frecuencia que una persona que había ido á visitar al presidente para tomarle el pulso, como se dice generalmente, sobre un puesto público que pretendía, ó sobre una propuesta que había presentado al gobierno para la adquisición de alguna cosa, salía de la casa después de un rato de conversación, con la cabeza llena de versos de Lamartine ó de comentarios hechos á una homilia de San Agustín, pero sin una sola palabra sobre el objeto principal de la visita.

Es muy probable que en muchas ocasiones, previsto el caso por el buen olfato que suelen tener ciertos hombres públicos, fuese esa una táctica calculada para evitar compromisos, ó ahorrarse el desagrado de dar una respuesta desfavorable.

Un día se anunció la aparición de las poe-

sías completas de Jorge Isaacs, y ellas fueron esperadas con ansiedad, á causa de la resonancia de su novela "María", que tantos apasionados y admiradores tuvo en su época.

El libro vino y causó un profundo desencanto. El poeta no estaba á la altura del novelista.

En una que otra composición habían algunos chispazos de expresión y sentimiento, pero las demás, si bien eran muy correctas y estaban hechas de conformidad á las reglas del arte, carecían por lo general del mérito sobresaliente que hacía esperar el renombre del autor.

El doctor Avellaneda se aficionó del asunto, y escribió un estudio comparativo entre el poeta y el novelista, estudio matizado con diversas consideraciones sobre esos dos ramos de la literatura y sus principales representantes.

El trabajo resultó muy delicado y de una buena extensión.

Al día siguiente de haber sido terminado, debía tener lugar un acuerdo de ministros para el que se había citado con anticipación.

Todos concurren á la hora fijada, y después de hechos los primeros saludos y de cambiadas las frases usuales en tales casos, se produjo ese discreto silencio que precede á la exposición del asunto que motiva la reunión.

El doctor Avellaneda echó entonces la mano al bolsillo, y sacó un legajo de papeles que los presentes tomaron por algún proyecto de mensaje al congreso, ó por un trabajo sobre finanzas ó cosa parecida. Pero no había tal cosa. El manuscrito era el estudio sobre Isaacs que el autor se puso á leer inmediatamente, sin introducción ni aviso de ninguna clase.

Hubo al principio un aire de sorpresa en los oyentes, aire que fué cambiando poco á poco en otro de agrado y satisfacción, pues

ya hemos dicho que se trataba de un trabajo verdaderamente delicado, y los ministros eran hombres intelectuales, entre los cuales figuraban el doctor José M. Gutiérrez, escritor de exquisito gusto literario, y el doctor Alsina, que en materia de sentimiento siempre podía dar una opinión autorizada.

El doctor Avellaneda suspendía á veces la lectura para hacer algunos comentarios ó aclaraciones á lo escrito, ó para agregar ideas nuevas que se le ocurrían, y por su parte los ministros objetaban, aprobaban ó de cualquier otro modo hacían también uso de la palabra, de manera que á los pocos momentos de iniciada la reunión, el presidente y todo su gabinete se hallaban completamente entregados á la literatura.

Entretanto, el edecán de servicio guardaba rigurosamente la puerta, y se negaba á anunciar á las personas que iban á buscar al presidente, sin excepción alguna, manifestan-

do que su excelencia se hallaba muy ocupado en acuerdo de ministros.

Cuando la materia quedó agotada, se vió que era ya tarde para entrar á ocuparse del objeto á que debió ser destinada la reunión, y quedó ésta aplazada para el día siguiente. El doctor Avellaneda guardó sus papeles, y los ministros se retiraron.

—Creo que este será el primer caso de un novelista ensalzado y de un poeta condenado en acuerdo de ministros, — dijo al levantarse el doctor Alsina, que fué el primero en abandonar el salón presidencial.

En ese tiempo, el arte del reportaje no estaba elevado á la categoría en que hoy se encuentra, pero no faltaban noticieros, como se decía entonces, que andaban á la pesca de novedades. Algunos interpelaron á los ministros á su salida, pero éstos esquivaron toda respuesta, y al día siguiente uno de los diarios más difundidos y mejor informados

de la época, traía en sus columnas un suelto que decía lo siguiente: "Ayer ha tenido lugar en el salón presidencial un largo acuerdo de ministros, que no ha sido interrumpido por persona alguna ajena al gabinete, habiendo estado las puertas muy bien guardadas. Se cree que debe haberse tratado de algo grave y delicado, pues el presidente y los ministros guardan una absoluta y profunda reserva sobre el objeto de la misteriosa reunión. ¿Estará de por medio la política interna que empieza á embravecirse de nuevo, ó la escabrosa cuestión internacional que tenemos pendiente? Trataremos de averiguarlo por nuestros propios elementos de información."

Así se escribe la historia.

Un telegrama de Sarmiento

Corría el año 1879 y se estaba preparando la tormenta revolucionaria del 80.

La situación política era gravísima.

Las relaciones del gobierno nacional con el de la provincia de Buenos Aires se hacían cada día más tirantes, y el último iba ya llegando á los límites de la rebelión abierta.

La prensa embravecida era pródiga en ataques violentos á los miembros del poder ejecutivo y del congreso, y hasta al espíritu mismo, las tendencias y las tradiciones de los pueblos del interior.

Los cuerpos de voluntarios armados y alen-

tados por la autoridad provincial, recorrían diariamente las calles en medio de manifestaciones hostiles para la autoridad federal.

Una gran parte del ejército de línea se hallaba también en la capital, y eran notorias su fidelidad y su adhesión al presidente de la República y á sus jefes.

Las provocaciones de una y otra parte eran incesantes, y á cada momento se temían incidentes y encuentros desagradables.

Solo la prudencia, el tino y la habilidad del doctor Avellaneda podían seguir conteniendo esa corriente de odios y amenazas, próxima á desbordarse con estrépito.

Ocurrió entonces una de esas crisis ministeriales que se hicieron frecuentes, y quedó vacante el ministerio del interior.

En lugar de buscar el presidente un colaborador de tendencias conciliatorias ó de tintes descoloridos como para prolongar una situación temporizadora, resolvió tentar un

nuevo esfuerzo cambiando de rumbo á sus recientes propósitos, y llamó á su lado á un hombre de una autoridad indiscutible, de un carácter ampliamente acentuado, de un temple muchas veces probado, y de una voluntad de hierro. Nombró á Sarmiento ministro del interior.

La designación causó cierta sorpresa, y se produjo una momentánea suspensión de hostilidades, algo como una situación de silenciosa expectativa, á la espera del programa ó de los primeros actos del nuevo ministro.

Hubo, pues, una calma relativa.

Sarmiento acababa de prestar el juramento de práctica, y estaba conversando en el salón presidencial con el doctor Avellaneda y los demás ministros, cuando le llevaron un telegrama que en ese mismo momento se había recibido para él. Salió á la secretaría del presidente con el objeto de contestarlo, escribió rápidamente su respuesta, la entregó abier-

ta al secretario, le pidió que después de leerla la enviara á su destino, y volvió sonriente al despacho presidencial.

El secretario leyó el telegrama, que quedó estereotipado en su memoria. Decía así:

“José Posse. — Tucumán. — Acabo de tomar posesión del ministerio y te agradezco tus afectuosas palabras. El potro empieza á amusgar las orejas al reconocer las espuelas de su viejo jinete. Habrá gobierno.—Sarmiento.

Diálogo original

El doctor Avellaneda era indudablemente un hombre de valor, pero tenía también una discieta prudencia, y encontraba por lo general el medio de equilibrar convenientemente esas dos cualidades tan importantes en la vida.

Y así como era enemigo de una prudencia excesiva, lo era también del valor agresivo y vocinglero.

Desgraciadamente para él, durante su histórica residencia en Belgrano al frente del gobierno nacional, tuvo que luchar contra esos dos extremos, pues mientras que algunas de esas personas cuya posición las ponía en el caso de ser consultadas, se mostraban meticolosas en alto grado, otras eran partidarias de la más exagerada violencia.

Y hubo una tercera categoría compuesta de gentes que estuvieron sucesivamente en esos dos polos opuestos. Mientras la situación fué difícil, se inclinaban á los arreglos pacíficos á toda costa, y cuando hubo desaparecido el peligro, pretendían que las cosas se llevaran á sangre y fuego.

Esa tercera categoría tuvo en todos los momentos una invencible aversión de parte de Avellaneda.

Cuando las hostilidades armadas habían cesado y se estaba en la tramitación de la paz, le llevaron la noticia de que andaba en todos los corrillos propalando críticas acerbas contra las flojidades y las cobardías del gobierno, cierto personaje que había calificado á éste de audaz y temerario en los momentos del peligro, noticia que causó verdadera indignación al doctor Avellaneda, y que contribuyó á mantener en él por largo tiempo una mala voluntad que se hizo notoria hacia el propagandista de que le hablaron.

Una mañana se hallaba bajo la desagradable impresión que le produjeron esos informes, tal vez abultados por la maledicencia, y fué á pasearse en un ancho veredón que había frente al templo y muy cerca de la casa donde tenía su despacho, ejercicio que efectuaba frecuentemente, y durante el cual solía detener á algunos de los transeúntes para conversar con ellos sobre las cosas de actualidad, sorprendiéndolos á veces con unas preguntas que les dejaban perplejos.

Cuando se hallaba preocupado por alguna cosa desagradable ó fastidiosa, no podía pasar mucho tiempo sin desahogarse con alguien, haciéndole el confidente de sus disgustos; y si no encontraba una persona que pudiese servir para ese objeto, solía sacudirse las manos y hacer castañetear los dedos, como si quisiera desprenderse de algún fluído que le incomodara.

La mañana á que nos referimos debía ya

tener cansados los brazos con esos movimientos, cuando acertó á pasar por su lado un empleado de la casa de gobierno, á quien detuvo de improviso como si tuviese que decirle algo urgente, entablando con él el breve diálogo siguiente:

—¿Conoce usted á Fulano de Tal? (Aquí el nombre del personaje aludido).

—Sí, señor presidente.

—Sabe usted que es un... cobarde?

—No, señor presidente.

—¡Pues sépalo usted!

—Está bien, señor presidente.

Pronunciadas estas últimas palabras, el empleado se retiró de prisa sorprendido ante tal interpelación, y temeroso de que nuevas preguntas le pusiesen en alguna situación apurada, mientras el doctor Avellaneda recobró su tranquilidad habitual, como si se hubiese quitado de encima un peso abrumador.

Sarmiento y Guarumba

Durante toda su administración Sarmiento fué violentamente atacado por una parte de la prensa, y un semanario satírico que tenía mucha popularidad, "El Mosquito", hacía de él unas caricaturas que le presentaban con una fisonomía y una facha espeluznantes y fenomenales.

Llegó un momento en que hizo un viaje á la provincia de Entre Ríos con el objeto de inaugurar los primeros trabajos del ferrocarril de Concordia á Monte Caseros, ferrocarril que más tarde entregó al servicio público su sucesor el doctor Avellaneda.

Durante los días que permaneció en la primera de esas ciudades, hizo varias excursiones á algunos puntos próximos. Uno de los elegidos fué Federación, modesta población en la que imperaba como un señor de la edad media el coronel Guarumba, caudillo prestigioso de toda la región. Era un verdadero gaucho en su figura, en sus modales, en su lenguaje y en su indumentaria, aunque tenía una gran viveza natural como casi todos sus congéneres.

En un almuerzo que tuvo lugar y al que concurrieron las autoridades y los vecinos principales, Sarmiento y Guarumba fueron colocados frente á frente en las dos cabeceras de la mesa, y alguien insinuó en voz alta la idea de que se modificara esa colocación, situando más cerca del ilustre huésped al que podía ser considerado como el dueño de casa.

—Nadie se mueva, dijo entonces el presidente, pues el coronel Guarumba y yo estamos donde debemos estar, en los dos extremos.

Y al pronunciar estas palabras, lo hizo con un aire marcado de malicia, que talvez pasó desapercibido para algunos de los presentes, pero que el vivísimo caudillo comprendió muy bien, preparándose probablemente desde ese momento para la revancha.

Terminado el almuerzo, los comensales se dividieron en grupos, y en uno de ellos se encontraron y entablaron conversación los dos personajes principales de este episodio.

—Señor presidente, dijo el montaraz coronel, en cuanto divisé á vuecencia cuando bajaba de su carruaje lo reconocí perfectamente sin que nadie me lo señalara.

—Y ¿dónde ha podido usted conocerme antes de ahora? preguntó sorprendido Sarmiento, pues no creía haberse visto en ninguna otra parte con su interlocutor.

—En “El Mosquito”, señor presidente, contestó Guarumba haciendo brillar una chispa de pillería en el fondo de sus ojos.

Sarmiento se estremeció, y pareció vacilar un momento entre precipitarse sobre el gaucho audaz, ó tomar la cosa á la broma.

Optó por lo último, y lanzó una estrepitosa carcajada por todo comentario á la picaresca salida del caudillo socarrón.

Una evasión

Había estallado la revolución de Septiembre en los últimos días de la administración Sarmiento.

La capital estaba en constante agitación.

La policía mantenía una constante vigilancia á fin de impedir la salida de las numerosas personas que trataban de incorporarse á la revolución, ó de escapar á todo peligro en el extranjero.

Las comisiones de fuerza armada recorrían las calles en busca de los guardias nacionales que no habían acudido al llamamiento del gobierno, ó que de cualquier otro modo se pro-

ponían eludir el cumplimiento de sus deberes militares.

Entre estos fué tomado, en momentos en que se preparaba á salir de la ciudad para dirigirse al campamento enemigo, un distinguido joven, hijo de uno de los principales personajes de la revolución. Conducido al departamento de policía, fué destinado á formar parte de un cuerpo que iba á ponerse inmediatamente en campaña.

La señora madre del detenido, acompañada por el jefe de policía, fué á ver al presidente de la República, con quien había mantenido relaciones sociales.

Recibida con la atención que merecía, dijo que era la esposa de un hombre público á quien había acompañado en la buena como en la mala fortuna, habiendo aceptado, sin quejas ni protestas, todas las situaciones que le habían creado las vicisitudes de la política y de la guerra. Agregó que nada iba á pedir,

por consiguiente, pero que le causaba horror la idea de que pudieran encontrarse el padre con el hijo en el campo de batalla, y que creía que habría algún medio para impedir esa monstruosidad.

El presidente contestó que lamentaba de veras tan penosa situación, mucho más cuando nada podía hacer directamente para evitarla. Dijo que él también era un hombre público, ante cuyos deberes y responsabilidades no había vínculos de ninguna clase, sino ciudadanos que tenían los mismos derechos y obligaciones, y entre los cuales no podía hacer ningún género de distinciones.

Aunque estas palabras fueron pronunciadas en medio de la mayor cortesía, la distinguida matrona se levantó de su asiento é iba á retirarse silenciosa, cuando Sarmiento, mirando de cierto modo al jefe de policía, dijo: "Si ese joven pudiera al menos evadirse sin que lo sospechara el jefe de policía ni lo supiera

el presidente de la República, tendríamos tal vez la única solución salvadora del asunto”.

La entrevista quedó terminada.

Algunas horas después el prisionero logró sorprender la vigilancia de sus guardianes, y abandonó furtivamente el lugar de su detención, en medio del silencio y las sombras de la noche.

Y al día siguiente se supo con sorpresa que en vez de dirigirse el fugitivo al campamento revolucionario, se había ido á Montevideo donde esperó el desenlace de la guerra.

Discurso perdido

En una de las provincias del interior vivía una antigua y excelente familia cuyo jefe era una persona muy buena, muy decente, muy honorable, con mucho conocimiento de campos, ganados, cultivos agrícolas y otros medios de hacer fortuna correctamente, pero de inteligencia muy limitada y sin instrucción de ninguna clase. Es muy posible que no tuviera noticias de lo que era la constitución nacional.

No había tomado parte jamás en la política, pero cuando salió á la lucha electoral la candidatura presidencial de Sarmiento, se hizo un entusiasta partidario suyo, por un movi-

miento espontáneo de sus simpatías, tal vez algo estimuladas por la influencia del doctor Avellaneda, que le era muy conocido á causa de antiguas relaciones de familia, y á quien veía y escuchaba con estimación y respeto en las raras veces que venía á Buenos Aires por asuntos de negocios, ó con el objeto de dar breves y amenas vacaciones á sus tareas ordinarias.

Entablada la campaña política, el caballero de que nos ocupamos intervino resueltamente en ella, formando parte de clubs electorales, contribuyendo generosamente á los gastos con su dinero, y haciendo una entusiasta propaganda entre sus relaciones sociales y comerciales, que no eran escasas, á causa de su fortuna y de sus extendidos negocios.

El día de la victoria de su candidato fué un gran día para él, y lo festejó ruidosamente con una sonada fiesta dada en una de sus propiedades de la campaña.

Vino á dar un paseo por Buenos Aires cuando hacía ya algún tiempo que Sarmiento era presidente de la República, y el doctor Avellaneda creyó muy natural presentarle á su entusiasta partidario, cosa que éste aceptó con la más grande satisfacción.

Obtenido el consentimiento del presidente, se hizo la presentación en el despacho presidencial, y el doctor Avellaneda que tenía que hacer algo inmediatamente, dejó solos al presidente y su visitante, creyendo que ese acto de cortesía terminaría en pocos minutos más.

Debemos hacer una digresión para decir que en esos momentos ocurrieron en la provincia de San Juan ciertos sucesos políticos de importancia, que dieron motivo á los debates más luminosos que han tenido lugar en el congreso sobre esa facultad tan discutida de la intervención nacional. Algunos ministros y varios miembros del parlamento pronunciaron grandes discursos, que han quedado como verda-

deros modelos en esa materia, aunque es muy posible que no hayan sido tenidos en cuenta ni siquiera leídos con motivo de las numerosas intervenciones que, respondiendo á diversas causas y por medios tan distintos, se han llevado á cabo en épocas posteriores.

El presidente Sarmiento había dado al caso extraordinaria trascendencia, y sucedió esa vez lo que había sucedido siempre que ese eminente hombre de Estado se hallaba preocupado por algún asunto de alto interés público: hablaba de él con cualquier pretexto, sin fijarse en si el auditorio que le escuchaba se componía de mil personas ó de una sola, ni en si tenía la preparación suficiente en la materia de que se trataba.

Hecha la presentación á que nos hemos referido, el doctor Avellaneda se fué á su despacho, donde se ocupó de varios asuntos, pasó al congreso, estuvo en algunas de sus comisiones, tal vez tomó parte en la sesión de

alguna de las cámaras, volvió al ministerio á recoger algunos papeles, y sabiendo al retirarse que el presidente estaba todavía en su departamento, fué á saludarle antes de dejar la casa.

Cuando se abrió la puerta y pasó los umbrales del salón presidencial, se quedó inmóvil de sorpresa, porque tuvo ante sus ojos el mismo espectáculo que había dejado varias horas antes.

Su amigo estaba en el mismo puesto y en la misma actitud, presentando todos los síntomas de un inminente desvanecimiento ó de una súbita alteración de sus facultades mentales, y el presidente se paseaba agitado delante de él, hablando á gritos y con violentos ademanes sobre la cuestión de San Juan.

Por el aire de cansancio del orador, por el timbre de su voz, y por la altura á que se encontraba la exposición, comprendió el doctor Avellaneda que debió haber abarcado gran-

des proporciones aquel discurso desarrollado ante un público reducido á una sola persona que no entendía una palabra del asunto de que se trataba.

La entrada en la escena de un nuevo personaje puso fin felizmente á aquel suplicio. El presidente se retiró solo, y su mudo visitante salió acompañando al ministro, que hacía esfuerzos sobrehumanos por mantenerse serio, y que al referir después esta aventura, decía que su amigo no le había dicho una sola palabra sobre el percance, pero que por sus exterioridades y por algunas palabras sueltas que se le escaparon, sospechó que había tomado la irrevocable resolución de abandonar las escabrosas corrientes de la política, y de no prestigiar jamás candidatura alguna para ningún puesto público, de cualquier clase ó categoría que fuera.

Una lección ejemplar

Siguiendo sus naturales tendencias que le alejaban de todas las ostentaciones, el doctor Avellaneda sostenía que la modestia es la compañera inseparable del verdadero mérito.

Una de sus máximas favoritas era la de que la importancia aparatosa que las personas se dan á sí mismas, está por lo general en proporción inversa con la que tienen realmente; y solía decir también que las cabezas huecas se hierguen materialmente con más facilidad que las que tienen algún peso dentro de ellas.

La vanidad, el orgullo, la infatuación le incomodaban aun en las gentes de positivas

cualidades, pero cuando se adornaban con ellas la nulidad ó la insignificancia, se sentía verdaderamente indignado.

Son muchas las lecciones que dió en su tiempo á petulantes y pretensiosos, y algunas que recordamos en estos momentos, podrían hacer revivir heridas lejanas que deben encontrarse cicatrizadas ó por lo menos adormecidas.

Nos limitaremos por eso á hacer conocer una sola, que no está en esas condiciones, y que dará una idea de las demás.

Se hallaba en el interior de la República una persona que ocupaba una posición pública regularmente elevada, y que por antiguas vinculaciones de familia tenía bastante confianza con el doctor Avellaneda, que era entonces presidente de la República.

No había hecho estudios metódicos ó fundamentales sobre nada, pero aficionado á la lectura volante, tenía uno de esos barnices de ilustración que se adquieren en las revistas y

las misceláneas, y que suelen ser la base de exageradas pretensiones. Se creía capaz de hablar á propósito de cualquier asunto, emitía con la mayor facilidad juicios terminantes y sentenciosos sobre cosas y personas, y tenía gran audacia para manejar la pluma.

Ocurrieron en cierta ocasión unos sucesos políticos en la provincia de Corrientes, sucesos que apasionaron la opinión y motivaron una intervención nacional, cuya marcha dió lugar á ruidosos comentarios y exaltadas discusiones.

La persona de que nos ocupamos había tenido ideas contrarias á las que inspiraron los procedimientos del gobierno, y escribió una larga carta al doctor Avelianeda, trasmitiéndole sus opiniones y amontonando argumentos sobre argumentos para sostenerlas. Y aunque los términos de la comunicación epistolar eran amistosos y moderados, dejaban entrever en ellos la pretenciosa esperanza de que el

presidente se convirtiera á sus doctrinas. Para mayor abundamiento, adjuntaba varios números de un periódico en el que había publicado algunos artículos sobre el mismo tema.

El firmante de la carta y autor de las elucubraciones á ella agregadas, esperaba ansioso la contestación del doctor Avellaneda, halagado por la idea de que tal vez había podido apartar de su senda extraviada á tan conspicuo personaje.

La respuesta le llegó, pero en términos muy distintos á los que él esperaba.

La carta presidencial terminaba con un párrafo que decía, poco más ó menos, lo siguiente: "De acuerdo con sus deseos, he comparado nuestras respectivas opiniones sobre el asunto de Corrientes, y por más de un motivo me quedo con las mías. En cuanto á sus artículos, no los he leído. Tengo mi tiempo muy ocupado, y cuando me quedan algunos momentos libres, los suelo dedicar á la lectura de autores más conocidos."

El destinatario de este sinapismo tenía motivos para no exteriorizar la impresión que debió producirle el enérgico medicamento, pero no volvió á trasmitir al doctor Avellaneda sus opiniones políticas, ni mucho menos á enviarle diario alguno que contuviera sus producciones.

Sarmiento y la prensa

En su múltiple carácter de hombre de principios liberales, de fiel ejecutor de las leyes, de escritor y de entusiasta propagandista de la educación popular, Sarmiento tuvo siempre el más alto concepto de la prensa periódica y fué un celoso guardián de su libertad.

En algunas ocasiones reprochó enérgicamente, sin embargo, los extravíos y los excesos á que suele entregarse ese poderoso resorte de la civilización moderna.

Especialmente cuando se halló al frente de la presidencia de la República, y fué el blanco de ataques tan inmerecidos como violentos, tuvo algunos desahogos de indignación contra la prensa, y llegó hasta insinuar al congreso la

necesidad de buscar una forma de contener los desbordes de la calumnia y la injuria, sin violar una de las principales libertades consagradas por la constitución nacional.

Hacia gala en esa época de no leer los diarios, en lo que debía haber habido alguna exageración, pues parecía imposible que un hombre que pasó su vida escribiendo y leyendo, hubiera podido concebir y ejecutar súbitamente semejante resolución.

En una reunión de que formaba parte se hablaba un día de una noticia sensacional, y manifestó Sarmiento que no la conocía. Hubo una sorpresa general, porque el hecho había sido divulgado por todos los diarios.

—Es que yo no leo los diarios—exclamó el presidente.

—No es extraño—dijo entonces uno de los presentes—porque el señor presidente no debe tener tiempo para la lectura en medio de sus grandes y numerosas tareas.

—No es eso, señor — repuso Sarmiento. —

Tengo tiempo para todo. Es que no quiero leer. ¿Quién es el cómplice del que escribe? El que lee, pues, y yo no estoy dispuesto á ser cómplice de los que me quieren mortificar.

Otra vez, no recordamos á propósito de qué asunto, el presidente hizo la misma manifestación de que no leía los diarios.

Y ante la sorpresa de uno de los que le escuchaban, dijo lo siguiente:

—“¿Quiere usted conocer una de las causas porque no leo los diarios?”

“Oiga usted.

“Uno de ellos dijo un día que me habían encontrado á la madrugada dirigiéndome á mi casa con la fisonomía alterada y el traje descompuesto, indicios seguros de que me retiraba de alguna orgía, en la que debí entregarme á todos los excesos.

“La noticia corrió como un rayo. El presidente Sarmiento había estado en una orgía.

“¿Sabe usted donde tuvo lugar la orgía?”

“¡En el cementerio! Fué una orgía de lágrimas y penas.

“Ese día era un triste aniversario para mí. Desde muy temprano me sentí inquieto y no podía dormir. Me vestí de prisa, y fuí á visitar á mi hijo, tan bueno, tan inteligente, tan prematuramente arrebatado á su patria y su familia en el terrible asalto de Curupaytí.

“Lloré en su tumba. Al salir del fúnebre recinto debía tener efectivamente la fisonomía alterada y el traje descompuesto. Y sería entonces cuando me encontró el autor de la noticia, que después entre burlescos comentarios me presentó á sus lectores retirándome de una orgía.

“He ahí uno de los motivos porque no leo, por lo general, los diarios, y porque cuando llego á leerlos les hago poco caso.”

La persona que esto refería agregaba que al pronunciar esas palabras el noble anciano tenía la voz temblorosa, mientras que en sus vivísimas miradas había algo como una mezcla de indignación y de tristeza.

PERFILES MINISTERIALES

I

Los ministros en las monarquías y en las repúblicas — Richelieu y Bismark — Una página de Víctor Hugo — Confidencias de Luís Felipe — Intervención presidencial en el gobierno — Relaciones entre los presidentes y sus consejeros — Lo que debe ser un ministro — Entretelones oficiales — Galería ministerial.

Los ministros tienen un rol superior y mayor importancia en las monarquías europeas que en nuestras repúblicas americanas, pues en aquellas gobiernan en realidad, y especialmente el jefe del gabinete es, más que del gabinete, el verdadero jefe del gobierno.

Entre nosotros el presidente de la República es el director responsable de la administración, y los ministros son nada más que los secretarios del despacho, como dice textualmente nuestra constitución.

En las monarquías hay, por consiguiente, un teatro mayor para la figuración ministerial, y se vé por eso que largos períodos y reinados enteros están llenos del nombre de uno ó más ministros, mientras que el del soberano ha quedado oscurecido en la sombra y el silencio.

Es posible que muchos no sepan quien era el rey cuando gobernaba la Francia Richelieu.

Pero sin tocar esos ejemplos extremos ni remontarnos á épocas lejanas, en los tiempos más recientes ha habido ministros cuya fama ha recorrido el mundo entero, dando verdadera resonancia á ideas y programas que han sido reconocidos como suyos propios.

Guillermo I, el fundador de la unión ale-

mana, ha pasado una grán parte de su vida sobre su caballo de guerra, haciendo brillar su casco al frente de sus ejércitos, para asegurar el desenvolvimiento de los planes de su ministro Bismark.

Pero como el presidente de la República no puede ocuparse directamente de todo, tiene que confiar á sus ministros el desempeño de la mayor parte de las funciones administrativas, y sobre la amplitud más ó menos restringida con que debe proceder á este respecto, no hay entre nosotros reglas ó antecedentes fijos, dependiendo todo de la voluntad, de las tendencias y de la propia capacidad del jefe del gobierno.

Ha habido presidentes que no han hecho sino fijar los rumbos principales de su administración, dejando á cada uno de sus colaboradores la dirección y el desarrollo de su ramo respectivo; otros no se han contentado con eso, y se han ocupado de dar formas á sus inicia-

tivas y proyectos propios, llegando hasta redactar personalmente los principales documentos oficiales; algunos se han empeñado en mantener constantemente una intervención discreta y limitada en todo el movimiento político y administrativo; y no ha faltado quien se haya preocupado de los pequeños detalles, descuidando tal vez lo relativo á los asuntos superiores.

Si algún día llega á conocerse la verdad en estas cosas, la opinión pasará por inesperadas sorpresas; algunos nombres serán descargados de responsabilidades que sobre ellos pesan; no pocas aureolas dejarán de circundar ciertas cabezas; y cambiará seguramente el criterio general respecto de muchos sucesos conocidos.

Cada vez que hemos pensado en las relaciones entre presidentes y ministros, ha venido á nuestra memoria una página de Víctor Hugo, en la que el ilustre poeta relata unas confidencias de que le hizo depositario su amigo

el rey Luis Felipe respecto de sus consejeros en el gobierno.

Vale la pena de hacerla conocer á fin de que sirva de una especie de introducción á la materia de que vamos á ocuparnos, poniendo así estas páginas humildes á la sombra de tan suntuosa portada.

He aquí la parte más pertinente:

“Entonces el rey me dijo amargamente: — Señor Hugo, se me juzga muy mal. Se asegura que soy hábil, lo que quiere decir que soy falso, y eso me hiere. Soy sencillamente un hombre honrado. Los que me conocen saben que tengo el corazón abierto para todos. Thiers, trabajando conmigo, me dijo un día que no estábamos de acuerdo:—Señor, vos sois altivo, pero yo soy más altivo que vos.— La prueba de que yo no soy altivo, le contesté, es que vos me lo decis.—Y á propósito de Thiers ¿sabéis como le juzga Talleyrand?— “Nunca haréis nada de Thiers me ha dicho,

porque es uno de esos hombres de quienes no puede uno servirse sino á condición de dejarle satisfecho, y nada hay que le satisfaga. La desgracia para él como para vos es que no pueda ser cardenal".—Thiers, por lo demás, tiene talento pero es demasiado orgulloso de ser un *parvenu*. Guizot vale más. Es un hombre sólido, un verdadero punto de apoyo. Es superior al mismo Casimiro Perier, que tenía el espíritu estrecho y el alma de un banquero. Uno de los mejores que he conocido, el conde Molé, tenía una manera particular de ceder y resistir al mismo tiempo.—Soy de la opinión del rey en cuanto al fondo, decía, pero no lo soy en cuanto á la oportunidad! —¡Oh! cómo es raro un verdadero ministro! Casi todos son como muchachos de escuela. Las horas de consejo les aburren, y los más grandes asuntos se tratan de prisa. No están contentos sino en medio de los chismes políticos y la charla de sus cortesanos y favoritos.

Y después, ningún sentimiento verdadero del poder, poca grandeza en el fondo, y nada de consecuencia en los propósitos ni de persistencia en la voluntad. Salen de las sesiones del consejo como un estudiante de su clase. Si supieráis, señor Hugo, cómo pasan las cosas en el consejo algunas veces! El tratado del derecho de visita, ese famoso tratado, ¿le creeréis? no ha sido ni siquiera leído en el consejo! El mariscal Sebastiani, entonces ministro, decía: —Pero, señores, leed por favor el tratado. Y yo clamaba:—Mis queridos ministros, leed, pues, el tratado. — No tenemos tiempo y ya sabemos lo que es; que firme el rey, decían ellos.—Y yo firmé”.

Es posible que haya un poco de exageración en esa especie de desahogo, pero los que conocen lo que pasa en las altas esferas oficiales, han de encontrar seguramente en la página citada algunos toques de mano maestra, llenos de colorido y de verdad.

Si se expresaba en esa forma Luis Felipe de sus grandes ministros, ¿qué habrán dicho otros monarcas y presidentes de algunos de los suyos?

Lo que en las líneas transcritas se refiere á la forma en que se realizan y terminan algunas veces los consejos de gobierno, y á la ligereza con que suelen ser tratados algunos asuntos de grave importancia, está tomado decididamente de la más viva realidad, si bien no puede asegurarse que esa sea la regla general en todas las administraciones y en todos los casos.

La verdad es que no puede ser más delicado el rol de los ministros, y que sus relaciones con el jefe del gobierno deben ser muy vidriosas y estar sujetas á la influencia de sentimientos que varíen desde la estimación y la confianza hasta la aversión más profunda.

Un presidente ha de ser indudablemente lastimado por la superioridad efectiva de un

ministro, sobre todo si ella no es discretamente disimulada; y el fastidio ha de llegar á su grado superior, si en mayor proporción que las cualidades positivas encuentra las pretensiones y la vanidad. El extremo contrario debe ser igualmente desagradable. Un consejero insuficiente, tímido, irresoluto ó negligente no puede hallarse á la altura de su misión, y está expuesto á suscitar hasta el menosprecio del magistrado al que debe prestar sus servicios. En cuanto á condiciones de otro orden, la altivez exagerada ha de causar indignación, y repugnancia la extrema sumisión.

En ningún otro cargo público son tal vez tan necesarios los términos medios discretos y ponderados.

Un ministro que se impone en el fondo sin demostrarlo en la forma; que domina en absoluto su ramo haciendo prevalecer sus ideas sin lastimar la autoridad ni el amor propio del presidente, y mostrándose por el contrario

como el intérprete de su pensamiento; que se ofrece ante las responsabilidades, y trata de eliminarse ante los aplausos; que sabe distinguir la independencia de la terquedad, así como la deferencia del servilismo; que es en fin una especie de marco para hacer destacarse la entidad presidencial sin hacer desaparecer tampoco su propia personalidad, es indudablemente el tipo ideal del verdadero ministro.

Ha habido entre nosotros distinguidos ejemplares de ese modelo, así como no han escaseado los que se encontraban lejos de sus poco comunes condiciones.

Los unos han sabido conquistar y mantener la estimación y la confianza presidenciales, que para los otros han llegado á veces á ser reemplazadas por la mala voluntad declarada y hasta por el epigrama irritante, que es la peor de las manifestaciones que puede provocarse á este respecto.

Por especiales y diversas circunstancias un

ministro puede conservar su autoridad y permanecer en su puesto, aunque tenga en contra la malquerencia y la desconfianza del jefe del gobierno, pero cuando se halla de por medio el comentario risueño ó el chiste burlón, es ministro perdido. Detrás de una broma está muchas veces el pasaporte definitivo.

No obstante que por nuestra Constitución el poder ejecutivo es unipersonal y debe ser ejercido por el presidente de la República, hay, pues, un vasto campo de acción y de renombre para los ministros; y los funcionarios de esa categoría que se han sucedido en nuestra administración, han ofrecido en la variada escala de la figuración pública, toda clase de medidas y condiciones.

Ha habido ministros de mérito superior que han vinculado mercedamente su fama á épocas y sucesos verdaderamente memorables; ministros que sin capacidad extraordinaria, pero con infatigable labor y recomendable modes-

tia, han hecho una administración escrupulosa y fecunda; ministros de quienes desgraciadamente no han quedado sino huellas poco favorables para su nombre, y ministros que no han dejado absolutamente nada, ni bueno ni malo.

Provocaría seguramente marcado interés una relación anecdótica de ciertas épocas accidentadas de nuestra alta vida oficial, de las relaciones de los jefes del gobierno con algunos de sus consejeros, de escenas graves y risueñas desarrolladas dentro de los muros de la casa rosada, y de los detalles de asuntos y gestiones que tuvieron en su tiempo gran resonancia, pero su divulgación actual sería indiscreta é inoportuna á causa de que están frescos los sucesos, y de que aun viven muchas personas de las que en ellos figuraron. Las observaciones y apuntes tomados durante veinte años pasados en los entretelones de la presidencia y los ministerios, desde donde se con-

templa las verdaderas proporciones de la escena y los actores, y se puede apreciar de cerca muchas cosas que permanecen ignoradas, ó son erroneamente interpretadas, ó parecen inexplicables para el público, quedarán ahí á fin de que sean conocidas á su tiempo, ó continúen sepultadas en el silencio ó el olvido si así más conviene.

Lo que nos proponemos por el momento es hacer desfilas por estas páginas algunos de los ministros que han figurado desde la época de Sarmiento, sin la pretensión de hacer su biografía ni siquiera un estudio general sobre su figuración, sino con el simple objeto de señalar sus hechos más notables, ó los principales rasgos que los han distinguido, como para que vaya quedando siquiera una leve huella de su paso por la administración pública, en esta época de profundo olvido para los sucesos buenos y malos de nuestro reciente pasado.

No nos ocuparemos sino de los que ya no

existen y de aquellos cuya actuación hayamos tenido ocasión de conocer directa ó indirectamente, siendo seguro que dejen de figurar en esta modestísima galería hombres muy meritorios, pero que no se encuentran en las condiciones mencionadas.

Repetiremos, por lo demás, en esta ocasión, que en estos como en nuestros apuntes anteriores, no nos proponemos hacer historia ni siquiera crónica, limitando nuestra tarea á la presentación de episodios aislados que den una ligera idea de algunos de nuestros hombres públicos.

II.

El ministerio de Sarmiento — El doctor Vélez Sársfield — El derecho y el latín — Cuestiones constitucionales — Ferrocarriles y telégrafos — Una imputación de gastos combatida — Frases felices — Recursos oratorios del gran ministro — Su retiro del gabinete Su muerte — La despedida de Sarmiento.

Algunos hombres públicos son como esos grandes artistas que se rodean de mediocridades en la escena, creyendo que de esa manera se han de destacar mejor en el contraste.

Otros opinan lo contrario, y piensan que para el mejor brillo de la propia personalidad, así como para el más cumplido éxito de la acción común, es preferible que el verdadero mérito esté dignamente acompañado.

Hasta la naturaleza parece indicar la ex-

celencia de este último sistema. El astro solitario de la noche brillando entre las sombras, no puede producir efecto superior al de la luz del sol haciendo destacarse las elevadas cimas de las montañas y el mar infinito.

Sarmiento era de los que querían encontrarse en buena compañía, y por eso trató siempre de tener en su gabinete personajes de primera magnitud.

Al recordar el ministerio de ese eminente magistrado, surge súbitamente en la memoria la gran figura del doctor Vélez Sársfield.

Ese afamado jurisconsulto que dejó su nombre tan altamente colocado en el foro y al frente de nuestros códigos principales y de notables trabajos de derecho; ese hombre de Estado de concepciones tan vastas y profundas; ese maestro del parlamento, cuya oratoria iba desde el discurso clásico que era escuchado por su auditorio con patriótico recogimiento, hasta el epigrama chispeante que hacía extre-

mecerse en su asiento al adversario; ese político sagaz cuya claridad de miras y cuya hábil y discreta ductilidad no serán sobrepasadas, tuvo indudablemente en nuestro país durante la época de su figuración, un teatro estrecho para sus altas capacidades.

Las especialidades de su inteligencia, su ingenio tan sutil y poderoso, su vasta preparación, la predisposición de su naturaleza para el dominio de las altas ciencias administrativas, habrían tomado gran desenvolvimiento en las viejas sociedades de la Europa. En Inglaterra habría brillado seguramente en el parlamento, habría estado al frente de las instituciones judiciales, ó habría sido uno de esos consejeros que figuran alternativamente al lado de la corona, pues para todo eso tenía las condiciones requeridas.

Entre nosotros fué uno de los fundadores de la organización nacional.

“Tenía en su voz, dijo el doctor Avella-

neda al hacer su elogio fúnebre, aquellos acentos que se graban en la memoria de las asambleas ó de los pueblos, y que ponen en presencia del orador la posteridad lejana. Cuando algunos años hayan pasado; cuando los que estamos aquí presentes hayamos entrado en esas horas crepusculares en que “los últimos murmullos del día se confunden con los primeros silencios de la noche”; cuando nuestro pensamiento se vuelva ya con predilección hacia el pasado para reanimar sus espectáculos por el recuerdo, evocaremos aquellas sesiones de Junio en que el gran orador pronunció palabras que nos han impuesto la obligación de todas las conquistas, y esa memorable sesión de la convención de Buenos Aires, cuando propuso la adopción de la Constitución que hoy rige en la República, contando con doloroso acento las disoluciones de los antiguos congresos”.

Cuando Sarmiento le ofreció el ministerio del interior en su administración, el doctor Vé-

lez le preguntó si iba buscando el latín, y al referir el ilustre presidente la entrevista que tuvieron con ese motivo, decía que efectivamente había ido á buscar el latín, es decir, el derecho, pues en lo civil, en lo eclesiástico y en lo comercial, él lo personificaba ante la opinión y la historia de la ciencia.

Estando él á cargo de esa cartera, se dictaron las leyes que rigen varias de nuestras más importantes reparticiones públicas, y jamás se estudiaron como entonces las altas cuestiones constitucionales. Especialmente aquellas que se prestaban á diversas interpretaciones y daban lugar á frecuentes conflictos, fueron minuciosamente dilucidadas y puestas en claro con toda conciencia y con escrupulosa investigación. Esas famosas sesiones en que se trató de una intervención en San Juan, y en las que tomaron parte casi todos los miembros del gabinete, han quedado como el precedente clásico en tan delicada materia.

Si siempre se hubiera tenido presente lo que entonces se dijo y la manera cómo fueron interpretados los artículos de la Constitución que se refieren á esa facultad de la intervención nacional, mucho descrédito y muchos desórdenes se habrían evitado.

El doctor Vélez no se ocupó exclusivamente de cosas de derecho en el ministerio del interior, como era de suponerse.

Tratándose de un país extenso y de escasa población, se afaná en dar el mayor impulso posible á las obras públicas y especialmente á las vías de comunicación. Y fué en su tiempo que se contrajo el primer gran empréstito con ese objeto, empréstito que tuvo la rara particularidad de ser empleado exclusivamente en su legítimo destino, sin la desviación de un solo peso que se hubiera aplicado á otra cosa, no obstante la escasez de la renta, y la necesidad de hacer frente á fuertes y extraordinarias obligaciones como las ocasionadas por

los últimos gastos hechos en la guerra del Paraguay.

Apresuró la terminación del ferrocarril Central Argentino, que estaba en construcción, y que era el primero que se internaba en el país, y contrató otros que debían abrir camino á la población y á la riqueza en distintas direcciones.

Tuvo la representación del presidente de la República en la inauguración del ferrocarril mencionado, que se realizó en Córdoba, y pudo así volver á su tierra natal después de largos años de ausencia, llevándole el más valioso presente que podía ofrecerle. Las hermosas fiestas que con ese motivo se llevaron á cabo, tuvieron el doble objeto de celebrar una conquista de la civilización, y la anhelada visita del hijo ilustre, cuya estatua se levanta hoy en la avenida principal de la docta ciudad, ostentándose como uno de los monumentos mejores y más artísticos con que cuenta la República.

Una de las principales especialidades del ministerio del interior en esa época fueron los telégrafos.

Comprendiendo el doctor Vélez que el aislamiento era uno de los mayores enemigos del país, fomentó las comunicaciones, y fué el verdadero fundador de los servicios telegráficos.

Fueron tales su apresuramiento y su empeño en materia tan importante, que en momentos en que carecía de fondos disponibles, y hallándose en receso el congreso, no quiso demorar la continuación de algunas líneas que consideraba muy útiles, y echó mano de unos fondos públicos destinados para puentes y caminos.

Existía entonces verdadera escrupulosidad administrativa, y aun no se habían inventado medios nuevos de interpretar el presupuesto, ni estaba en uso el método de hacer una especie de teología en materia de imputaciones de gastos. Y aunque el procedimiento seguido por el

doctor Vélez en esa ocasión habría podido ser justificado en cualquier tiempo, la pasión política tomó ese pretexto para atacarle duramente.

Apenas reunido el congreso se denunció el hecho como una grave transgresión de la ley, y el ministro fué llamado al seno de la cámara de diputados para que diera las explicaciones correspondientes.

Tuvo lugar con ese motivo una sesión agitadísima, en la que se pronunciaron vehementes discursos contra el poder ejecutivo, al que defendió el ministro como él sabía hacerlo.

Uno de los diputados interpelantes que más se distinguieron por su exaltación, diputado que tuvo más tarde una alta figuración política, dijo al terminar su último discurso, que por más grandes que fueran el talento y la habilidad del ministro del interior, jamás alcanzaría á probar que los telégrafos eran caminos.

—Sí, señor—contestó el doctor Vélez;—son los caminos del pensamiento.

Una frase salva á veces una situación, y la que acabamos de citar fué vivamente aplaudida y rodeó de buena voluntad al ministro, que terminó victoriosamente la jornada.

Las salidas oportunas y llenas de ingenio eran una de las peculiaridades más notables del gran orador.

Una vez acababa de dar en el senado unos informes, que le habían pedido, y habiéndose tocado incidentalmente otros asuntos, hizo ciertas declaraciones que sirvieron de base al general Mitre, que estaba al frente de la oposición, para pronunciar un discurso combatiendo las ideas del poder ejecutivo. El mismo ministro comprendió que había ido demasiado lejos, y trató de retroceder. Interrumpió á su contendor y le dijo que iba á evitarle un trabajo inútil declarando que llevado impensadamente por el sesgo inesperado dado á la cuestión, había hecho algunas afirmaciones que eran de su cuenta exclusiva y personal, pues no

habiendo tenido ocasión de hablar con el presidente de la República sobre los puntos tocados, no podía conocer su opinión al respecto.

Esta declaración quitaba naturalmente todo fundamento á la catilinaria empezada.

—Si bien el señor ministro, dijo entonces el general Mitre, tiene títulos sobrados para ser escuchado con interés y con respeto en todos los momentos y en todas partes, sólo puede ser considerado en este recinto como el órgano oficial del poder ejecutivo, y si no nos ha traído la palabra del presidente de la República ¿por qué ha hablado entonces?

—De entrometido no más, señor,—contestó el doctor Vélez.

Con una respuesta semejante no podía seguir la discusión en el tono con que había empezado, y el incidente terminó en medio de la hilaridad general, de la que no pudo exceptuarse ni el ilustre contrincante del ministro.

Creemos que el doctor Vélez no ha sido

igualado hasta ahora ni lo será en adelante, en su manera habilísima he hacer uso de esos recursos temibles de la lucha parlamentaria, que consisten en el epigrama, en la ironía, en la interrupción contundente, en el comentario risueño, en la frase oportuna y hasta en el gesto y la actitud burlona. Eran verdaderamente admirables las expresiones que solía dar á su fisonomía tan acentuada y tan movable al mismo tiempo, y muchas veces con una mirada ó con una palabra llegó á desarmar á un adversario. Un inteligente y distinguido senador que representaba á una lejana provincia del interior, y que tenía un genio bastante fuerte, llegaba algunas veces al más alto grado de exaltación ante una salida picante ó una simple sonrisa del viejo jurisconsulto.

El doctor Vélez no acompañó á Sarmiento hasta el término de su administración. Tenía más de setenta años, estaba cansado de la vida activa, y abandonó el ministerio para entregar-

se entre sus libros y papeles á los trabajos de su predilección y á sus traducciones de Virgilio, tarea esta última que para él era como una especie de solaz ó descanso en medio de sus estudios profundos.

Murió á la edad de setenta y cinco años, y su desaparición fué un verdadero duelo para la patria, á cuyo servicio dedicó sus altas cualidades y los esfuerzos de una gran parte de su vida.

¡Adiós, viejo Vélez!—le dijo Sarmiento con voz temblorosa en su discurso de despedida, sintiendo que su tan probada entereza le abandonaba ante la tumba abierta de su grande amigo.

III

El doctor Avellaneda en el ministerio de instrucción pública — Ambiciones y presentimientos — La edad de oro de la educación popular — Escuelas, colegios, bibliotecas é institutos científicos — El primer inventario de la riqueza nacional — Don Eduardo Olivera — Candidatura presidencial — Renuncia del ministerio — A la presidencia de la República.

Aunque el doctor Avellaneda ha ocupado un vasto lugar en estas páginas en su carácter de presidente de la República, no es posible dejar de hacerle figurar en los presentes perfiles, siendo como fué uno de los más notables ministros de Sarmiento.

Parece indudable que ese eminente hombre público sintió nacer desde muy temprano sus

anhelos por llegar á la primera magistratura de la Nación, y que tuvo también una especie de intuición de que sus aspiraciones serían un día satisfechas como lo fueron. Pero lo que seguramente contribuyó de una manera poderosa é inmediata al éxito de sus propósitos, aparte de sus grandes condiciones, fué la obra que llevó á cabo como ministro de instrucción pública en la administración de Sarmiento, pues no hubo pedazo del territorio argentino que no hubiera recibido por su intermedio algún señalado beneficio en el ramo importantísimo que tuvo bajo su dirección.

Y no podía ser de otro modo.

Hallándose en la presidencia aquel audaz civilizador que empezó á enseñar á sus semejantes desde la más temprana edad, y desempeñando el ministerio concerniente á la educación un hombre de las dotes y tendencias del doctor Avellaneda, era natural que todo lo relativo al desenvolvimiento intelectual alcanzase muy grandes proporciones.

Esa fué entre nosotros la edad de oro para la instrucción pública, habiéndose derramado á manos llenas y en todas direcciones la fecunda semilla que debía germinar en un terreno hasta entonces descuidado y casi estéril, á causa de la situación anormal y el estado de guerra casi permanente por que atravesaba la República.

En esa época se dió, amplió ó mejoró la parte fundamental de toda la legislación que rige tan importante materia, y los progresos que desde muy poco tiempo después empezaron á desarrollarse en ella hasta llegar á los grandes resultados de la época presente, deben remontar su origen á esa fuente poderosa.

Al amparo de la ley protectora de la educación común, las escuelas de primeras letras se acrecentaron en los centros poblados, y surgieron hasta en los puntos más lejanos del territorio. Las localidades que hasta entonces habían carecido de medios para crear ó fomen-

tar la enseñanza general, pudieron contar desde ese momento con los recursos y la asistencia inmediata de la Nación.

Mediante la ley de bibliotecas se crearon numerosas instituciones de ese género. El libro fué puesto, así, al alcance de todas las manos, y en sus páginas encontraron muchas cabezas los primeros destellos de una luz que hasta entonces les había sido desconocida.

Se amplió considerablemente el servicio de la segunda enseñanza, dotándose á los puntos más importantes y poblados, de los establecimientos destinados á ese grado de la instrucción pública, lo que vino á satisfacer una necesidad imperiosamente sentida en toda la República.

En esa época no existían otros colegios nacionales que los de Buenos Aires, Córdoba y el Uruguay, los tres de merecido renombre, pero insuficientes para proveer á las crecientes exigencias de toda la Nación. Los jóvenes de

cualquier punto del país que querían instruirse, se veían obligados á concurrir á esos establecimientos haciendo viajes largos y costosos por los medios tan deficientes de comunicación que existían entonces, y sucedía con frecuencia que muchos de esos estudiantes se establecían definitivamente en las localidades donde habían recibido los primeros beneficios de la enseñanza, dejando así truncadas sus familias en el seno lejano de la tierra natal, que quedaba también privada del concurso que habrían podido prestarle algunos de sus mejores hijos.

Y si bien esas casas afamadas de educación, ejercían una atracción poderosa sobre los jóvenes aspirantes y estudiosos, eran para las madres un objeto de terror, porque les arrebataban sus hijos, y á veces se quedaban con ellos para siempre.

Por eso, en un discurso que pronunció el doctor Avellaneda al colocar la piedra fundamental del colegio nacional del Rosario, pudo

dirigir á las damas que formaban parte de la concurrencia presente en la ceremonia, las siguientes tocantes palabras:

“Hay muchas madres que en este momento duermen tranquilas, sin apercibirse de que está ya próximo un día en que sentirán que se les arranca el corazón del pecho, porque su hijo se ausenta á lugares lejanos, para buscar la educación que no puede recibir en su ciudad nativa.

“¡Ah, señoras! Un instinto os ha hecho acudir tan numerosas á la presente fiesta. Necesitáis defender vuestra vida contra semejante tortura. Esta historia de un niño que se ausenta para hacer sus estudios é ilustrar tal vez su nombre en otros lugares, dejando un asiento por siempre vacío en su hogar, es una historia triste repetida mil veces en nuestros pueblos interiores, historia que muchas madres saben y que hemos oído todos contar con lágrimas.

“Habéis hecho bien, señoras, en venir, por-

que sois las más interesadas en que este colegio se construya. Pongo bajo vuestro patrocinio la piedra fundamental que vamos á colocar.

“¡Cuántas veces os ha sucedido, señoras, inclinaros sobre la cuna de vuestros hijos, y levantaros en seguida con el corazón palpitante, porque habéis creído entrever en sus frentes los signos misteriosos de un alto porvenir! ¡Cuántas veces esta alucinación cándida y santa no os ha turbado dulcemente como una visión en vuestros sueños! Ayudad á vuestros hermanos, á vuestros esposos, sostenedlos en su propósito hasta que este colegio se construya, porque no veréis, de lo contrario, convertidos en verdades estos vaticinios del cariño sobre las cabezas de vuestros hijos.”

Se comprendió que la propagación de las escuelas de primeras letras no daría un resultado completo si ellas no tenían maestros apropiados. Fueron creados entonces esos estable-

cimientos de enseñanza normal, que bajo una dirección confiada expresamente á manos competentes, adquirieron bien pronto una merecida resonancia. Se atendió especialmente á este respecto la educación de la mujer, tan olvidada hasta entonces, y se hizo venir profesoras norteamericanas bajo cuyas lecciones se formaron las maestras argentinas que tanto nombre han dado después á nuestras numerosas escuelas, habiendo algunas de ellas reemplazado dignamente á las fundadoras de los primitivos establecimientos.

No fueron olvidadas las viejas casas de instrucción superior. Se llevó á ellas el soplo de las ideas nuevas, y junto á las facultades antiguas y tradicionales, se implantó el estudio de las ciencias modernas, cuya aplicación se hacía cada día más necesaria, con motivo de los nuevos rumbos abiertos en el mundo á la actividad humana. Profesores de renombradas universidades europeas trajeron su po-

deroso contingente para afirmar la solidez y la importancia de esos estudios.

Entre los institutos científicos que se crearon figura en primer término el observatorio astronómico de Córdoba, que se puso bajo la dirección de un sabio de reputación universal, y cuyos estudios difundidos por todas partes, nos han hecho conocer en el mundo intelectual más que muchos de los acontecimientos históricos de que tan justamente nos enorgullecemos.

Cuando se resolvió organizar una exposición de productos nacionales, se puso la preparación del acto á cargo del ministerio de instrucción pública, y el doctor Avellaneda trató de darle las mayores proporciones posibles, saliendo airoso de su cometido.

Y así como poco tiempo antes el doctor Vélez Sársfield, en su carácter de ministro del interior, había llevado á Córdoba la primera locomotora que se internaba en el país, así

el doctor Avellaneda, como ministro de instrucción pública, fué á presidir en la misma ciudad el primer inventario de la riqueza nacional, tratando de reemplazar con los torneos del trabajo pacífico, los torneos del fraude y de la fuerza, que eran los únicos que hasta entonces se habían realizado allí.

En el discurso que pronunció con ese motivo, entregando la obra realizada al presidente de la República, para que la pusiera á disposición del público, pasó en revista á todas las provincias, recordando sus principales hechos históricos, y estudiando su capacidad y su porvenir, sin olvidar á las más lejanas ni á las mas azotadas por las depredaciones de la guerra civil, que no obstante su aislamiento y su triste situación, se habían apresurado á enviar algunos de sus productos como una risueña promesa de su riqueza futura.

En esa gran fiesta de la producción y de la industria, el ministro de instrucción públi-

ca encontró un competente y entusiasta colaborador en el señor Eduardo Olivera, que tuvo la dirección inmediata de los trabajos de la exposición.

En el desempeño de esa complicada y laboriosa comisión, el señor Olivera dió pruebas de sus dotes de organizador, y cuando el doctor Avellaneda subió á la presidencia de la República, le nombró director general de correos y telégrafos, vasta é importantísima repartición en la que el ex presidente de la primera exposición nacional realizada entre nosotros, dejó reformas y mejoras trascendentales.

Ese modesto y meritorio ciudadano murió hace poco tiempo después de haber cumplido la edad de ochenta años, durante la mayor parte de los cuales prestó al país muy buenos servicios de diversa índole, y especialmente en el fomento inteligente y gradual de algunos de los principales ramos de la producción nacional.

Faltaba algo más de un año para que terminara la administración Sarmiento, cuando la candidatura del doctor Avellaneda para la presidencia de la República estaba lanzada á todas las evoluciones de la lucha electoral, y el ministro creyó prudente abandonar su cartera á fin de no trabar su acción de candidato con sus deberes oficiales, y también con el objeto de evitar que la maledicencia política tuviera el pretexto de su permanencia en el ministerio para atribuir al gobierno una ingerencia indebida en la contienda.

De su renuncia tomamos los párrafos que van en seguida, porque conviene que ciertas doctrinas y precedentes no sean olvidados entre nosotros.

“Desde que se inició el movimiento electoral y principió á hablarse de mi candidatura, puse como nunca conato asiduo para no dejar que se deslizase en mi conducta ningún otro móvil que no fuera el de merecer honra-

damente el aprecio de mis compatriotas. Sabe el señor presidente hasta donde he llevado mi vigilancia sobre este punto, llegando hasta abstenerme de toda ingerencia en los asuntos en que pudiera atribuírseme un interés político que fuera personal, como sucedió señaladamente en las deliberaciones concernientes á la intervención nacional en San Juan.

“Creo, sin embargo, que es hoy conveniente mi separación del ministerio que desempeño. Entramos en una situación que suele ser peligrosa en pueblos como el nuestro.

“Para que la trasmisión del mando se verifique como un acto tranquilo y normal en el ejercicio de nuestras instituciones, el presidente de la República necesita conservar la paz pública, y mantener las situaciones legalmente constituídas en las provincias, y su acción se hallará más desembarazada y libre no teniendo en su gabinete la presencia de un ministro que es al mismo tiempo uno de los candidatos en la lucha electoral.

“V. E. me permitirá que por la naturaleza de este documento me repunte autorizado para agregar una observación de un orden subalterno. Falta casi un año para la elección presidencial, y con mi separación del ministerio quiero apartar toda sospecha de ingerencia oficial en los trabajos que promuevan mis correligionarios políticos.

“Los que hemos recibido en esta ocasión el honor de fijar la atención de nuestros conciudadanos, debemos esforzarnos para que se patentice una vez más en nuestro país que el nombre designado por el escrutinio en el día de los sufragios, es el que verdaderamente aclama la opinión libre de los pueblos.”

Después que el doctor Avellaneda dejó de ser ministro, la provincia de Tucumán le eligió su representante en el senado nacional, elevado cargo desde el cual pasó á ocupar la primera magistratura de la Nación.

De su actuación en ese puesto al frente del

cual tomó sobre sí la pesada y honrosa tarea de suceder á Sarmiento, y de algunos incidentes de la lucha electoral que fué coronada con su exaltación al poder, quedan consignados numerosos recuerdos en los presentes apuntes.

IV

El ministerio de relaciones exteriores en la administración Sarmiento — El doctor Mariano Varela — “La Tribuna” — El doctor Carlos Tejedor — Su carácter y su estilo — Una frase del doctor Vélez Sársfield — V. E. es nadie — Las cuestiones internacionales — La misión del doctor Félix Frías en Chile — Una anécdota del general Lavalle — Los arreglos con el Brasil y el Paraguay — Una nota picante — Las reclamaciones extranjeras — Ultimos servicios del doctor Tejedor.

Cuando el presidente Sarmiento organizó su gabinete, confió la cartera de relaciones exteriores al doctor Mariano Varela, que ya había sido ministro de hacienda en la administración del doctor Alsina en la provincia de Buenos Aires, y que desde la caída de

Rosas tuvo en política una acentuada actuación.

Contribuyó mucho á darle nombre la redacción de "La Tribuna", que rodeó de prestigio el apellido de sus fundadores y redactores, acreditado ya por un talento tradicional. Ese diario se singularizó notablemente por su inflexible consecuencia á las tradiciones del partido unitario, y por su violenta propaganda contra todo lo que podía recordar la época de la tiranía. Tuvo gran popularidad durante largo tiempo, y fué una especie de reflejo de la vida, del movimiento, de las tendencias y especialmente de las pasiones de Buenos Aires.

No han llegado hasta nosotros las noticias de los primeros actos del doctor Varela en el ministerio, pero creemos que á lo que principalmente trató de dedicarse fué á los arreglos que debían ser la consecuencia del tratado de la triple alianza y de la guerra del

Paraguay, y parece que tuvo al respecto algunas disidencias con el presidente ó en el seno del gabinete.

Lo cierto es que estuvo poco tiempo en el gobierno, y que á su salida del ministerio fué á desempeñar en Inglaterra una misión de carácter financiero.

A su regreso al país se entregó de lleno á las tareas periodísticas, siguiendo sus naturales tendencias á la polémica. Tuvo en esa época algunas discusiones que hicieron mucho ruido.

Cuando en la corriente de las variadas vicisitudes de la política desapareció "La Tribuna", como desapareció más tarde el viejo "Nacional", que redactaron en diversas épocas Sarmiento, Vélez Sársfield, Avellaneda y Juan Carlos Gómez, el doctor Varela se dedicó al foro, sin abandonar la política. Fué senador al congreso, habiendo llegado á desempeñar la presidencia provisional del alto

cuerpo á que pertenecía, y prestó sus últimos servicios en la cámara federal de apelaciones de la capital, apartado completamente del movimiento activo de los partidos.

El segundo ministro de relaciones exteriores de Sarmiento fué el doctor Carlos Tejedor, que llenó con su nombre ese departamento durante el resto de la administración del ilustre presidente.

El doctor Tejedor se destacó con brillo entre los argentinos que habían emigrado á Chile en la época de la tiranía, y á su regreso á la patria después de Caseros, afirmó su reputación de jurisconsulto eminente y de hombre político de vigorosa acentuación.

Sus condiciones intelectuales y morales se hallaban realzadas por una firmeza de carácter verdaderamente notable. Era, como se dice vulgarmente, un hombre de acero.

—No se dobla, pero se quiebra, dijo de

él alguna vez el doctor Vélez Sársfield, y quizás en los sucesos del año ochenta pudo encontrarse una aplicación de esas palabras del eminente jurisconsulto.

Ciertas exageradas rigideces que no ceden jamás, ni se prestan á esa discreta ductilidad que á veces hace necesaria la política, suelen concluir por estallar ante un escollo inmovible.

Daba mayor notoriedad á esa energía del doctor Tejedor, su estilo especialísimo, tan claro y tan contundente. Sus frases eran breves, terminantes, incisivas y á veces duras y aceradas hasta el punto de que algunas de ellas no admitían réplica, ni estaban sujetas á interpretaciones ó comentarios.

Creemos que no ha habido entre nosotros hombre público alguno que haya empleado menos vocablos para expresar sus ideas. Sus palabras eran el jugo de su pensamiento.

Durante su accidentada actuación del año

ochenta, tuvo muchas ocasiones de hacer uso de esa peculiaridad, especialmente en algunas de sus comunicaciones oficiales, y en sus proclamas á los voluntarios de la guardia nacional que le hacían frecuentes manifestaciones y le aclamaban á cada paso.

En uno de los momentos más culminantes de esa época, muy poco antes de declararse la guerra civil, vió publicada una resolución del gobierno nacional que se refería á un asunto relativo al gobierno de Buenos Aires, y que sólo estaba subscripta por el ministro de la guerra doctor Pellegrini, siendo que á su juicio debía estarlo también por el presidente de la República. Se dirigió entonces al ministro á fin de hacerle la observación del caso, para expresar la cual condensó su pensamiento en estas ó parecidas palabras: "Para dar fuerza legal á semejante resolución sin la autoridad presidencial, V. E. es nadie".

Verdad es que el doctor Pellegrini le

aventajó en laconismo cuando al pie de una nota llena de reproches y protestas, y que requería una contestación, puso esta brevísima respuesta: archívese. Y si no estamos trascordados creemos que fué con motivo de este último decreto, firmado únicamente por el ministro, que el doctor Tejedor hizo la fulminante observación que hemos citado.

Muchos incidentes de ese género se suscitaron durante la violenta situación que hemos mencionado, entre el gobernador de Buenos Aires y el ministro de la guerra, pues se habían encontrado frente á frente dos hombres de un temple formidable, algunas de cuyas comunicaciones oficiales se cruzaban como proyectiles de guerra y despedían chispas.

El doctor Tejedor era muy amigo de Sarmiento, y solía hablarle con su franqueza acostumbrada.

Hallándose un día reunidos los ministros,

el citado presidente les presentó un proyecto que fué recibido con frialdad. Se trataba probablemente de alguna de esas cosas con que pretendía á veces anticiparse al tiempo, ó que quería establecer en un terreno que aun no estaba preparado. Terminada la lectura del manuscrito, nada dijeron los ministros. Después de un corto y penoso silencio, el doctor Tejedor manifestó en frases brevísimas pero terminantes su opinión contraria, sin que ninguno de sus colegas hiciera uso de la palabra. Sarmiento, entonces, rompió en silencio el papel que tenía en las manos, y en seguida habló de otra cosa, sin volver á ocuparse jamás del proyecto fracasado.

Parece que el doctor Tejedor reservaba su sequedad y sus intemperancias para las cosas oficiales, pues en el trato social era un caballero de extremada delicadeza. En sus salones, frecuentados por la más alta y distinguida sociedad, dió constantemente pruebas de su

amenidad y de los refinamientos de su cultura.

Cuando se hizo cargo del ministerio de relaciones exteriores, pensó que aplazar los asuntos no es resolverlos, y puso en activo movimiento todas las cuestiones de carácter internacional que la Nación tenía pendientes.

Creemos que fué entonces cuando se envió de ministro á Chile al doctor Félix Frías, que después dió tanta resonancia á su misión.

El doctor Frías era un ilustrado y esclarecido patriota que combatió contra la tiranía con la pluma y con la espada, pues fué secretario del general Lavalle, á quien acompañaba en el momento de su trágica muerte.

Cuando volvió á Buenos Aires después de Caseros, desempeñó un rol muy digno y elevado, y adquirió una gran reputación como orador y escritor. Algunas personas le llamaban el Montalambert argentino.

Entre sus numerosos y notables discursos

quedó consagrado como una obra maestra de la elocuencia el que pronunció en la legislatura de Buenos Aires con motivo del juicio de Rosas.

Habríamos deseado transcribir aquí algunas de sus palabras, pero no hemos querido evocar en estas páginas el recuerdo de un período de lágrimas y de sangre, haciendo resonar los ecos de esa voz poderosa que debió sacudir de intensa emoción á su auditorio, cuando condensó en un estallido supremo el juicio de Dios y de la historia sobre una de las más tristes épocas de nuestra vida pública.

La aspereza de sus exterioridades, y su carácter poco expansivo le hacían difícilmente accesible, pero los que le conocían sabían que, no obstante esas apariencias, tenía un gran corazón y un fondo de pronunciada bondad.

En las pocas veces que se mostraba comunicativo y de buen humor, refería algunas anécdotas de su vida militar, tan opuesta á sus hábitos y tendencias.

Y como hemos dado algo de anecdótico á los presentes apuntes, que ofrecen además una mezcla de cosas graves y ligeras, referiremos una que era muy conocida entre sus amigos.

Después de una derrota que había sufrido el general Lavalle, tuvo que retirarse á prisa del campo de batalla á fin de no caer en poder del enemigo. Le seguía el doctor Frías, cuyo sombrero le había sido arrebatado por el viento en medio de la precipitada fuga, sin que en tan críticas circunstancias se le hubiera ocurrido detenerse para recoger la prenda extraviada, mucho más cuando era posible, según él mismo decía, que tal vez no se hubiera apercibido del percance. En una de las veces que el general se dió vuelta para impartir algunas de sus órdenes, notó el accidente acaecido á su inmediato acompañante.—Mi secretario, le dijo entonces á gritos y sin suspender la marcha, en otra ocasión como ésta cuide más su cabeza, pues hace muy fea

figura un hombre disparando y sin sombrero.

El doctor Frías agregaba que no había olvidado el consejo de su jefe, y que en las situaciones difíciles que más tarde se le presentaron, cuidó bien su cabeza, procurando, sobre todo, llevar siempre el sombrero puesto para el caso de una retirada. Y al decir estas palabras les daba una significación más amplia y de más lata aplicación que la que tuvieron en su origen.

Tenía creencias religiosas profundamente arraigadas, una alta moralidad en su conducta y en sus ideas, y una aversión invencible á las conversaciones livianas ó libres. Respetando esta última condición, sus amigos se moderaban y contenían delante de él, con excepción de algunos pocos que le trataban con mucha confianza, y entre los cuales descollaba el doctor Vicente F. López por quien tenía una grande estimación, y que le daba bromas algo pesadas. Para combatir su exagerada pul-

critud en el lenguaje, solía decirle cosas que obligaban al viejo puritano á taparse los oídos, y á formular enérgicas protestas con esa especie de murmullo áspero y confuso que le era tan habitual.

El doctor Frías se dedicó por completo al desempeño de su misión, se apasionó profundamente con la cuestión de límites pendiente, y en ciertos momentos su exaltación llegó á un alto grado. Alguna vez el mismo gobierno tuvo que contenerle un poco, aunque por lo general ratificó siempre toda su actuación.

Con motivo de uno de los numerosos incidentes que con frecuencia se suscitaban, dirigió á la cancillería chilena una comunicación bastante enérgica, y estaba esperando ansioso la palabra de su gobierno, cuando recibió satisfecho una plena aprobación bajo la forma de un brevísimo telegrama que el mismo presidente Sarmiento le dirigió, y que estaba concebido en estas palabras: “¡Bien, padre

Frías!" Era esa la manera con que afectuosamente le nombraban sus amigos, á causa de sus ideas religiosas y de sus prácticas de devoción.

El doctor Frías no alcanzó á ver resuelta la cuestión á cuyo estudio y tramitación dedicó los esfuerzos de una gran parte de su vida; pero contribuyó á hacerla conocer por todos, logró apasionar con ella el patriotismo argentino, y pudo hacer arraigar en el sentimiento público la resolución de sostener con energía todo cuanto podía interesar el honor y los derechos de la Nación.

Otro de los asuntos á que se dedicó con gran consagración el doctor Tejedor en el ministerio de relaciones exteriores, fué el tratado con el Paraguay, que de acuerdo con el de la triple alianza debía hacerse con la cooperación del Brasil, habiéndole dado mucho trabajo las negociaciones entabladas con ese objeto, pues parece indudable que la última

nación nombrada trató de dificultar y trabar incesantemente la acción del gobierno argentino.

Probablemente en un momento en que se le agotó la paciencia al ministro Tejedor, dirigió á la cancillería brasilera esa nota del 27 de Abril de 1872, que tanto ruido hizo en su época. Al margen del borrador entregado al presidente para que hiciese las observaciones que creyese convenientes, Sarmiento puso su visto bueno en una frase muy poco ajustada al protocolo.

Hemos buscado inútilmente esa nota á fin de reproducir la parte capital, pero no hemos podido encontrarla, siendo curioso que en la memoria del ministerio, correspondiente al año 1872, se encuentre la contestación brasilera pero no la comunicación argentina.

Solo conservamos un vago recuerdo de su fondo y de un párrafo en que teniendo en cuenta probablemente el ministro la exagera-

ción con que en el Brasil se hacía alarde de su participación en la campaña contra Rosas, acción generosa y noble que comprometía indudablemente la gratitud del pueblo argentino, pero que no podía amarrar á éste á una especie de eterna servidumbre, decía que si la batalla de Ituzaingo no pudo separarnos para siempre, la cooperación de la nación brasilera en la jornada de Caseros no pudo tampoco ligarnos ciegamente para siempre. Es muy posible que no sean esos los mismos términos usados, pero ese era el sentido del párrafo aludido.

El documento hizo gran impresión, y hasta se afirmó que el Brasil iba á pedir su retiro. Parece que se exploró el campo á ese respecto, pero nada se hizo de positivo. La cancillería brasilera dijo en su respuesta que daba una gran prueba de su buena voluntad hacia el gobierno argentino, contestando esa comunicación, no obstante la injusticia de su contenido y la dureza de sus términos.

Mucho se ha dicho sobre la política internacional del gobierno argentino en esas negociaciones, habiéndola combatido unos y sostenido otros, sin que se haya pronunciado hasta ahora la última palabra.

Entre las diversas apreciaciones que de ella se han hecho, se ha llegado hasta decir que fué quijotesca, imprevisora y poco diplomática. No tenemos nosotros competencia ni antecedentes para opinar al respecto, ni son esas altas cuestiones, materia adecuada para estos modestos apuntes. Sólo diremos que si en la diplomacia ha de entrar algo de doblez ó de falsía, y se ha de tener el propósito de obtener ventajas por cualquier medio, los dos hombres que dirigieron esa política debieron ser realmente poco diplomáticos.

Nacido el uno para decir la verdad á todos y en todas partes, y dotado el otro de una franqueza que solía llegar hasta la temeridad, no eran decididamente adecuados para trillar esos

caminos. Pero lo que puede sí afirmarse es que á ninguno de ellos pudieron faltarle las condiciones necesarias para dirigir con inteligencia, patriotismo y energía los asuntos en que estuvieron comprometidos el honor ó los derechos de su país.

Hemos oído decir á una persona muy interiorizada en esas tramitaciones, que no se podrá juzgar definitivamente la conducta que observó en ellas el gobierno argentino, sino conociendo la correspondencia reservada mantenida durante las negociaciones, cosa que no se conocerá probablemente, porque su divulgación despertaría susceptibilidades, agravios y pasiones que conviene dejar dormir en el silencio.

Una tarea que se impuso con verdadero empeño el doctor Tejedor, en su alto cargo de ministro de relaciones exteriores, fué la de contener la avalancha de reclamaciones diplomáticas que interponían oficialmente á cada paso los ministros extranjeros con motivo de cualquier

dificultad que encontraban sus compatriotas, de quienes se habían hecho una especie de tutores permanentes, siendo los intermediarios entre ellos y las autoridades del país.

De las diversas y enérgicas comunicaciones que dirigió con ese motivo á varias legaciones, tomamos los siguientes párrafos, pues vale la pena de que su contenido sea constantemente recordado y tenido en cuenta.

“La verdadera cuestión, señor ministro, no está en nada de esto. Está en que los extranjeros rehusan confundirse con los nacionales, y participar de su buena como de su mala suerte. Está en que aspiran al rango de colonias privilegiadas, que no han de ser robadas ni maltratadas por los indios de la frontera, ó de seres sobrenaturales que no tienen porque sufrir los desastres de las guerras, ni aun las calamidades de la naturaleza. El gobierno argentino no puede asentir á semejantes pretensiones, y si esto es lo que desean saber los inmigrantes antes

de dirigirse á estas playas, ningún interés hay en que lo ignoren.....

“En ninguna parte existe como entre nosotros una legislación tan liberal con los extranjeros. La protección al extranjero es no sólo una disposición de nuestras leyes, sino un principio constitucional que hace inútiles casi los mismos tratados que la consignan; pero la protección igual á la que se dispensa al ciudadano, no la protección á un privilegio, ni en el fondo de los derechos, ni en la forma de deducirlos: la protección legal, no la protección diplomática. La doctrina de una protección especial, haría del cuerpo de extranjeros un estado dentro de otro estado, una monstruosidad política, y conduciría á los extravíos y errores más deplorables, como el incidente que ha originado este cambio de comunicaciones.

“Es además una regla de derecho público general que los ministros no pueden gestionar derechos particulares de sus compatriotas, sino en

el caso de que éstos hayan usado inútilmente de todos los medios que las leyes del país les proporcionan como á los nacionales para solicitar justicia, y de que esa justicia les haya sido notoria y evidentemente negada, lo que no es admisible fácilmente donde existen instituciones regulares, ni ha sucedido en el caso de que se trata”.

La persistencia y la firmeza con que el enérgico ministro procedió en el sentido indicado, lograron reducir á discretas proporciones una práctica que cada día se estaba haciendo más abusiva por parte de las legaciones extranjeras, y que era realmente depresiva para la autoridad de la Nación.

El doctor Tejedor acompañó al presidente Sarmiento hasta el último día de su administración, y no obstante sus empeñosos esfuerzos no pudo dejar terminados los principales asuntos internacionales cuya tramitación inició ó apresuró.

En los primeros tiempos de la administración

del doctor Avellaneda, fué nombrado ministro plenipotenciario en el Brasil, con el principal encargo de continuar en Río de Janeiro las negociaciones que había dirigido como ministro de relaciones exteriores.

Su actuación en ese carácter fué bastante accidentada, pues aunque logró arribar á un tratado con el representante paraguayo, no pudieron quedar consumados los arreglos á causa de los entorpecimientos y dilaciones con que la cancillería brasilera trababa su acción, por lo cual suspendió algo bruscamente las negociaciones pendientes, y se vino á Buenos Aires, donde poco tiempo despues se radicó la tramitación del asunto, que sólo pudo terminar en 1876, siendo ministro de relaciones exteriores el doctor Irigoyen.

El doctor Tejedor fué nombrado en seguida procurador general de la Nación, alto cargo que desempeñó con la competencia que podía esperarse de un jurisconsulto de sus condiciones.

Sus dictámenes han quedado como un modelo de claridad, distinguiéndose especialmente por la ausencia de inútiles divagaciones.

Se hallaba al frente de ese puesto cuando en virtud de los arreglos de la conciliación, fué elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires, donde con motivo de la lucha que sostuvo con el gobierno nacional, llegó á tener una ruidosa popularidad.

En otras páginas de estos apuntes nos hemos ocupado de los sucesos del año ochenta en que tuvo tan pronunciada participación, y nada tendríamos que agregar á lo que queda referido.

Cuando el doctor Tejedor vió perdida la causa que sostenía se anticipó voluntariamente á los hechos, y aunque habría podido mantener la ruda contienda por algun tiempo mas, prefirió abandonar el poder y retirarse á la vida privada.

De la renuncia que presentó con ese motivo, quedarán en honor suyo las siguientes nobles palabras:

“Mi conciencia me dice en esta situación, que no debo seguir sacrificando la juventud, que es el porvenir de la patria, ni la clase menesterosa y trabajadora, expuesta ya al hambre, y he aceptado la solución de paz en términos decorosos.

“El desarme se hará por el propio gobierno de la provincia. No habrá proceso civil ni militar. Los poderes constitucionales, la administración misma, quedan incólumes, encargándose el presidente de hacerlo saber. Sólo una persona habrá menos, — yo, que no he ambicionado el puesto ni quiero conservarlo; y una cosa más,—la paz, que desean todas las madres y esposas, y los numerosos extranjeros que contaban con ella al venir á esta tierra hospitalaria.”

El doctor Tejedor murió á una edad avanzada, y hasta sus adversarios olvidaron en el momento supremo los disentimientos y los agravios de la pasada lucha, para no recordar

delante de esa tumba abierta, sino los méritos positivos y los grandes servicios prestados á su país por el eminente ciudadano que bajó á ocuparla.

V

El doctor Uladislao Frías — Números y cuadros estadísticos — Una frase de Sarmiento y otra de Avellaneda — El doctor José B. Gorostiaga — Un cuadro halagüeño — El señor Luís L. Domínguez — Sus aficiones á la historia y á la poesía — Su actuación en el ministerio de hacienda — De las finanzas á la diplomacia — Una honrosa tradición — El general Martín de Gainza.

Para reemplazar al doctor Vélez Sársfield en el ministerio del interior, el presidente Sarmiento nombró al doctor Uladislao Frías, hijo de Tucumán, que si no poseía una inteligencia brillante y extraordinaria, tenía la suficiente preparación para la vida pública, y ha-

bía ya prestado importantes servicios á su país.

Había sido gobernador de esa provincia, y su representante varias veces en el congreso, habiendo desempeñado además otros altos cargos políticos, como el de interventor nacional en diversas provincias, pues en aquella época tan abundante en guerras civiles y desórdenes, era necesario hacer uso con frecuencia de esa facultad del gobierno nacional.

En el ministerio del interior siguió el impulso dado por el doctor Vélez á esa vasta repartición de la administración pública, y fué un excelente y concienzudo administrador. Con su iniciativa y su concurso se dieron importantes leyes, entre las que figura la relativa á los ferrocarriles nacionales.

Era laborioso, metódico y ordenado. Llevaba su escrupulosidad en el desempeño de sus funciones públicas á una minuciosidad extrema; y aunque tenía en el fondo un carác-

ter muy bondadoso, era inexorable en el cumplimiento de su deber. Cuando algún detalle, por insignificante que fuera, llegaba á perturbar la regularidad de sus trabajos, se entregaba á veces á unos accesos ruidosos de indignación casera, sobre los que sus amigos y hasta los miembros de su familia le daban algunas bromas. En medio de esos desahogos se propinaba á sí mismo duros epítetos, con la intención de que la perspicacia de los presentes los aplicara á las personas á quienes iban verdaderamente dirigidos.

—Cuando el doctor Frías, decía el doctor Avellaneda, se parapeta tras de sus números y sus cuadros estadísticos, no hay fuerza alguna que le haga moverse un punto.

Y así era la verdad.

Pero es que los números y los cuadros estadísticos son las armas con que se defienden los buenos administradores, y con ellos debió contener el doctor Frías hasta ciertas fanta-

sías del mismo presidente, que tenía tanto anhelo y precipitación por dotar cuanto antes á su país de todos los elementos posibles de civilización y progreso.

Cuando Sarmiento le llamó á formar parte de su gabinete, parece que aun no existían entre ellos mayores relaciones; pero su actuación común fué la base de una estrecha y duradera amistad.

En un discurso que pronunció el ex-presidente en una de las fiestas celebradas en Tucumán con motivo de la inauguración del ferrocarril, pasó una rápida revista á algunos de los hijos de esa provincia, que habían estado vinculados con él en la vida pública, y dedicó algunas palabras al doctor Frías.—Cuando hube de necesitar ministros, dijo, Tucumán me suministró dos, uno que por elección popular pasó á desempeñar funciones más altas, y otro que, avezado á los negocios públicos, llevaba al gobierno la reputación de concien-

zudo, laborioso, probo y un poco testarudo. Lo acepté como era, y gané en prueba de mi buena elección un excelente amigo, el doctor Uladislao Frías.

El doctor Frías acompañó hasta el fin en su administración á Sarmiento, y siguió después prestando sus servicios en el congreso, hasta que pasó á ocupar un puesto en la corte suprema de justicia, donde desempeñó sus últimas funciones públicas con la serenidad, la independencia, la rectitud y la laboriosidad que le distinguieron durante toda la vida.



El ministerio de hacienda de la administración Sarmiento fué inaugurado por el doctor José B. Gorostiaga, conspicuo personaje que había sido miembro del congreso constituyente de 1853, y había tenido una notable actuación en la confederación, así como después de realizada la unión nacional. Fué en esta últi-

ma época en que se acentuó su fama de hombre de Estado y de jurisconsulto eminente.

La inteligencia y la consagración con que dirigió la gestión de las finanzas nacionales, permitieron al presidente de la República que antes de finalizar el primer año de su administración dirigiera al congreso las siguientes palabras:

“La guerra trae consigo un cortejo de males que no son sólo la pérdida de vidas y de capitales que nos impone. Una guerra prolongada puede afectar por muchos años la existencia de un país, alterar de rechazo sus instituciones, y comprometer el porvenir por siglos. Díganlo sino los que provocaron la presente. El peor de todos los males que ella trae es el desorden administrativo que sus premiosas exigencias disculpan, y la desmoralización que de un lado produce, mientras del otro se desenvuelve el sentimiento del honor y la noble aspiración de la gloria.

“No tenemos que lamentarnos de que la riqueza nacional haya sufrido menoscabo considerable, porque el haberse doblado la renta en los últimos cinco años, prueba evidentemente lo contrario. Pero mucho hemos perdido en el orden y pureza de la administración, y á reparar sus estragos ha consagrado el gobierno todos sus conatos. El ejército estaba impago desde muchos meses, el tesoro exhausto y el crédito debilitado. ¿Necesito deciros que el gobierno nacional goza hoy del mayor crédito que nunca haya alcanzado, y que con él más que con el producto regular de los impuestos, que por pingüe que sea nunca bastará para llenar el abismo de una larga guerra, ha hecho frente á sus necesidades?

“Lo ha logrado en efecto, contrayéndose principalmente á cuidar con la mayor escrupulosidad y celo la recaudación é inversión de las rentas, á perseguir el fraude y á observar la más puntual religiosidad en el servicio de

la deuda pública y en el cumplimiento de las estipulaciones, sin consideraciones al tiempo ó á la personalidad que haya tenido legalmente la representación del país. Mucho se ha andado en este camino; mucho más está en vía de ejecución; y cuando háyamos restablecido la moralidad administrativa en todos los ramos del servicio público, la renta ordinaria no sólo ha de ser suficiente para atender á todos los gastos normales, sino que los ha de exceder; y el crédito ha de darnos los medios de aligerar la pesada carga que dejará sobre los hombros del pueblo la terrible crisis por que atravesamos.”

El doctor Gorostiaga estuvo poco tiempo en el ministerio de hacienda, pues siguiendo sus antiguas inclinaciones, aceptó la presidencia de la corte suprema de justicia nacional, elevadísimo cargo que fué el último que desempeñó, y en el que tuvo muchas ocasiones de hacer destacar su rectitud, su independen-

cia, su integridad y sus profundos conocimientos en el derecho.

Vacante el ministerio de hacienda por la renuncia del doctor Gorostiaga, Sarmiento confió ese alto cargo al señor Luís L. Domínguez, uno de los hombres de su generación más justamente apreciados.

El señor Domínguez formó parte de ese grupo selecto de argentinos que emigraron al Brasil y Montevideo, y que combatieron la tiranía que ensangrentaba el suelo de la patria, por todos los medios de que pudieron hacer uso en tierra extranjera.

Era un escritor distinguido, y su pluma se había ejercitado también en los dominios de la poesía y de la historia.

En su escritos, en su conversación, en su conducta, en sus modales, en todos sus actos revelaba esa esmerada pulcritud que se notaba también en el cuidado exterior de su per-

sona, y que tanto contribuía á hacerle simpático y atrayente.

No era un poeta de gran aliento, pero tenía facilidad para ese género de composiciones que tocan el sentimiento popular, se pegan en el oído, persisten en la memoria, y son recitados por las voces de varias generaciones.

Sucedía lo mismo con sus trabajos históricos. Ellos no alcanzaron grandes proporciones, pero se condensaron en compendios correctos y de escrupulosa veracidad, que durante mucho tiempo sirvieron de texto en escuelas y colegios.

Su decidida vocación por las tareas administrativas y el estudio de las finanzas, se armonizaban perfectamente con su carácter metódico y ordenado.

Fué el celoso guardián del tesoro Nacional durante una gran parte de la administración de Sarmiento, tan decente y tan honrada, habiéndose distinguido especialmente por las

acertadas medidas que tomó para mejorar la pureza y la escrupulosidad en la recaudación de la renta pública, así como para aplicar á su inversión la discreción y la economía, pues de acuerdo con los consejos de la ciencia económica y con las tendencias propias de su espíritu, sentía verdadero terror por los déficits y los desequilibrios.

Para comprobar los resultados que obtuvieron sus persistentes trabajos en ese sentido, vamos á citar algunos datos estadísticos, tomados de fuentes insospechables, y correspondientes á uno de los años durante los cuales tuvo á su cargo el ministerio de hacienda.

Las rentas de la Nación no habían pasado hasta entonces de diez y seis millones de pesos fuertes, y en el año á que nos referimos hubo un aumento de dos millones sobre lo calculado, y de cinco sobre lo recaudado en el ejercicio del año anterior.

El presupuesto ordinario de los gastos au-

torizados en ese mismo año, dejó un sobrante de más de cuatro millones.

Tan sensibles diferencias no podían obedecer exclusivamente en esa época al crecimiento natural del país, y debían atribuirse en gran parte á la buena administración.

Resultados de ese género, en un pueblo casi habituado á los cálculos fallidos y á las autorizaciones excedidas en materia de gastos, no necesitan comentarios, y confirman por si solos uno de los títulos que tuvo para conquistar la consideración pública el distinguido funcionario de que nos ocupamos.

El señor Domínguez no acompañó á Sarmiento durante todo el resto de su administración, y antes de que terminara ese período presidencial, abandonó el país para dedicarse á la carrera diplomática.

Desempeñó sucesivamente la legación argentina en el Perú, el Brasil, los Estados Unidos é Inglaterra, y en todas esas naciones

ejercitó con la mayor altura la representación de su patria, así social como intelectual y oficialmente, y se ocupó con verdadero celo de sus intereses.

Durante la presidencia del doctor Avellaneda sostuvo con el que había sido su colega en el gabinete de Sarmiento, una frecuente correspondencia epistolar, que versaba en su mayor parte sobre asuntos internacionales y finanzas.

Al ocuparse de esta última materia fué insistente en sus opiniones sobre la conveniencia ó más bien la necesidad de no aumentar por el momento las obligaciones contraídas en el exterior, y de cumplir escrupulosamente, sobre todo, los compromisos pendientes.

Esos consejos influyeron mucho para afirmar una resolución inquebrantable del doctor Avellaneda, que, contrariando grandes influencias y poderosas corrientes de opinión, consintió en someter al país á un período de pri-

vaciones y economías, á fin de mantener incólume su crédito, y dejar así abiertas las puertas al capital extranjero, cuya cooperación iba á ser tan importante en el engrandecimiento de la Nación.

En Londres desempeñó el señor Domínguez su último puesto internacional, y allí contribuyó poderosamente á consolidar el buen nombre que ya había adquirido la legación argentina en Inglaterra.

Nuestro ministro en ese país tiene, además de su cargo diplomático, el de agente financiero de la Nación, y en la época del señor Domínguez se hicieron importantes operaciones y adquisiciones.

Pasaron por sus manos, con ese motivo, buenos millones de pesos, que fueron administrados con corrección y honorabilidad absolutas, sin que la maledicencia, ni la calumnia, ni esos rumores anónimos que suelen surgir alrededor de los altos funcionarios que

manejan intereses de consideración, encontrarán un solo punto vulnerable que pudiera servir de base para ejercitar su acción.

El señor Domínguez no volvió á su país desde que se dedicó á la carrera diplomática, y murió cuando desempeñaba sus funciones en Londres, donde la honrosa tradición que dejó sigue siendo dignamente mantenida por su apellido.

El general Martín de Gainza fué el único ministro que acompañó á Sarmiento durante toda su administración.

Era un cumplido caballero, un acendrado patriota y un soldado modesto, que prestó muy buenos servicios á su país en la guerra contra la tiranía.

Aunque no había alcanzado á un alto grado de figuración en la carrera de las armas, que no fué para él una profesión normal sino el medio de manifestar sus ideas políticas en

una época de permanente guerra civil, tal vez por eso mismo, y teniendo en cuenta otro género de excelentes condiciones, Sarmiento le nombró su ministro de la guerra, y no tuvo motivo para arrepentirse de su elección.

Con otro ministro de mayor volumen en el arte de la guerra, el inquieto presidente habría tenido probablemente rozamientos y dificultades, á causa de la importancia militar que se atribuía á sí mismo, pretensión que el público tomó al principio con poca seriedad, pero que la opinión general ha ido después justificando como merecida y bien fundada.

El general Gainza fué, pues, el ejecutor de las ideas del presidente en ciertas cosas, en otras su leal colaborador, y ocupó en algunas el puesto de primera fila, como en la guerra de Entre Ríos, cuya inmediata dirección tuvo durante bastante tiempo sobre el teatro mismo de los sucesos.

Fué un administrador honrado y celoso,

y su nombre quedará vinculado á los progresos militares y navales de su época, entre los que se destacan la adquisición de los primeros elementos de guerra de alguna importancia, y la fundación de los institutos que hoy tienen tan merecido renombre, y de cuyo seno han salido casi todos los jefes y oficiales que se encuentran actualmente al frente del ejército y la armada de la Nación.

VI

El doctor Bernardo de Irigoyen—Su primera figuración—Su estilo y su oratoria—Su estudio de abogado—En los ministerios del interior y de relaciones exteriores—La cuestión de límites con Chile—El tratado de 1881—Candidatura presidencial—En el senado y en el gobierno de Buenos Aires—Semillero de anécdotas—Una muerte tranquila—Un recuerdo duradero.

Uno de los hombres de Estado que más hondas huellas han dejado en la vida pública argentina, ha sido el doctor Bernardo de Irigoyen.

Su sólida inteligencia, su vasta preparación, sus dotes tan pronunciados para la diplomacia, su refinada cultura, su honorabilidad sin tacha, y otras cualidades armónicas

con las mencionadas, hicieron de él una figura verdaderamente expectable.

Sus condiciones naturales le señalaban principalmente para el estudio, para el consejo, para la reflexión serena, y por eso figuró brillantemente en el parlamento, en los ministerios, en su profesión de abogado tan dignamente desempeñada, y de la que fué uno de los más altos representantes entre nosotros.

Era un cumplido orador parlamentario. Y si bien no carecía de facilidad para la improvisación, preparaba con cuidado sus grandes discursos, y tenía mucha práctica para retenerlos en la memoria.

Sus producciones no ostentaban gran brillo en el estilo, pero eran de corte verdaderamente académico. La homogeneidad del conjunto, el desarrollo de los detalles, la forma tan correctamente redondeada de los períodos, todo denotaba la ejecución de un plan armónico y esmeradamente concebido.

Los que le escuchaban ó leían no se deslumbraban seguramente ante un vivo resplandor, pero quedaban bajo la suave influencia de esas luces discretamente tamizadas, que expanden á su rededor los tonos de una plácida serenidad.

Mucho se hablaba de la debilidad de su carácter, pero creemos que la fama que tenía á este respecto, obedecía en gran parte á sus modalidades exteriores, pues no sabemos que nadie le haya hecho claudicar de sus ideas ó desistir de sus propósitos.

La corrección de las formas era una de las peculiaridades que más se destacaban en su modo de ser. Por más duro, transcendental ó grave que fuera lo que tenía que hacer ó que decir, siempre encontraba algún medio de suavizar el acto ó la expresión. Y así como en sus escritos y discursos no se vió nunca una frase violenta ó agresiva, así nadie sorprendió jamás en su fisonomía la expresión de

la ira ó de cualquier otro análogo sentimiento. Todo en aquella existencia llevaba el sello de la moderación y la cultura.

Su figuración durante el último período de la organización nacional se retardó indudablemente á causa de sus antiguas vinculaciones con la época de la federación.

Habría sido mejor que un hombre de sus condiciones hubiera estado entre los adversarios ó por lo menos alejado de la dictadura, pero desgraciadamente no fué así.

Tal vez por falta de resolución para luchar con grandes dificultades, ó por una convicción profunda en el fondo que se sobrepusiera á toda otra consideración, ó en atención á la naturaleza del único rol que se proponía desempeñar, ó por otro motivo igualmente poderoso, lo cierto es que permaneció dentro de esa situación.

Pero lo que se debe hacer constar en todos los momentos en honor del distinguido ciudadano, siendo ese el objeto que nos hemos

propuesto al tocar este punto, es que los servicios que prestó entonces fueron de carácter exclusivamente internacional, sin otro propósito, seguramente, que el bien de su país.

Permaneció ajeno, por consiguiente, á los odiosos detalles de la política interna, y no pudieron alcanzarle personalmente las responsabilidades de esa época funesta.

En la posición en que se encontraba, fué más bien una especie de intermediario entre los perseguidores y los perseguidos, y conservaba en su poder numerosos testimonios de asperezas que había suavizado, de violencias que había contribuído á evitar, y de su frecuente intervención para salvar á muchas personas de situaciones difíciles y peligrosas.

Por eso después de la jornada de Caseros fué considerado y respetado, pero no pudo naturalmente tener desde un principio la posición á que sin ese antecedente le habrían abierto camino sus relevantes condiciones.

No tenemos noticias de los primeros puestos

públicos desempeñados por él, pero sí sabemos que antes de llegar á los altos cargos que le dieron después tanto renombre, tenía ya altamente acreditado su estudio de abogado, cuya fama no ha sido hasta ahora superada.

Era un jurisconsulto eminente, un hábil defensor de las causas que se le confiaban, y un amigo y leal consejero de sus clientes. Muchos asuntos ya iniciados ante los tribunales, ó que estaban en vísperas de serlo, eran amistosamente arreglados con su prudente intervención.

En ese tiempo el capital extranjero permanecía todavía huraño y desconfiado con motivo de los frecuentes desórdenes porque atravesaba el país, y las más poderosas empresas que se proponían aplicarlo á cosas nuestras, iban á buscar los consejos del doctor Irigoyen, y á confiarle la dirección de sus asuntos.

Sabían los que llamaban á las puertas de su estudio, que detrás de sus umbrales estaban la honorabilidad y la competencia.

Los primeros puestos culminantes ocupados por el doctor Irigoyen fueron los ministerios del interior y de relaciones exteriores, que desempeñó sucesivamente tanto en la administración del doctor Avellaneda como en la del general Roca.

Como ministro del interior fué un trabajador estudioso y concienzudo, y un escrupuloso administrador.

Por su iniciativa y con su concurso fueron estudiadas y sancionadas algunas de nuestras principales leyes institucionales y de las destinadas á regir las grandes reparticiones públicas, cuya creación iba haciendo necesaria la marcha progresiva del país.

Figuran entre ellas la de la organización de la municipalidad de la capital, la de los territorios nacionales, algunas relativas á la venta y explotación de la tierra pública, y la del departamento de ingenieros.

En esta última ley puso su iniciador el más

cuidadoso empeño, así como en la organización y composición de la oficina técnica que debía ejecutarla, pues comprendió que las obras públicas iban á tener un gran desenvolvimiento, y á ser uno de los principales elementos para aumentar la población y la riqueza.

Su nombre está ligado á importantes y numerosas construcciones de diversa índole, entre las que se destacaron las vías de comunicación, realizadas en las dos administraciones á que nos hemos referido, y especialmente en la segunda, durante la cual el desahogo relativo del tesoro público, y la consolidación de la paz, permitieron que se llevaran á cabo obras transcendentales que transformaron ventajosamente en poco tiempo la situación del país.

Pero donde el doctor Irigoyen desarrolló con mayor brillo y eficacia su actuación de hombre de Estado, fué en la gestión de los asuntos internacionales.


Era verdaderamente un diplomático.

Su busto, colocado en los salones del ministerio de relaciones exteriores, es no sólo la consagración de un homenaje, sino también la exhibición de un ejemplo.

Todas las cuestiones en que tuvo que intervenir fueron dirigidas por él con inteligencia, habilidad y elevada firmeza. Tenía un merecido prestigio en el cuerpo diplomático extranjero acreditado entre nosotros, y era respetado y considerado como una autoridad en las cancillerías americanas.

A él le tocó concluir las accidentadas negociaciones derivadas de la triple alianza, y comenzadas algunos años antes. En 1876 firmó el tratado definitivo con el Paraguay, figurando también el Brasil entre las naciones signatarias.

La cuestión á que dedicó principalmente su más afanosa consagración, fué la que teníamos pendiente sobre límites con la república de Chile.

 Durante los años anteriores al tratado de 1881, el asunto tuvo uno de sus períodos de mayor agitación. Se produjeron graves incidentes y conflictos de jurisdicción en los lejanos mares del sur, hasta el punto de que más de una vez se creyó inminente un rompimiento de relaciones entre las dos naciones.

Una tras otra fueron resueltas discreta y pacientemente las dificultades ocurridas, sin que nuestra dignidad ni nuestros derechos hubieran sufrido detrimento.

Al fin se firmó el tratado de 1881, después de una larga y accidentada negociación, durante la cual las impresiones producidas pasaron por todos los matices, desde el más abierto optimismo hasta un negro pesimismo, desde las esperanzas de un pronto y favorable desenlace hasta las probabilidades de un rompimiento definitivo, desde las recíprocas seguridades de unión y fraternidad hasta las amenazas y las airadas protestas. Todo fué

prudente y hábilmente dominado, y las relaciones entre Chile y la República Argentina quedaron estrechadas durante algún tiempo sobre la base de una sincera reconciliación, en virtud de un arreglo que se creyó definitivo y que desgraciadamente no lo fué.

El tratado tuvo algunos opositores, pero fué aceptado por la opinión general, y se asegura que los discursos que el ministro pronunció en las sesiones secretas que tuvieron lugar en las dos cámaras legislativas, fueron verdaderamente notables y produjeron gran impresión en el congreso.

En la escabrosa tramitación de esa cuestión internacional, tan sonada en América, el doctor Irigoyen puso, pues, su inteligencia y todas sus altas cualidades de diplomático, al servicio de la política netamente definida del presidente que firmó el tratado, y que algunos años más tarde, en una segunda administración, dió una solución final al asunto, com-

probando de ese modo que, no obstante su reputación militar y el alto rango que había alcanzado en la carrera de las armas, fué mientras tuvo el poder en sus manos, un fiel y decidido apóstol de la paz.

Faltaba alrededor de un año para la terminación del período presidencial del general Roca, cuando el doctor Irigoyen se retiró del ministerio del interior que desempeñaba entonces, á fin de ponerse al frente de sus amigos que le habían designado como su candidato para la presidencia de la República.

Hacía algún tiempo que se hablaba de esa candidatura, pero nada práctico y positivo se había hecho por ella hasta ese momento, á causa de que el doctor Irigoyen parecía tener cierta vacilación ó recelo en entregar resueltamente su nombre á las corrientes de la lucha electoral. Muchas veces hasta se excusaba de hablar del asunto con personas que iban á explorar indirectamente sus intenciones, con el

propósito de ofrecerle su concurso. Sus partidarios le obligaron al fin á asumir una actitud definida, pero era ya tarde. Uno de sus competidores se había anticipado á tomar algunas de las posiciones que él habría podido ocupar á su debido tiempo, y era ya imposible deshacer lo hecho.

Fué muy tergiversada la opinión en esa época, y creemos poder afirmar que si el doctor Irigoyen hubiera presentado oportuna y resueltamente su candidatura á la contienda, habría sido probablemente el sucesor del general Roca y el continuador de su política en el gobierno.

Después del fracaso de sus pretensiones tardíamente manifestadas, el doctor Irigoyen tuvo un rol prominente en la oposición á la administración del adversario triunfante. Fué el hombre de peso y de consejo en el seno del partido radical, que en la lucha electoral siguiente á los sucesos de 1890, levantó otra

vez su candidatura á la presidencia de la República.

El resultado fué igual al de la contienda anterior, á causa principalmente esa vez de la unión de dos partidos poderosos para hacer triunfar un candidato de conciliación.

El doctor Irigoyen ocupó entonces un puesto en el senado nacional, en cuyo seno se distinguió por una culminante actuación. Pronunció en esa época notables discursos, algunos de los cuales tuvieron transcendentales proyecciones en la política y el gobierno, pues no obstante su habitual moderación y el tono tranquilo y reposado de su voz, solía dar en el fondo golpes vehementes, que á causa del mismo contraste producían un gran efecto en el auditorio.

Fué después elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires, cargo en el que poca ocasión tuvo de ejercitar sus altas dotes de gobierno, á causa de las dificultades de la si-

tuación política. La acción administrativa se encontraba constantemente perturbada por los manejos de las fracciones, que habían entablado una lucha permanente para alcanzar el predominio.

Volvió más tarde al senado de la Nación, donde prestó sus últimos servicios.

Son muy populares y conocidas las numerosas anécdotas que ha dejado tras de sí, á causa de su larga actuación, de las peculiaridades de su carácter, y de los diversos medios y recursos que tenía para ejercitarlas. Vale la pena de mencionar ligeramente algunos de éstos, porque contribuyen á hacer conocer su personalidad.

Tenía verdadero empeño por prestar todos los servicios que le pedían, y atender las numerosísimas recomendaciones que le dirigían para la provisión de empleos; y como eso era imposible á causa de la desproporción en que se hallaban las solicitudes con los medios de

satisfacerlas, llevaba á cabo verdaderos prodigios de inventiva y de cortesía para mantener contentas é ilusionadas durante largo tiempo á las personas, con solo esperanzas, promesas y disculpas que se renovaban en todas las formas, hasta que encontraba alguna manera de satisfacer sus deseos, si es que antes los aspirantes no habían caído en el desfallecimiento, ó no habían encontrado otro camino abierto á sus modestas ambiciones.

Cuando se prolongaban demasiado las visitas y entrevistas de que se hallaba siempre asediado, era habilísimo para cortar discretamente la conversación, anticipando una despedida cuya hora no había llegado todavía en el programa del visitante, todo sin dar lugar á resentimientos ó susceptibilidades de ninguna clase.

En ciertas situaciones especiales, y á fin de no herir directamente y de improviso el interés ó el amor propio, tenía un modo exclusi-

vamente suyo de decir sí para que se entendiera precisamente que quería decir no.

Era tan efusivo en sus expansiones y en sus demostraciones de afecto, que muchas personas deben haber vivido con la dulce ilusión de que su recuerdo estaba permanentemente incrustado en el corazón de su ilustre amigo.

Para tener siempre con qué defenderse de los numerosos aspirantes que le rodeaban cuando estaba en el ministerio del interior, acostumbraba dejar sin proveer algunos empleos de condiciones poco halagüeñas que él mismo exageraba para que se los dejaran disponibles, habiendo llegado al máximum su habilidad en ese sistema, una vez que mantuvo vacante por más de un año un puesto de interventor en la sucursal de correos de Yavi, provincia de Jujuy, puesto que fué ofreciendo sucesivamente á todos sus recomendados como una prueba de que no los olvidaba, y que los favorecidos rehusaban también sucesivamente en la espe-

ranza de obtener más tarde algo mejor, hasta que se presentó uno tan estrechado por la necesidad, que se resignó á tan poco apetecida distinción, y mediante un sueldo mensual de sesenta pesos, emprendió un viaje de quince ó veinte días por medios de transportes incómodos y difíciles, para ir á desempeñar sus funciones en el servicio epistolar de esa lejana población, que como un secreto territorial ó geográfico se halla encerrada entre los pliegues de una áspera serranía desarrollada sobre la frontera boliviana.

Esos recursos inagotables dieron lugar á muchos incidentes interesantes y graciosos, reales unos y otros inventados, que circularon y aun siguen circulando en el público con profusión.

El doctor Irigoyen había llegado á la edad de ochenta y cuatro años, y si bien su vigor físico empezó á resentirse, conservaba toda la plenitud de sus facultades intelectuales, así

como esos modales de urbanidad y cortesía que nunca le abandonaron.

Cuando le asaltó la enfermedad que le llevó á la tumba, nadie creyó en la proximidad de su fin.

Una noche en que se encontraba mejorado, pidió á los miembros de su familia que se retiraran á descansar, se despidió de ellos hasta el día siguiente, y se quedó dormido, pero sus ojos ya no se abrieron más sobre la tierra. Pasó sin sentirlo del sueño de la noche pasajera al sueño de la noche eterna. Su muerte fué, así, tranquila y apacible como su vida.

Todos los que le conocieron no olvidarán seguramente la distinguida y correcta figura del viejo diplomático, que en su paseo habitual por la calle Florida donde tenía su casa tan conocida, tan frecuentada, y tan hospitalaria, iba distribuyendo saludos y sonrisas para corresponder á las manifestaciones de estimación y respeto que le esperaban á su paso.

VII

El doctor Adolfo Alsina—El doctor Simón de Iriondo—Su actuación en el ministerio del interior—Su influencia en Santa Fe—El doctor Onésimo Leguizamón—En una misión á Roma—Los votos de un poeta—En el ministerio de instrucción pública—Algunas palabras del doctor Avellaneda.

El primer ministro de la guerra del doctor Avellaneda fué el doctor Adolfo Alsina, y nos hemos ocupado ya detenidamente en estas páginas de la actuación que tuvo al frente de su alto cargo. Cualquier cosa que agregáramos no sería sino una repetición, pero como se trata aquí de una especie de galería ministerial,

no puede dejar de figurar en ella ese eminente ciudadano.

Nos limitaremos, pues, á decir que en el desempeño de su cartera se ocupó principalmente de la organización del ejército y de la defensa de las fronteras, habiendo sentido los primeros síntomas de la breve enfermedad que le llevó á la muerte, en uno de los lejanos campamentos donde había ido á presidir personalmente la ejecución de sus planes.

Por lo que hace á la política, tuvo un rol culminante en el arreglo que se llevó á cabo entre los partidos en el año 1877.

Si no hubiese muerto en esa época, habría sido probablemente el representante de la conciliación en el poder, y esa patriótica evolución no hubiera tenido tal vez un rompimiento tan rápido y tempestuoso como el que tuvo.

Pero esa providencia que parece velar por la suerte de los pueblos, es más sabia que todos los hombres, y los mismos sucesos doloro-

sos que sobrevinieron á la época á que nos referimos, abrieron el camino á la consolidación definitiva de la nacionalidad argentina.

Por su gran prestigio en Santa Fe y por sus vinculaciones con otras provincias del litoral, el doctor Simón de Iriondo era una personalidad política de primera fila.

Durante la campaña electoral de 1874 fué un entusiasta partidario del doctor Avellaneda, que al organizar su gabinete cuando llegó á la presidencia de la República, le confió la cartera del interior.

Tenía una inteligencia vivísima y de fácil é inmediata adaptación á la materia en que se quisiera ejercitarla; pero desgraciadamente sus inclinaciones al estudio y al trabajo no se hallaban á la misma altura.

Contribuían á distraerlo de las altas ocupaciones del pensamiento, su amor á la conversación, para la cual nunca le faltaba material,

su carácter franco y expansivo que le tenía constantemente rodeado de amigos, y su tendencia invencible á los manejos electorales y políticos que le tomaban mucho tiempo.

Si hubiera querido disciplinar su cabeza con el estudio metódico y ordenado, habría sido una eminencia intelectual, pues difícilmente podría encontrarse una persona que le aventajara en absorber y asimilar con tanta rapidez como eficacia todo cuanto á la alimentación mental se refería. En materias que casi no conocía, le bastaba la lectura de unas cuantas páginas y algunas conversaciones que él sabía provocar con habilidad, para expedirse como si se tratara de cosas que le fueran familiares.

Estaba ligado al presidente por una antigua y estrecha amistad. Se trataban con mucha confianza, y eran graciosos los incidentes que ocurrían frecuentemente entre ellos con motivo de los apuros tan propios del doctor

Avellaneda para que las cosas se hicieran á su debido tiempo ó anticipadamente si era posible, y las tendencias del doctor Iriondo á dejarlas para última hora.

Pero cuando se resolvía á ponerse en la tarea, lo hacía con facilidad y decisión, y recuperaba rápidamente el tiempo perdido.

Por su iniciativa ó con su concurso se discutieron y sancionaron algunas de las leyes más importantes que rigen actualmente en la administración, entre las que citaremos la de obras públicas, la de telégrafos y la de colonización. A esta última le dedicó verdadero empeño. Estaba preparado para la materia, pues había tomado mucha parte en los trabajos que hicieron de Santa Fe la primera provincia colonizadora de la República.

En política era sagaz y de un golpe de vista certero. Ejercitaba con habilidad el arte de la persuasión, y tenía el don de conquistar la buena voluntad de las gentes con su aire siem-

pre jovial, su conversación animada y sus francos y expansivos modales. Algunas situaciones difíciles que parecían abocadas á serios conflictos, fueron amistosamente arregladas por él.

Era consecuente y sincero. Si estrechaban sus manos las manos de un amigo, se notaba á su contacto la cálida presión del sentimiento.

Cuando tuvo lugar la conciliación de los partidos, puso su cartera á disposición del presidente, que se sirvió de ella para la primera combinación política que hizo en su gabinete, sin que por ello se alteraran los vínculos que los ligaban.

En unas afectuosas líneas que con ese motivo le dirigió el doctor Avellaneda, le decía lo siguiente:

“No te digo adiós, porque nosotros no nos separamos. No necesito tampoco escribirte una carta que el público lea, pues nuestra amistad y la identificación de nuestros destinos políti-

cos en la buena y en la mala suerte, no son un misterio para nadie. Lo que es íntimo y verdadero, por otra parte, sale mal al ruido de la calle y no se presta á la gran comedia.”

El doctor Iriondo volvió entonces á Santa Fe, donde poco despues fué elegido gobernador, y más tarde senador al congreso nacional.

Tuvo en esa provincia verdadero prestigio, y durante mucho tiempo nada se hizo en ella sin su intervención.

En países republicanos como el nuestro no convienen influencias tan poderosas; pero si han de subsistir todavía antes de que llegue la hora en que cada ciudadano consciente no tenga otro guía que su propia opinión, será de desear que ellas se ejerciten como el doctor Iriondo ejerció la suya. Sin que pueda decirse que la mantuvo completamente ajena á ciertas desviaciones ó excesos en materia electoral y política, que han sido y siguen siendo tan comunes entre nosotros, se

puede asegurar que la aplicó generalmente al bien público, y que no obstante su prepotencia y su larga duración, no se sabe que la haya obscurecido jamás con actos desdorosos ó violentos.

Murió mientras formaba parte del senado de la Nación, hallándose en la plenitud de la vida y cuando tenía todavía por delante muchos años en que hubiera podido ejercitar su actividad y sus condiciones.

En el primer gabinete del presidente Avellaneda figuró como ministro de justicia, culto é instrucción pública el doctor Onésimo Leguizamon.

Parece que desde muy temprano dió muestras de las tendencias que le condujeron á ser un hombre de estudio y de pensamiento, y era muy joven cuando el general Urquiza, siendo presidente de la confederación, le hizo formar parte de una aparatosa legación que envió á

la Santa Sede, y que tenía á su frente al doctor Juan del Campillo como ministro, y al doctor José M. Zuviría como secretario.

A su paso por Montevideo fueron obsequiados esos diplomáticos con un banquete, en el que el festivo poeta Figueroa improvisó un brindis en verso, que terminaba con esta cuarteta:

Brindo porque en fausto día
vuelvan á su país natal
Campillo de cardenal
y de obispo Zuviría.

En esta escala de ascensos habríale correspondido también un buen puesto al doctor Leguizamón, pero los votos del vate no se cumplieron, y los miembros de la legación volvieron á su país para seguir recorriendo sus caminos originarios.

Al doctor Leguizamón tocó en suerte figurar como abogado, político y hombre de letras.

Era además un distinguido orador. A las

condiciones intelectuales que le habilitaban para el arte de la palabra, se agregaba una voz poderosa y sonora que se imponía al auditorio.

Durante la lucha electoral de 1874, en la que tuvo un puesto culminante, hizo brillar su oratoria en clubs, asambleas y reuniones populares, y más tarde fué en el congreso un elocuente representante del poder ejecutivo.

Por las tareas que tuvo que desempeñar en la legación de que formó parte, por su profesión principal y por sus funciones de profesor de la Universidad de Buenos Aires, estaba vinculado á los tres ramos que componían la cartera puesta bajo su dirección.

En la instrucción pública fué el continuador del doctor Avellaneda, á quien le tocó presidir como primer magistrado de la Nación la prolongación de la obra á que tanto impulso había dado como ministro del presidente Sarmiento.

En ese ramo tan importante de la administración no se limitó á conservar y mejorar los servicios existentes, sino que encontró medio de extenderlos y crear otros nuevos al mismo tiempo, no obstante la situación tan penosa del tesoro público. La ley protectora de la educación común fué ampliamente ejecutada, y se inauguraron algunos establecimientos de enseñanza normal y secundaria.

Cuando tuvo lugar la conciliación de los partidos, procedió como el doctor Iriondo, y puso su cartera á disposición del presidente, con quien tuvo un cambio de cartas afectuosas cuando abandonó el ministerio.

He aquí un párrafo de la que le dirigió el doctor Avellaneda:

“Se separa usted de mi lado, pero no de mi amistad. Las posiciones políticas, sometidas á cambios frecuentes, suelen dejar tras sí afecciones duraderas, sostenidas por la estimación recíproca y por los vínculos que crea

el trabajo común; y son ellas el mejor solaz y no pocas veces las únicas complacencias austeras en esta vida del hombre público, que pasa entre el afán anheloso del día y las cavilaciones angustiosas de las noches sin sueño."

Poco tiempo después de su salida del gabinete fué designado para formar parte de la suprema corte de justicia. Siguiendo sus tendencias á la política activa, abandonó ese alto tribunal para ocupar una banca en la cámara de diputados del congreso nacional, donde continuó siendo un fiel representante de su partido.

Como muchos hombres inteligentes de su época, murió joven, dejando así raleadas las filas de los representantes del pensamiento.

Una de las escuelas de la capital lleva su nombre, como testimonio de los servicios con que ha quedado vinculado á la instrucción pública en nuestro país.

VIII

El señor Norberto de la Riestra—Su vasta figuración—Su intervención en el arreglo del primer empréstito argentino—Su programa financiero—El crédito nacional—Un acuerdo memorable — Cambio de carteras — Un honroso ejemplo.

Llegó un momento en la administración del doctor Avellaneda en que quedó vacante el ministerio de hacienda, y la situación verdaderamente angustiosa de las finanzas nacionales, hacía necesario que se pusiera al frente de ese departamento una persona que, no sólo tuviera la competencia suficiente para dirigirlo, sino que se hallase en condiciones de inspirar confianza á la opinión pública y espe-

cialmente al mundo del capital y los negocios, que se mantenía desconfiado y receloso.

El presidente llamó á su lado con ese motivo al distinguido ciudadano don Norberto de la Riestra, que no era su amigo político, pero que en esos momentos se mantenía alejado del juego de los partidos, para no ocuparse sino de buscar su subsistencia en el trabajo diario.

El señor de la Riestra gozaba de una alta reputación como financista, y había tenido ya una activa figuración pública en el gobierno de la confederación primero, después en la provincia de Buenos Aires cuando las asperezas de las relaciones de ésta con los demás estados argentinos empezaron á desaparecer, y últimamente en la Nación ya reconstituída á consecuencia de la campaña de Pavón.

En esas tres situaciones tuvo á su cargo durante algún tiempo la cartera de hacienda, y desempeñó también comisiones de alta im-

portancia. Jugó además un rol prominente en algunos de los trabajos que en diferentes ocasiones se iniciaron á fin de acercar á las dos fracciones en que se había dividido la República después de Caseros.

Una de las más delicadas comisiones de que se encargó y que llevó á cabo con el mejor éxito, fué la relativa al arreglo del empréstito de 1824, que había quedado sin ser servido durante largo tiempo.

La forma en que se hizo esa operación colocó á gran altura el nombre del pueblo argentino, y fué sin duda uno de los más sólidos fundamentos de su futuro crédito.

Los tenedores de esos títulos olvidados por todos menos por el deudor, según la hermosa frase del doctor Avellaneda, quisieron hacer una honrosa manifestación al distinguido comisionado, y le obsequiaron con una artística estatua del ministro Caning. Ese significativo presente fué cedido por la familia del señor

de la Riestra al ministerio de hacienda donde se encuentra actualmente, y donde deberá ser conservado con cuidadoso esmero, como un recuerdo de uno de nuestros principales hombres públicos, como un testimonio de los esfuerzos hechos por la Nación á fin de cumplir dignamente sus compromisos, y como un homenaje á la memoria del ilustre ministro inglés bajo cuya influencia se hizo en Europa el primer reconocimiento de nuestra independencia.

El nuevo ministro iba, pues, á pisar un terreno que le era conocido, y desde el primer momento se dedicó completamente á la delicada tarea que tomó sobre sí.

En la difícil situación en que iba á ejercitarla, no era hombre de resignarse ciegamente á las imposiciones de los sucesos, y trató por el contrario de dominarlas, concibiendo un plan científico y bien combinado, que comprendiera todo lo relativo al manejo de la hacienda pública.

Inició modificaciones importantes en el régimen aduanero; reglamentó escrupulosamente la percepción de la renta; trató de que en todos los departamentos del gobierno se ciñeran los gastos á lo estrictamente indispensable; cuidó con empeño de que los compromisos del crédito externo fueran rigurosamente cumplidos; sometió las economías que ya se habían introducido y que se seguían introduciendo, á un sistema fijo y uniforme que no pudiera ser alterado por el favoritismo y la política; y tomó otras medidas de análoga importancia, trazando así un programa dentro del cual pudiese moverse la administración con relativa holgura.

Su nombre quedó ligado á un memorable acuerdo de ministros que tuvo lugar en ese tiempo.

Como lo hemos dicho en estos mismos apuntes, uno de los desembolsos que más duramente pesaban sobre el tesoro era el corres-

pondiente á los compromisos impuestos por el crédito externo, y se había formado una fuerte corriente de opinión que sostenía la conveniencia de suspender temporalmente ese servicio, á fin de acudir con su importe á la satisfacción de algunas de las más imperiosas necesidades de la Nación durante la crisis aguda porque atravesaba.

El presidente se mostró desde un principio radicalmente opuesto á tal pensamiento, y no quiso ni ponerlo en tela de juicio; pero en la época á que nos referimos recrudeció el propósito mencionado, que hasta llegó á convertirse en una especie de clamor público, y el doctor Avellaneda creyó entonces deber someter el asunto á la deliberación de todos sus ministros, para tomar una resolución terminante y definitiva.

El acuerdo tuvo lugar, y llevó en él la palabra el ministro de hacienda señor de la Riestra.

Manifestó que aplicándose inflexiblemente á la administración el sistema de gastos y economías que se había establecido, el gobierno podría seguir su marcha sin mayores contratiempos, aunque se prolongara todavía la dura situación porque en esos momentos se atravesaba.

Agregó que para ello sería necesario renunciar á toda obra extraordinaria por más conveniente que fuera, pero que por lo menos estarían asegurados los servicios internos indispensables, y el cumplimiento de las obligaciones contraídas en el exterior.

Sostuvo que la suspensión del pago de la deuda pública sería un error no sólo lamentable sino irreparable, pues el crédito perdido se restablecería muy difícilmente, y quedarían cerradas nuestras puertas al capital extranjero que tan necesario nos iba á ser para fomentar la riqueza y la población de la Nación.

Sobre estas bases hizo una exposición sólida y convincente, y el gabinete en masa estuvo de completo acuerdo con el ministro de hacienda, con gran satisfacción del presidente, que veía así apoyado y robustecido su propio pensamiento.

Si el gobierno hubiera tenido un momento de debilidad, y amedrentado ante las proporciones de la crisis, ó cediendo á las instigaciones de una gran parte de la opinión, hubiera suspendido el servicio de la deuda externa para mejorar la precaria situación interna, el progreso del país habría sido retardado en muchos años.

Ese es uno de los grandes títulos que el doctor Avellaneda tiene á la consideración pública, y ese título fué mercedamente compartido por el señor de la Riestra en la ocasión á que nos referimos.

Todo iba bien, cuando desgraciadamente el congreso, que se hallaba dominado por ten-

dencias demasiado proteccionistas, empezó á oponerse á algunos de los planes del ministro de hacienda, que no seguía el mismo camino á ese respecto.

Entonces el señor de la Riestra, que no quería ser un estorbo para los propósitos que pudiera abrigar el poder legislativo, pero que tampoco estaba dispuesto á tomar sobre sí en una situación tan delicada la responsabilidad de actos que no estuvieran dentro de sus opiniones, abandonó el ministerio.

Su retirada del gabinete en esos momentos tuvo también una transcendencia política, pues aunque hacía algún tiempo estaba alejado de toda participación en las luchas activas, era un miembro conspicuo del partido que tenía á su frente al general Mitre, y su presencia en el poder había empezado á suavizar las relaciones del gobierno con la oposición. Si hubiera continuado en su alto puesto, probablemente se habría ido anticipando poco á

poco esa conciliación á que con tanto trabajo se logró llegar más tarde.

Refiriéndose á eso es que algún tiempo después el doctor Avellaneda le decía en una carta lo siguiente:

“Tiene usted plena razón. Suprima usted los cohetes, y lo que miramos hoy se habría ejecutado un año antes mediante su ministerio. Usted sabe que su nombramiento era un gran paso dado en este sentido, y que todo lo demás habría venido en seguida. Usted recordará cuán explícito fuí al respecto, y cuán seria era mi determinación.

“Pero se perdió un año, y se malogró la excelente disposición de usted, que fué un sacrificio. Yo siempre lo aprecié como tal, y no olvidaré jamás ese acto de gran patriotismo suyo”.

El señor de la Riestra se retiró, pues, del ministerio, y cambió la cartera de hacienda por la del comisionista y agente de negocios,

que era el ramo en que trabajaba para ganar el pan diario de la vida.

Y ese hombre que tuvo una alta actuación política, que dirigió sucesivamente las finanzas de la confederación, de la provincia de Buenos Aires y de la Nación reconstituída, y que desempeñó además comisiones de elevada importancia, estuvo amarrado hasta el último momento al yunque del trabajo, y no dejó á su familia otra herencia que su nombre.

IX

Los gabinetes de la conciliación—Crisis tras crisis—El doctor Rufino de Elizalde—Un tratado con Chile fracasado—Energía del gobierno argentino—Ocupación de Santa Cruz—El doctor José M. Gutiérrez—El doctor Saturnino M. Laspiur—El doctor Manuel A. Montes de Oca—Balmaceda—Otro tratado con Chile sin resultado—La cuestión Corrientes—El doctor Bonifacio Lastra—Sarmiento.

Durante el período de la conciliación desfilaron por el gabinete varios ministros pertenecientes á diversas fracciones de la opinión.

Todos ellos tenían las condiciones requeridas para dirigir los ramos que les fueron confiados, pero no pudieron hacer gran cosa en ellos, por la penosa situación del tesoro pú-

blico, por el poco tiempo que estuvieron en el poder, y porque la acción administrativa era frecuentemente perturbada por la política que todo lo absorbía en esos momentos.

Los dos primeros adversarios del gobierno que formaron parte del gabinete en virtud de los arreglos hechos, fueron dos de los más conspicuos miembros de la oposición, los doctores Rufino de Elizalde y José M. Gutiérrez.

El doctor Elizalde había sido ministro de relaciones exteriores del general Mitre durante toda su administración, y su nombre quedó fuertemente vinculado á la política internacional de esa época, y especialmente á la que dió por resultado el tratado de la triple alianza.

Fué después candidato á la presidencia de la República en oposición á Sarmiento, y cuando éste se halló en el poder, estuvo largo tiempo al frente de la redacción principal de "La Nación Argentina".

Iba, pues, al gobierno á ocuparse de cosas que le eran conocidas; y en la dirección de los asuntos internacionales, que constituían una de sus principales especialidades, dió pruebas del acierto que debía esperarse de su inteligencia y de la larga práctica que tenía al respecto.

Continuó una negociación que había sido iniciada por su antecesor el doctor Irigoyen con el plenipotenciario de Chile, señor Barros Arana, para fijar las bases á que debía sujetarse la definitiva demarcación de límites con esa nación, y para poner término á reclamaciones pendientes con motivo de conflictos de jurisdicción ocurridos en esa época.

Después de una laboriosa gestión los tratados fueron terminados y subscriptos por los dos plenipotenciarios que estaban ampliamente autorizados para ello; pero á última hora el gobierno chileno se negó á presentarlos á la aprobación del congreso, porque no estaba conforme con algunas de sus cláusulas.

Esta inesperada resolución causó una profunda impresión. Las relaciones entre las dos naciones quedaron en peor estado que antes de haber empezado las negociaciones, y creemos que hasta fueron retiradas las legaciones de los respectivos países.

El poder ejecutivo dirigió con ese motivo al congreso un extenso mensaje, redactado por el doctor Avellaneda, y que después de la relación y apreciación de los hechos, terminaba con estas palabras:

“Una vez interrumpidas las negociaciones por otras manos que las nuestras, quedamos tranquilamente en nuestro derecho, y sabremos sostenerlo con firmeza y con prudencia, hasta que mejores inspiraciones abran nuevamente el camino de los arreglos decorosos y pacíficos. Tras de los derechos que afirmamos hay un pueblo. La América lo sabe y no necesitamos pregonarlo”.

Después de firmado ese mensaje, el presi-

dente de la República envió una escuadra al río Santa Cruz, en la costa patagónica, punto que Chile disputaba y del que nuestros buques tomaron posesión inmediatamente.

Felizmente la tempestad se serenó poco tiempo después, y más tarde se iniciaron otras negociaciones con otros ministros.

El doctor José M. Gutiérrez, ese eminente publicista, ese polemista que tantas y tan profundas huellas de su pluma dejó en la prensa periódica, tuvo á su cargo la cartera de justicia, culto é instrucción pública.

El brillante escritor tenía predilección por este último ramo. Algún tiempo después desempeñó también por un breve período el mismo alto cargo en la administración del doctor Pellegrini, y cuando falleció se hallaba al frente del consejo nacional de educación. En una y otra parte quedaron recuerdos duraderos de su inteligencia y de su labor.

Poco tiempo estuvieron en el gabinete los doctores Elizalde y Gutiérrez.

Con motivo de una intervención nacional en la provincia de Corrientes, intervención que dió mucho trabajo y ocasionó sucesos trascendentales, ocurrieron serias disidencias en el seno del ministerio, y los dos ministros nombrados abandonaron sus puestos.

Es del caso hacer notar que más tarde se dió á esa cuestión el mismo sesgo que pretendían los funcionarios dimitentes, hecho que, si se hubiera podido prever, habría evitado su retiro.

Esta primera crisis de la conciliación se amplió con la renuncia presentada por el doctor Irigoyen, que desempeñaba el ministerio del interior, y que deseaba dejar en completa libertad al presidente para hacer sus combinaciones, causa á la que debía agregarse la de que ese distinguido ciudadano no se hallaba muy á su gusto en el ambiente político que

habían creado los arreglos últimamente celebrados.

Al reorganizar su gabinete el presidente Avellaneda, trató de buscar para el ministerio del interior un candidato que, sin descontentar á sus amigos, fuese una garantía de las declaraciones hechas á sus adversarios, y se fijó para ello en el doctor Saturnino M. Laspiur.

Confió al mismo tiempo la cartera de relaciones exteriores al doctor Manuel A. Montes de Oca, y la de justicia, culto é instrucción pública al doctor Bonifacio Lastra.

El doctor Laspiur era amigo suyo, tenía una conocida tradición política, habíale tocada una honrosa participación en sucesos de épocas anteriores, pero hacía algún tiempo que se mantenía ajeno al movimiento activo de los partidos, á causa del elevado cargo que ocupaba en la administración nacional de justicia.

Fué juez federal de Córdoba donde su alta investidura le expuso á serias peripecias en momentos en que caudillos y montoneros se apoderaron temporalmente de la capital de esa provincia. Una vez llegó hasta hallarse en peligro de ser fusilado.

Después de largo tiempo de buenos servicios prestados en ese puesto, fué ascendido á ministro de la suprema corte de justicia federal.

En ambos cargos se hizo notar por sus vastos conocimientos en la jurisprudencia, por su rectitud y por sus estudios sobre cuestiones constitucionales, en las que era considerado como una autoridad.

Mucho trabajo costó hacerle abandonar un puesto al que ya le ligaban estrechamente la costumbre y las tendencias de su espíritu, para que aceptara el ministerio del interior en tan difíciles circunstancias. Un emisario que tenía el doctor Avellaneda para los casos graves y difíciles, el doctor Diego de Alvear, obtuvo

por fin su consentimiento, que fué para él un verdadero sacrificio.

Su vuelta después de mucho tiempo á los trabajos activos de la vida pública fué una especie de segundo debut. Y sucedió lo que sucede generalmente con los debuts tardíos. El nuevo ministro, sin dejar de atender correctamente sus funciones administrativas, se apasionó ardientemente con la política, y llegó en algunos momentos hasta la vehemencia.

Se habló de su candidatura á la presidencia de la República, y en la fórmula que se opuso definitivamente á la que se suponía simpática al poder oficial, figuró como vicepresidente.

El presidente se creó una situación en que dentro y fuera del gobierno se veía solicitado por exigencias opuestas, y como no podía dejar satisfechos á todos, incesantemente se presentaban dificultades y desacuerdos en el seno mismo del gabinete.

En unos de esos desacuerdos resolvió el

doctor Laspiur retirarse del ministerio, y al presentar su renuncia del alto cargo que desempeñaba, dirigió al doctor Avellaneda una carta privada con observaciones y reproches que fueron contestados en una forma serena y reposada.

El puesto que dejó vacante en la administración de justicia no había sido llenado, y el presidente obtuvo el acuerdo del senado para hacerle ocupar de nuevo la misma posición que á sus instancias había abandonado.

El doctor Laspiur volvió, pues, á la corte suprema después de un corto y accidentado paréntesis abierto á sus tranquilas tareas, y al pasar por los umbrales de la vieja casa, sacudió sus vestiduras del polvo con que las pasiones políticas hubieran alcanzado á salpicarlas, para volver á ser durante el resto de sus días el estudioso jurisconsulto y el juez irreprochable.

El doctor Manuel A. Montes de Oca era un reputado profesor de la facultad de medicina, y ejercía su profesión de médico con reconocida notoriedad, lo que no le impidió ocuparse discretamente en la política, habiendo sido diputado á la legislatura de Buenos Aires y al congreso nacional, cargos en los que conquistó fama de elocuente orador. Se hacía notar especialmente por la cadenciosa entonación que daba á sus discursos.

Se entregó con asiduidad al desempeño de sus tareas ministeriales, é inició nuevas negociaciones con la cancillería chilena sobre nuestra tan debatida cuestión de límites.

No se trataba esta vez de un pacto definitivo sino de un *statu quo*, que además de poner término á algunos incidentes pendientes, establecía el tiempo y las bases dentro de las cuales deberían fijarse los límites tan disputados.

El doctor Montes de Oca se entendía di-

rectamente en la negociación con el ministro chileno señor Balmaceda, ese cultísimo caballero, de maneras tan suaves y tan finas, que no hacían sospechar el férreo carácter con que más tarde dió tanta resonancia á su nombre.

Un día que el ministro argentino hablaba en el despacho del presidente de la delicada cortesía de su colega, y de su buena voluntad para llegar á resultados equitativos y amistosos en la contienda, uno de los interlocutores, que se preciaba de ser buen fisonomista, le dijo que tuviera cuidado con su contrincante, pues que por su mirada se conocía que detrás de tanta suavidad estaban la astucia y la indomable energía.

No sabemos si la primera parte del juicio era fundada, pero la segunda fué plenamente confirmada con el fin trágico que se dió á sí mismo el célebre presidente chileno en frente de una revolución triunfante, antes de verse

humillado por las iras y el escarnio de sus vencedores, ó de ocasionar un conflicto á la hospitalaria legación en que se asiló.

El pacto fué terminado por los ministros, pero no tuvo resultado práctico.

Sometido á la consideración del congreso argentino fué rechazado por el senado.

Sarmiento, que era entonces senador, lo sostuvo con su palabra y con su voto, y se dijo que el discurso que pronunció en las sesiones secretas que tuvieron lugar, fué verdaderamente notable.

Con ese motivo, el presidente Avellaneda le dirigió las siguientes líneas:

“La causa vencedora tuvo el favor de los dioses, pero la vencida el de Catón.

“Sé que su discurso en la sesión secreta del senado ha sobrepasado todo elogio. No es bueno ser vencido en los puros y sanos propósitos de una política elevada; pero consuela, á lo menos, tener el apoyo de un hombre como usted.”

La cuestión chilena no volvió á ser tocada hasta que tuvo lugar el tratado de 1881.

El doctor Montes de Oca no sólo se ocupó de las gestiones internacionales, sino que dedicó también su atención á la política interna. Intervino eficazmente en la cuestión Corrientes, y la participación que tomó en los debates que sobre ella tuvieron lugar en el congreso, contribuyó mucho á la resolución definitiva de ese complicadísimo asunto que dió lugar á tantos conflictos y dificultades durante la conciliación. Refiriéndose á ese tema en una carta privada dirigida al señor Luis L. Domínguez, que se encontraba entonces en el Brasil, el doctor Avellaneda decía lo siguiente:

“Va á discutirse en el congreso la cuestión Corrientes. Hay pasión y maniobras de partido como siempre en esta clase de asuntos. Para decirle al congreso que esa provincia aguarda *tranquila* su fallo, he necesitado atraer

sobre mí toda clase de sinsabores personales, entrar en una crisis ministerial, y soportar el alejamiento de amigos leales y queridos. Era mi deber, y el cáliz amargo pasó por mis labios. Pero se ha suprimido una guerra civil, y yo puedo decir en presencia de la paz: He ahí mi carne, he ahí mi sangre”.

Aunque el doctor Lastra figuraba como un miembro conspicuo de la oposición, era amigo personal del doctor Avellaneda, y durante una parte del tiempo que éste tuvo á su cargo la cartera de instrucción pública, fué subsecretario del ministerio. Al ser nombrado ministro formaba parte de la cámara de diputados de la Nación.

Los ramos de que iba á hacerse cargo le eran pues, familiares, y los sirvió cumplidamente.

Tanto el doctor Montes de Oca como el doctor Lastra no permanecieron mucho tiempo en el gabinete.

Cuando el doctor Laspiur dejó el ministerio del interior, el presidente le había reemplazado con Sarmiento; y las declaraciones y medidas tan enérgicas y radicales del nuevo ministro, ahuyentaron á los dos representantes de la conciliación, que presentaron sus renunciaciones.

El doctor Avellaneda no quiso proveer los dos cargos vacantes, á la espera del sesgo que tomase la situación con la dirección impresa á la política por su nuevo consejero.

En otro lugar nos hemos ocupado de la actuación de Sarmiento en esos momentos, y no hay necesidad de una repetición. Su paso por el ministerio fué breve y tempestuoso. Salió estrepitosamente.

Parece que rigieran también en la historia algunas leyes del mundo físico. Los grandes desplazamientos producen grandes conmociones alrededor.

El efímero y azaroso período de la conciliación había concluído.

X

Pellegrini—Su actuación en el ministerio de la guerra—Su figuración en el congreso—Su oratoria—1890—En la presidencia de la República — La resurrección del país — Las obras de salubridad—El Banco de la Nación Un cargo inmerecido—Esperanzas frustradas —La gratitud nacional.

En el gabinete que se vió obligado á organizar el doctor Avellaneda sin otros elementos que los de su propio partido, se destacaba por su volumen político el doctor Carlos Pellegrini, que tomó á su cargo la cartera de guerra y marina.

No obstante que el nuevo ministro asoció gustoso sus esfuerzos á los del presidente á fin

de conservar la paz, con su criterio clarísimo comprendió que en la situación á que se había llegado, la contienda no podía tener su desenlace sino en el terreno de las armas.

Se empeñó por eso en organizar el ejército y preparar convenientemente á la Nación para tan duro trance; y á sus acertadas medidas se debió en gran parte la rapidez con que se precipitaron los acontecimientos, haciendo lo menos larga posible la duración del doloroso incidente por el que tuvo que pasar el país.

En cuanto se declaró la guerra civil, se puso al frente de la campaña y la dirigió personalmente, unas veces desde sus oficinas, y otras desde los campamentos mismos de las fuerzas, habiéndose hallado presente en algunos de los combates que tuvieron lugar.

Y si bien durante las agrias discusiones con el gobierno de la provincia de Buenos Aires, y en el curso de la lucha armada se condujo con decisión y energía, cuando el triunfo se

declaró por la causa de la Nación, y los mismos adversarios propusieron la paz, apoyó decididamente la política moderada del doctor Avellaneda.

Los espíritus verdaderamente fuertes son los que se inclinan con más facilidad á la templanza y la tolerancia cuando ha pasado el peligro, siendo ese precisamente el momento que eligen los débiles para hacer ostentación de un valor y de una exageración que no se les conoció en el instante supremo.

El doctor Pellegrini prestó, pues, muy buenos servicios en el ministerio de la guerra, no solo en los momentos á que nos referimos, sino también al final de la primera administración del general Roca, época en que desempeñó el mismo cargo.

Pero esos servicios no figuran sino como una parte mínima entre los grandes títulos que ese eminente hombre de Estado tiene á la gratitud de la Nación.

Su potencia intelectual, su voluntad tan firme y tan enérgica, y su ardiente patriotismo lo dominaron todo, y no hay ramo alguno de los grandes servicios públicos en que no se haya ejercitado su acción poderosa.

En el congreso es donde quedan algunas de sus más profundas huellas.

A su iniciativa en ambas cámaras se deben muchas de las leyes más importantes que se dictaron durante un largo transcurso de tiempo, especialmente sobre finanzas, uno de los ramos principales de su especialidad.

Su oratoria pasaba por todos los matices y medidas, desde la alta elocuencia hasta la sencilla exposición doctrinaria, desde el frío raciocinamiento científico hasta la fina ironía, desde los estallidos de la imprecación hasta un estilo de filigrana que encubría tesoros de sentimiento.

En las cuestiones graves y delicadas, su opinión era esperada con ansia, no sólo en el con-

greso sino también fuera de él. Tenía el don de la oportunidad, y cuando se trató algunas veces de situaciones difíciles á las que no se encontraba salida, y en las que muchos hombres experimentados habían perdido el rumbo, una súbita inspiración suya despejaba el campo de dificultades y acertaba con la solución.

Y según fuesen el momento ó las circunstancias, su palabra acariciaba como un estímulo, ó se desarrollaba como un impulso vigoroso, ó se desplomaba como un golpe de maza de efecto incontrastable.

No podemos resistir á la tentación de reproducir algunas palabras como muestra de los principales géneros de elocuencia del eminente orador.

Al tratarse en una sesión de la cámara de diputados de un proyecto de ley de amnistía, dijo sobre el honor militar y entre aplausos y aclamaciones lo siguiente:

“Yo creo, señor presidente, que se trata de

algo fundamental, de algo que afecta el orden público y hasta nuestro porvenir como Nación. No es admisible en ningún caso, bajo ningún concepto, sin trastornar todas las nociones de organización política, equiparar el delito civil al delito militar, equiparar el ciudadano al soldado. Son dos entes absolutamente diversos. El militar tiene otros deberes y otros derechos; obedece á otras leyes, está sujeto á otros jueces, viste de otra manera, hasta habla y camina en otra forma. El está armado, tiene el privilegio de estar armado entre los ciudadanos desarmados. A él le confiamos nuestra bandera; á él le damos las llaves de nuestras fortalezas y nuestros arsenales; á él le entregamos nuestros conscriptos y le concedemos autoridad para que disponga de su libertad, de su voluntad, hasta de su vida. Con una señal de su espada se mueven nuestros batallones, se abren nuestras fortalezas, baja ó sube la bandera nacional; y toda esta autoridad y todo este privilegio, se lo

damos bajo una sola y única garantía, bajo la garantía de su honor y su palabra.

“Nosotros juramos ante Dios y la patria, con la mano puesta sobre los Evangelios; el militar jura sobre el puño de su espada, sobre esa hoja que debe ser limpia, leal y brillante como un reflejo de su alma, sin mancha y sin tacha. Por eso, señor, la palabra de un soldado tiene algo de sagrado, y faltar á ella es más que un perjurio.

“Y bien, señor presidente, es este el cartabón en que tienen que medirse nuestros jóvenes militares para saber si poseen la talla moral necesaria para ceñir la espada, que es el legado más glorioso de aquellos héroes que nos dieron patria; para vestir ese uniforme lleno de dorados galones, que sería un ridículo oropel sino fuera el símbolo de una tradición de glorias, de abnegación y de sacrificios que obligan como un sacerdocio al que lo lleva.”

En la inhumación de los restos del involvi-

dable médico doctor Ignacio Pirovano, pronunció un discurso lleno del más tierno sentimiento, y cuyas primeras palabras fueron las siguientes:

“Otra palabra más imparcial que la mía dirá lo que nuestra patria pierde con esta muerte, y trazará el perfil intelectual y moral del sabio y del maestro. Yo, sólo puedo dejar aquí la íntima palabra de despedida al que fué más que un viejo amigo, un hermano cariñoso y querido. Juntos emprendimos el camino de la vida, allá con las primeras claridades de la aurora; juntos seguimos la alegre marcha en las risueñas horas juveniles; más tarde vinieron las esperanzas y las zozobras, los triunfos y las fatigas en las ardientes y febriles horas del mediodía, y trepando nuestras sendas paralelas, nos acompañábamos con la mirada enviándonos la palabra de estímulo ó de aliento. Hoy nos despedimos para siempre al declinar la tarde, triste tarde de otoño en que miramos el

camino cubierto de hojas marchitas que fueron verdes y lozanas, gris y obscuro el azul del cielo, y en la que sentimos nuestro cuerpo estremecerse al contacto de ráfagas heladas que descienden de lo alto, donde ya se cuajan los hielos del invierno cercano.”

Sería muy larga nuestra tarea si nos propusiéramos seguir citando, aunque más no fuera que los rasgos más salientes de sus principales discursos, algunos de los cuales quedaran como modelos, de doctrinas ó de elocuencia.

Pero lo que indudablemente contribuyó en gran parte á su renombre fueron los dos años que estuvo al frente de la presidencia de la República con motivo de los sucesos de 1890.

El país había caído en el fondo de un abismo.

Las responsabilidades de esa época aun no han sido equitativamente distribuídas, pues mientras la condenación pública no se ha condensado sino sobre algunos nombres, hay otros

que han permanecido inmunes á toda crítica, tal vez por ignorancias, por caprichos ó por veleidades de la opinión, que suele tener exageraciones y debilidades inexplicables.

Sopló entonces una ráfaga violenta de ficción esplendor que perturbó casi todas las cabezas, cuyos extravíos variaron desde la positiva culpabilidad hasta la tolerancia ó el simple optimismo.

Si se conocieran todos los detalles políticos y administrativos de ese tiempo, algunos prestigios quedarían desvanecidos, y no faltarían personalidades de fama immaculada, que se verían obligadas á compartir las condenaciones que se reservaron para unos pocos. Entre los mismos que en el momento de la catástrofe se erigieron en regeneradores de la moral, hubo algunos que se habían complicado en los mayores desórdenes de esa época.

Pero cualesquiera que hayan sido los responsables y las responsabilidades, el hecho es

que la reacción formidable que vino después de ese verdadero delirio de las grandezas, precipitó al país, como acabamos de decir, en un abismo profundo.

El tesoro nacional estaba exhausto, paralizadas las fuentes principales de la renta fiscal, perdido el crédito, la opinión anarquizada y brava, el ejército mutilado y desorganizado, los bancos oficiales en bancarrota, muchas fortunas particulares arruinadas, los negocios dominados por el pánico y la desconfianza, y latente por todas partes esa atmósfera precursora de las grandes conmociones políticas y sociales.

Aunque la revolución estallada en 1890 fué vencida en el terreno de las armas, el presidente Juárez Celman, que se encontraba en una situación difícilísima, presentó la renuncia de su cargo, retirándose á la vida privada en medio de un silencio profundo y absoluto que guardó hasta la tumba, y que no inte-

rumpió una sola vez ni para defenderse de los ataques que le dirigían, por más violentos y apasionados que fueran, ni para tratar de compartir con otros las responsabilidades que le atribuían, ni para quejarse de los amigos que le acompañaron en la prosperidad y le abandonaron en el desastre.

El doctor Pellegrini, en su carácter de vicepresidente de la República, asumió el mando supremo, eligió sus consejeros entre personalidades eminentes, y se entregó á la obra de la reconstrucción con inquebrantable energía.

Contuvo con mano firme las tentativas de desorden; reorganizó el ejército como para que ofreciese una garantía en favor de la paz y la tranquilidad; redujo los gastos públicos á lo absolutamente indispensable, manteniéndose inflexible ante las protestas y los clamores de los intereses particulares perjudicados; imprimió un sello marcado de orden y economía á todos los ramos de la administración; trató de devolver la confianza y la esperanza

á los ánimos acobardados y pesimistas; dió un vigoroso impulso á la industria nacional; combatió con energía dentro del congreso y fuera de él todas las exageraciones que pudieran hacer fracasar su política elevada y conciliatoria, y tomó otras medidas diversas, algunas de inmediata aplicación á los males del momento, y muchas que sólo producirían sus resultados en un porvenir más ó menos próximo.

En esos dos años memorables preparó, pues, la resurrección de la entidad nacional que pronto empezó á dar señales de su resurgimiento. Y aunque entró en esa obra como factor principal la propia potencia del país, otras manos menos hábiles y enérgicas habrían empeorado ó paralizado la mala situación, retardando sensiblemente el momento de la rehabilitación.

Algo que cuidó con gran empeño fué el crédito nacional, y á este respecto se le hicieron algunos reproches diciendo que había sa-

crificado inútilmente al país, llenando los compromisos exteriores hasta el último momento, puesto que sabiéndose con seguridad que sería indispensable suspender los servicios, habría sido conveniente anticipar esa suspensión, á fin de procurar de ese modo algún desahogo al tesoro nacional.

Pero los que de ese modo racionaban no tenían razón.

La resolución friamente calculada de no pagar no puede figurar en el programa de un deudor honrado. Se paga todo cuanto se puede, y sólo es lícito suspender el cumplimiento de esa sagrada obligación, ante las imposiciones inexorables de la necesidad.

Fué lo que hizo el doctor Pellegrini; y esas circunstancias conocidas por los acreedores, debieron contribuir poderosamente á la rehabilitación del deudor, que de otro modo se habría retardado sensiblemente.

Un acto que hizo mucho bien á la administración en esa época fué la rescisión del

contrato de arrendamiento de las obras de salubridad, que con razón ó sin ella había suscitado la mala voluntad de la opinión, hasta el punto de que fué una de las causas que más contribuyeron á precipitar los sucesos.

Esa rescisión se hizo en condiciones ventajosas para la Nación y quizá para la misma empresa arrendataria, que se encontraba en difíciles condiciones á causa de la crisis financiera y de la marcada oposición del público. La negociación fué inmediatamente dirigida por el ministro del interior, general Roca, que tuvo como intermediario en Londres, donde estaba radicada la compañía, al doctor Victorino de la Plaza.

Otra de las grandes obras de entonces fué la creación del Banco de la Nación Argentina, que tuvo mucha oposición y suscitó numerosas críticas.

Los bancos oficiales habían caído, con excepción de uno solo que salvó á duras penas su existencia, y se puede asegurar que ellos

contribuyeron en gran parte á la catástrofe. Se cometería, un grave error, se dijo entonces, si para remediar el mal se hiciera surgir uno de los elementos que lo produjeron.

El doctor Pellegrini, eficazmente sostenido por su ministro de hacienda el ilustre patricio doctor Vicente F. López, cerró los oídos á los augurios pesimistas, y llevó adelante su obra que fué coronada por un éxito grandioso.

El Banco de la Nación es hoy un coloso que además de haber contribuído eficazmente á la regeneración financiera del país, y de haber impulsado en todo sentido la producción nacional, fué en momentos difíciles un freno poderoso para contener explotaciones y abusos que sin su concurso no se habría podido evitar.

El doctor Pellegrini, además de sus condiciones para la vida pública, tenía cualidades que en todos los momentos le hicieron rodear-

se de numerosos amigos personales. Es verdad que sabía conquistarlos y conservarlos.

En sus últimos tiempos había tenido enfriamientos y dificultades con algunos de sus antiguos correligionarios que tan ligados le estaban por su colaboración en la tarea común; pero eran disentimientos pasajeros que estaban destinados á desaparecer.

Todos sus amigos, sin exceptuar los que se le habían alejado momentáneamente, así como las fuerzas independientes de la opinión, y los hombres que tenían intereses que defender, confiaban en sus altas condiciones de hombre de Estado, y le consideraban como un poderoso elemento del orden, de la paz y de la prosperidad general. Había en el ambiente público una especie de intuición que le creía destinado á ocupar nuevamente la presidencia de la República, para que en un período completo desarrollara la obra que tan acertadamente inició en el breve tiempo que estuvo al frente del gobierno.

Desgraciadamente las esperanzas que se hallaban cifradas en él se frustraron prematuramente, pues la muerte abatió su poderosa cabeza, cuando sus grandes facultades acababan de alcanzar su más alto desarrollo, y en momentos en que su intervención en los asuntos públicos habría sido de eficaces y ventajosos resultados.

Su fallecimiento ocasionó un verdadero duelo nacional.

Las manifestaciones que provocó se hallan demasiado frescas todavía, y no necesitamos recordarlas precisamente en el instante en que el pueblo argentino se prepara á colocar los cimientos del gran monumento destinado á perpetuar su nombre, que no será olvidado seguramente por las generaciones venideras, mientras haya una conciencia pública dispuesta á discernir los honores de la inmortalidad á los fundadores y principales colaboradores de la grandeza nacional.

El doctor Benjamín Paz—Su actuación en el foro, en la magistratura, en la administración pública y en el congreso—El doctor Manuel D. Pizarro — Su inteligencia y su carácter—En el senado nacional—La cuestión capital—En el ministerio de instrucción pública—Una discusión original—Protestas de Sarmiento—Otra vez en el senado—Un éxito parlamentario—De la vida pública á la agricultura.

Tuvo á su cargo durante un corto tiempo el ministerio del interior en la administración del general Roca, uno de los hombres más estimados y mejor reputados de su época, el doctor Benjamín Paz.

Su clarísima inteligencia, su amor al estu-

dio, su juicio sereno y su ejemplar rectitud le dieron una expectable figuración entre sus contemporáneos.

No obstante la seriedad de sus tendencias y modalidades, tenía un carácter sencillo y jovial. Su animada conversación era frecuentemente interrumpida por los accesos de una risa franca y abierta, detrás de la cual se transparentaban una alma sana y la tranquilidad de una conciencia.

Antes de llegar al ministerio del interior había estado al frente del gobierno de Tucumán, su provincia natal, y aunque desempeñó ese puesto con la altura y la competencia que hacían esperar sus condiciones y su inteligencia, tenía indudablemente mayores inclinaciones á la carrera del foro que á las funciones administrativas.

Era un jurisconsulto eminente y un juez irreprochable. Sus conocimientos en el derecho civil eran vastos y profundos, y había por ellos

verdadero respeto en la universidad de Buenos Aires, donde figuraba como uno de los principales académicos de la facultad correspondiente. En las cuestiones jurídicas tenía lo que se llamaría en medicina un ojo clínico, que en los asuntos más intrincados llegaba fácilmente al punto vulnerable.

El exceso mismo de sus condiciones para esa carrera le perjudicaba tal vez hasta cierto punto para el desempeño de tareas de otra índole, pues era escrupuloso hasta el rigorismo en la interpretación de las leyes, y no entraban en su modo de ser la ductilidad y la tolerancia que suelen exigir las funciones meramente administrativas. Las dificultades más ó menos pequeñas que bajo el manto especioso de la equidad y las conveniencias salvan fácilmente los funcionarios públicos en general, se levantaban á su paso como vallas poderosas ante las cuales se detenía. Una irregularidad cualquiera, en el fondo ó en la for-

ma, era para él materia de una honda preocupación.

Formó parte en diversas épocas del congreso nacional, y especialmente en el senado representó á su provincia durante largo tiempo. En el seno de ese alto cuerpo, su palabra era escuchada con respeto, y ejercían una verdadera influencia sus opiniones. Aparte de las cuestiones políticas de que se ocupó siempre con moderación é independencia, presentó varios proyectos que se convirtieron en leyes, introduciendo modificaciones parciales en nuestros códigos, tanto en los procedimientos como en la parte de fondo.

Tocóle en el ministerio del interior una de esas épocas de agitación electoral que perturbaban constantemente la administración, y convierten ese alto cargo en un blanco de ataques y exigencias, formando así un ambiente dentro del cual no se encuadraban las condiciones del doctor Paz, que aceptó un puesto en

la corte suprema de justicia, donde le llevaban seguramente todas sus tendencias y cualidades.

En la presidencia de ese alto tribunal honró su nombre y la magistratura de su país, ilustrando las más importantes cuestiones de derecho, y administrando justicia con la imparcialidad y la independencia que le eran por todos reconocidas.

Allí prestó sus últimos servicios. Falleció cuando tenía muchos años por delante para desarrollar sus selectas facultades, pues parecía que la muerte se complacía durante esa época en abatir algunas de las cabezas que más sobresalían entre los hombres dedicados á la vida pública.

Por su vigoroso talento, por su facilidad de palabra que en ciertas ocasiones llegaba á la elocuencia, por su impetuosa naturaleza, por

la pasión con que sostenía sus convicciones, el doctor Manuel D. Pizarro se distinguió entre los hombres de su época.

Desgraciadamente la inquietud de su espíritu, su intransigencia en ciertas situaciones, y tal vez algunas rarezas ó peculiaridades de su carácter, le crearon con frecuencia dificultades en su vida, y le impidieron desarrollar por completo sus programas, ó llegar al término de la jornada que se había propuesto.

Figuró desde muy joven. Perteneció á aquel partido liberal de Córdoba en el que descollaron algunas cabezas eminentes, y que durante largo tiempo fué una especie de baluarte levantado en un punto central de la Nación para contener los últimos esfuerzos que hacían el caudillaje y las montoneras en el interior, á fin de conservar ó reconquistar el terreno que paulatinamente iban perdiendo.

En edad muy temprana tuvo en la prensa ardientes y hasta violentas discusiones que le

valieron desde el primer momento su fama merecida de polemista. —

Representó en el congreso á su provincia natal y á la de Santa Fe, donde fundó su familia. En la política de ambas tuvo una expectable figuración.

Los sucesos de 1880 le encontraron ocupando un puesto en el senado de la Nación. En ese momento tan crítico de nuestra historia tuvo una activísima actuación. Se escuchó constantemente el eco de su palabra vehemente y entusiasta en todas las cuestiones que se suscitaron, y en las discusiones habidas con motivo de la designación de la capital definitiva de la República, tuvo un rol culminante. Vale la pena de hacer conocer algunas palabras del último discurso que pronunció con ese motivo. Hélas aquí:

“Ha llegado el día en que todos estamos convencidos de que con la federalización de Buenos Aires ganan la Nación, la provincia

y la ciudad; todos estamos conformes en que ha terminado ese período de errores en que hemos vivido, creyendo que para que ganase la Nación era necesario que perdiese la provincia, y que para que ganase la ciudad era necesario que perdiese la Nación.

“El partido conocido con el nombre de nacionalista en la República Argentina trabajó antes de la batalla de Pavón contra la federalización de Buenos Aires; pero después puso su influencia al servicio de esa idea, á la vez que era atacada por el partido autonomista. Hoy tenemos el hecho de que este último se halla dispuesto á trabajar decididamente porque se realice la grande obra. ¿Quiénes han errado y quiénes abjuran? Yo afirmo que todos, porque unos antes y otros después, todos, según los tiempos y las circunstancias, han resistido la federalización de Buenos Aires. Y lo que digo de los partidos de aquí, lo digo del mismo modo de los de las provincias, á

los que hemos visto pretender unas veces y resistir otras la capital de Buenos Aires. Ha llegado, pues, el momento de que todos reconozcamos los errores comunes, echando un velo sobre lo pasado, y concentrando todas las fuerzas para hacer marchar al país hacia sus grandes destinos.

“Buenos Aires, la vieja capital del virreinato, la capital en la época del peligro y de la lucha, debe ser la capital permanente de la Nación en el momento del triunfo y de la organización definitiva. Los que á ello se opongan tendrán que romper nuestra historia, nuestra tradición y hasta nuestra canción nacional, que pone á esa metrópoli al frente de los pueblos de la ínclita unión. Tendrán que hacer más. Tendrán que sacar de aquí nuestros trofeos nacionales, las viejas reliquias de nuestras glorias patrias, para trasladarlas á la nueva residencia de las autoridades nacionales.

“Y ¿consentiría esto el pueblo argentino?

No, señor presidente. No lo consentiría, y menos que nadie los hijos de Buenos Aires.

“Creo, pues, que todos debemos ponernos de pie para aprobar por aclamación este proyecto de ley, que nada tiene de particular en sus detalles y es grandioso en sus propósitos.”

Pocos momentos después de pronunciado ese discurso fué votada en el senado la ciudad de Buenos Aires para capital definitiva de la Nación.

Cuando en Octubre de 1880 se hizo cargo el general Roca de la presidencia de la República, confió la cartera de justicia, culto é instrucción pública al doctor Pizarro, que además de estar suficientemente preparado para dirigir esas secciones de la administración, había alcanzado á dar bastante resonancia á su nombre con motivo de los últimos sucesos políticos.

En materia de instrucción pública el impulso estaba dado, y un ciudadano de su inteli-

gencia é ilustración no podía detenerse en el camino. Entre los grandes y numerosos progresos realizados durante la administración de que formó parte, figuraron, por consiguiente, los relativos á ese ramo importante del gobierno.

La designación de Buenos Aires para capital de la Nación, procuró una ardua labor al ministerio de justicia, pues se hizo necesario dotarla de su respectiva legislación. Fué entonces que se dictó la ley orgánica de los tribunales de la capital, y se organizaron éstos en su forma definitiva.

En esa época se dió también un impulso poderoso á la codificación, pues fueron preparados y estudiados los códigos permanentes que aun nos faltaban, como el penal, el de minería y los de procedimientos, aunque no recordamos si recibieron en esa misma administración su sanción final.

Si bien el doctor Pizarro dedicaba casi toda

su atención al desempeño de sus funciones ministeriales, sus tendencias á la política activa no le dejaban quieto.

Tuvo algunas disidencias con un grupo de miembros distinguidos del mismo partido situacionista, y mantuvo con ellos una agria discusión. Sus adversarios tenían á su disposición un diario del que se servían para ese objeto, y el doctor Pizarro que había estado dirigiendo unas cartas por la prensa á Sarmiento sobre asuntos de educación, se valió de ese mismo conducto para sostener la polémica, con gran disgusto del destinatario de la correspondencia, que nada tenía que ver con la cuestión pendiente, y que era además amigo de las personas atacadas.

Sarmiento se dirigió entonces al firmante de las cartas, y le dijo textualmente que no se hallaba dispuesto á servirle de intermediario en ese juego por tabla que estaba haciendo con su nombre. El doctor Pizarro continuó,

sin embargo, dando el mismo curso á la contienda, y como los ataques subieran de grado en la forma y en el fondo, el ilustre ex presidente protestó seriamente manifestando que no consentiría en seguir sirviendo de vehículo á semejantes desahogos, y que si ellos continuaban en el mismo tono, se vería obligado á ponerse en la frente uno de esos letreros que se encuentran en algunos edificios de París, y que dicen así: "Defendu de faire des ordures le long de ce mur." Pero el empeinado ministro terminó la discusión valiéndose del mismo conducto de que se había servido desde el principio.

A causa de este y de otros análogos incidentes se creó una situación difícil en el ministerio, y abandonó su cargo aceptando el de miembro de la corte suprema de justicia para el que fué nombrado.

Aunque se encontraba bien en el alto tribunal por su preparación y por su rectitud, el

reposo y la serenidad del puesto no convenían á su carácter inquieto y movedizo, y pronto volvió á la política.

Desempeñaba nuevamente el cargo de senador al congreso cuando ocurrieron los sucesos de 1890, y tuvo con ese motivo una expectable actuación.

Apenas fracasado en el terreno de las armas el movimiento revolucionario, y cuando se veía por todas partes las huellas de los combates recientes, y la ciudad estaba llena de fuerzas militares que habían acudido al llamamiento superior, el fogoso orador pronunció un discurso atrevido que produjo profunda impresión. La revolución ha sido vencida, dijo, pero el gobierno ha muerto, y esa frase lapidaria salió del recinto parlamentario y corrió como una chispa eléctrica por toda la población.

Cuando algunos días después quedó cumplida la profecía del audaz senador, sus palabras quedaron consagradas como uno de los más grandes éxitos parlamentarios.

Más tarde fué elegido gobernador de la provincia de Córdoba, y al ponerse al frente de su nuevo puesto, inició un gobierno aparatoso que provocó la atención general á causa de un rumboso programa que lanzó á todos los vientos de la publicidad, y del esmerado empeño que puso en la selección del personal que debía acompañarle en sus tareas, cosas ambas que le valieron elogios merecidos.

Después de algún tiempo de excelente administración, matizada con algunos de esos rasgos originales que le eran peculiares, empezó á verse perturbado en su marcha por dificultades que él mismo contribuía á crearse con su modo de ser tan susceptible y un poco provocativo, hasta que bajo la presión del cansancio y las contrariedades, abandonó definitivamente la vida pública.

Se retiró á vivir tranquila y silenciosamente en una modesta propiedad que tenía á poca distancia de la ciudad de Córdoba, en Río de

Cevallos, un valle pintoresco regado por un pequeño arroyo que en la época de las crecientes se desborda estrepitosamente al pie de verdes colinas entre cuyos pliegues se desarrollan algunas llanuras de limitada extensión, que devuelven abundantemente las semillas confiadas por la mano del labrador á su asombrosa fecundidad.

Allí se entregó á la agricultura, que en varias épocas ha sido el refugio de muchos hombres políticos ó de tendencias literarias, envejecidos por el trabajo, ó heridos por el hastío y la ingratitud.

A cierta altura de la vida, el cultivo de esa tierra en cuyo seno se ha de dormir pronto el sueño del último reposo, es como un principio de acercamiento á la madre común antes de cerrar los ojos para siempre en su regazo eterno. Y la contemplación de las maravillas de la fecundación entre los grandes elementos de la naturaleza, no puede ofrecer des-

canso más apropiado á los que han sentido su espíritu fatigado por las luchas del pensamiento, y acaso contemplan con envidia en ese momento una tarea en cuyo ejercicio no habrían encontrado seguramente los desgarramientos y las decepciones que más de una vez debieron amargar su vida.

Su última actuación en público fué cuando presidió en Buenos Aires un congreso católico. Parecía agobiado por una vejez prematura, y su voz antes tan poderosa era apenas un eco amortiguado y débil de su antigua pujanza; pero encontró todavía fuerzas suficientes en su espíritu para sostener su fe, pues su cabeza de creyente no se abatió jamás ante nadie ni ante nada.

Hace poco tiempo que murió, y su desaparición habría pasado desapercibida sin los modestos homenajes que se le rindieron en su provincia natal. Fuera de allí no resonaron en su honor sino esas pocas voces que van quedand-

do para celebrar la sola inteligencia, cuando no está acompañada por el poder, por la fortuna ó por el éxito material.

XII

El doctor Vicente F. López—Su actuación en el ministerio de hacienda—Una escena imponente—Homenaje á tres generaciones—El general Luis M. Campos—Valor, lealtad y disciplina—Innovaciones y tradiciones.

Hemos dicho ya en otra parte que cuando el doctor Pellegrini se hizo cargo de la presidencia de la República en 1890, se rodeó de eminentes personalidades, tanto para que le prestaran su concurso inmediato en las tareas administrativas, cuanto para que le ayudaran á robustecer la confianza que trataba de inspirar á la opinión inquieta y recelosa.

Entre esas personalidades figuraba el doctor Vicente F. López, que abandonó gustoso el retiro á que le daban derecho su larga actua-

ción en la vida pública, su labor fecunda de jurisconsulto, y sus notables trabajos históricos y literarios, para prestar un nuevo servicio á su patria en tan críticos momentos.

Tomó á su cargo la cartera de hacienda, que en aquella situación era seguramente la que imponía tareas más arduas y delicadas, á causa de la agudísima crisis que pesaba sobre el país.

El premio del oro pasaba de cuatrocientos por ciento, y además del desequilibrio y las perturbaciones que eso producía, existía la circunstancia de que el gobierno se encontraba con fuertes y numerosos compromisos pendientes en esa moneda; las fuentes productoras de la renta estaban paralizadas, mientras que las necesidades habían aumentado extraordinariamente; iba á ser forzoso suspender temporalmente el servicio de la deuda externa, y era necesario dar hábil y discretamente ese paso doloroso, á fin de que no quedara irremisiblemente perdido el crédito nacional.

El doctor Pellegrini se puso resueltamente al frente de la gran obra, y fué el doctor López quien tuvo bajo su dirección inmediata todo lo relativo á las finanzas, dando incessantemente pruebas de su alta competencia, de su carácter tan firme y tan enérgico, de la claridad y la independencia de sus juicios, de su probidad absoluta, de su valor para asumir las responsabilidades y afrontar las iras de los intereses particulares heridos, y de una labor que parecía incompatible con su avanzada edad y con el cansancio de que debía sentirse invadido en los últimos años de una existencia tan fecunda y agitada.

Las pasiones políticas se hallaban exaltadísimas. Era el momento crítico de las liquidaciones, y los que habían actuado en los últimos sucesos se dirigían los más duros reproches, y se atribuían recíprocamente las mayores responsabilidades.

Un día tuvo lugar una agitadísima sesión

en la cámara de diputados. No recordamos á propósito de que asunto se hizo una especie de proceso ó investigación de las causas que habían producido la situación por que atravesaba el país. El doctor López, que ocupaba su asiento, habló con tal franqueza y tal energía, que levantó una verdadera tempestad, hasta el punto de que algunos diputados no se contentaron con protestas y exclamaciones, y se levantaron de sus asientos tomando una actitud agresiva. El viejo ministro se puso de pie é hizo frente con inquebrantable firmeza á la tormenta, mientras que numerosos miembros de la cámara se precipitaron á rodearle como ofreciéndole su apoyo moral y material. Fué una escena imponente que si hubiera sido tomada por la fotografía, habría servido para dar una idea de aquella candente situación, y de la altiva entereza del distinguido ciudadano que se destacaba como la figura principal del cuadro.

Cuando todos los asuntos relativos á las finanzas se encarrilaron en un programa aceptado y aplaudido que empezó á desenvolverse paulatinamente, el doctor López volvió á su retiro para seguir entregado á los estudios y trabajos de su predilección.

Ha sido uno de nuestros hombres públicos que han muerto á más avanzada edad, no obstante lo cual estuvo ocupado en trabajos intelectuales hasta sus últimos días.

Es extraño que no se haya tratado hasta ahora de perpetuar en alguna forma su memoria, pero se empieza á hablar felizmente de un monumento con que se proyecta honrar en tres generaciones sucesivas un nombre que, entre otras cosas grandes, recuerda las conmovedoras estrofas del himno nacional, algunas de las páginas más brillantes de nuestra historia, y las manifestaciones delicadas de un espíritu selecto que se apagó prematuramente en el momento mismo en que había

entrado en el período de su más alto desarrollo.

El general Luis M. Campos fué ministro de guerra en varias administraciones, y algunas veces desempeñó también interinamente la cartera cuando estuvo al frente de la comandancia general de armas ó del estado mayor, como sucedió mientras el ministro titular, general Roca, realizó su expedición al desierto.

En todos los momentos fué un celoso administrador, y se ocupó con empeño de los intereses del ejército.

En ninguna época permaneció mucho tiempo en el gabinete, pues no le seducían las tareas administrativas.

Era más que nada un soldado, y parecía que en todas sus acciones se hallaba sujeto á la rigidez militar.

Se había formado en el ejército, en cuyo

seno tenía una brillante foja de servicios, habiéndose vinculado especialmente con un afamado cuerpo á cuyo frente estuvo mucho tiempo, y con el que quedó identificado en una misma tradición.

Durante una larga serie de años figuró su nombre en primera fila en los relatos de nuestras guerras; y así como jamás vistió otro traje que el uniforme militar, así no tuvo mayor preocupación en su vida pública que la carrera de las armas.

No obstante su ingénita bondad y la ternura de sus sentimientos en el seno del hogar, tenía á veces ciertas asperezas en sus modales y en sus palabras, adquiridas indudablemente en el cuartel y el campamento, y que completaban bajo cierto aspecto su severa figura de soldado.

Su bravura, su amor á la disciplina y su absoluta consagración á su noble profesión eran proverbiales, y en las filas de sus com-

pañeros de armas circulaban numerosas anécdotas que tenían como base principal esas cualidades.

A causa de las vicisitudes de la política, su puesto estuvo muchas veces en campo distinto al de sus simpatías ó inclinaciones personales, pero jamás vaciló en el cumplimiento de su deber. Ahogó en esos casos sus sentimientos íntimos, y permaneció inflexible al pie de la bandera que había recibido sus juramentos de lealtad.

Se decía generalmente que había quedado aferrado á las prácticas del pasado, y que era opuesto á los adelantos orgánicos y los refinamientos de la carrera militar, para los cuales no tenía sino picantes ironías, pero eso era completamente inexacto. Un hombre de sus antecedentes y condiciones no podía ser enemigo de ninguna clase de progresos morales ó materiales en el arte y los usos de la guerra, y más bien trató de fomentarlos en todo sentido cuando estuvo en el poder.

Lo que indudablemente dió una base para la fama que tenía á ese respecto, era su notoria repugnancia por la introducción de la mollicie en el duro régimen de la vida militar, y el culto entusiasta que profesaba hacia las viejas glorias del ejército argentino, por todo lo cual creía que las innovaciones debían respetar por lo menos ciertas cosas destinadas á mantener la tradición, que tanta influencia ejerce en el respeto de los cuerpos militares por su nombre, por su solidaridad y por su honor.

Y como en algunas épocas se exageraron las tendencias á todo lo nuevo, con olvido y acaso menosprecio por todo lo antiguo, fué para entonces que reservó sus picantes ironías, destinadas únicamente á expresar su pensamiento de que las academias, las teorías, los progresos de la indumentaria, los reglamentos y los refinamientos en todo sentido son muy buenos, pero que todo eso vale poco cuando no existe como fundamento de la carrera militar, el co-

razón que animó á nuestros viejos soldados, ese corazón que hace erguirse el brazo con indomable valor en el momento del peligro, y que señala inflexiblemente el camino del deber en las horas de vacilación y duda.

Hace pocos años que murió, y se habla en estos momentos de perpetuar en alguna forma su memoria, realizando un acto de merecida recompensa á sus notorios servicios. Su figura podrá destacarse así en un sitio apropiado ante las miradas del ejercito, ofreciéndose constantemente como un ejemplo de valor, de disciplina y de lealtad.

XIII

El doctor Santiago S. Cortínez—En las finanzas y en la contaduría—El contador Vivas—El presupuesto y la ley de contabilidad—La retórica y la aritmética—La nostalgia del trabajo—Honosres que pasan y recuerdos que quedan.

Tuvo á su cargo interinamente la cartera de hacienda en distintas épocas un ciudadano modesto que desempeñaba un puesto de responsabilidad y confianza, el doctor Santiago S. Cortínez, presidente de la contaduría de la Nación.

Antes había jugado un rol activo en la política, hasta llegar á representar en el congreso á San Juan, su provincia natal. Pero desde el momento en que tomó posesión de la importan-

te repartición que acabamos de nombrar, se desprendió de sus vinculaciones con los partidos, y se consagró á cumplir estrictamente con su deber.

Cada vez que se presentaba una crisis inesperada en el gabinete, ó se tocaba con dificultades para la provisión definitiva del ministerio de hacienda, el doctor Cortínez era llamado para presidir ese departamento, que en tales casos no era considerado por él sino como una prolongación de la contaduría.

Tal vez carecía de las altas capacidades necesarias para las grandes combinaciones financieras, pero tenía las condiciones requeridas y una vasta preparación para intervenir en el manejo de los dineros públicos, y para ejercer ese control superior tan delicado y dificultoso en todas las evoluciones de la renta, desde su percepción hasta su inversión definitiva.

En el desempeño de sus funciones no te-

nía necesidad de acudir á cada instante á las leyes fiscales. Las sabía de memoria, y conocía no sólo su texto literal, sino principalmente su espíritu y su alcance.

Tocóle actuar como jefe de la contaduría nacional en épocas en que la prosperidad del país daba lugar á la construcción de obras importantes, y á la adquisición de numerosos elementos de todo género, mediante contratos en cuya preparación y desenvolvimiento debía él intervenir; y en todos los asuntos, grandes ó pequeños, ya se tratase de amigos ó de opositores del gobierno, de elevados personajes ó de modestos industriales, su actitud estaba siempre encuadrada dentro del mismo molde, y no había nadie ni nada que le hiciese desviarse de la línea recta. Todos los que tenían algo que hacer con él en su carácter de funcionario público, sabían que no bastaban para conmoverle vinculaciones ni recomendaciones de ninguna clase. Era inflexi-

ble como las cifras que estaba acostumbrado á manejar.

Cuando tuvieron lugar los sucesos de 1880, estuvo en Belgrano al frente del ministerio de hacienda, y como el gobierno se hallaba fuera del centro principal de sus recursos, que era la aduana de la ciudad de Buenos Aires, tuvo que hacer prodigios de habilidad para que no faltaran los fondos indispensables en tan crítica situación, habiendo llenado cumplidamente á este respecto su delicado cometido.

Mientras estuvo al frente de la contaduría tuvo como excelente auxiliar al contador mayor don Francisco Vivas, que algún tiempo más tarde le reemplazó en su puesto.

El señor Vivas era más accesible y tenía exterioridades menos adustas que el doctor Cortínez, pero en el fondo era igualmente inflexible.

Se había identificado de tal modo con la

contaduría, que parecía nacido entre los papeles de esa oficina, en la cual había pasado casi toda su vida. La imputación incorrecta de una orden de pago, una autorización excedida, un cálculo mal hecho, ó cualquier otra anomalía semejante, le preocupaban como si se tratase de una desgracia de familia.

La ley de contabilidad y el presupuesto de gastos y recursos eran para él las obras más importantes de la bibliografía conocida, y al través de ellas juzgaba á los hombres y á las cosas. Un ministro que permitía que los incisos de su departamento se agotasen antes de tiempo, ó que aplicaba á ciertas cosas los fondos que estaban destinados á otros objetos, ó que se mostraba inclinado á esos acuerdos milagrosos con los que se suele disimular todo género de irregularidades, bajaba notablemente en su concepto, aunque fuese un político eminente ó un hombre de extraordinarias facultades intelectuales.

Era un fiel guardián de los intereses fiscales, y si se pudieran aplicar al examen de cifras y papeles aquellas cualidades del *rastreador*, tan admirablemente pintado por Sarmiento, nadie las habría tenido en más alto grado que el señor Vivas, que era capaz de *rastrear* un error ó una mala intención al través de un expediente de mil hojas hasta encontrar en alguna parte el punto vulnerable.

El doctor Avellaneda tenía mucha confianza en su rectitud y su competencia, y le llamaba frecuentemente cuando era presidente, á fin de pedirle datos numéricos para sus cálculos y sus mensajes. Y las conferencias habidas con ese motivo entre el ilustre presidente y el modesto contador, eran algo como diálogos sostenidos entre la retórica y la aritmética.

Seguía prestando sus servicios cuando hacía tiempo que estaba ya dentro de las condiciones de la jubilación, con lo cual la admi-

nistración conservaba un excelente servidor, y economizaba un sueldo; pero llegó un momento en que se interpretó la ley de jubilaciones como una obligación del beneficiado y no como un derecho ó una gracia, y quedaron de hecho jubilados todos los que se encontraban comprendidos en los términos fijados.

El procedimiento era bueno para tener vacantes disponibles, y para deshacerse de algunos elementos tal vez inhábiles; pero bajo otros aspectos podía ser indudablemente perjudicial para la administración.

Sólo así pudo salir el señor Vivas de la contaduría nacional.

Desde ese momento tuvo la nostalgia de la vieja oficina donde había pasado tantos años, inclinado sobre millares de expedientes que se renovaban incesantemente.

Cuando iba á la casa de gobierno para visitar á sus antiguos compañeros, brillaban sus ojos á la vista de las mesas de trabajo, y parecía como que iba á precipitarse sobre los

montones de papeles, para ver si había algún pago imputado á un inciso agotado, un comprobante insuficiente de una inversión de dinero, una liquidación mal hecha, ó alguna otra irregularidad de ese género, á fin de descargar sobre ella su anatema.

Murió poco tiempo después de haber abandonado el trabajo de casi toda su vida.

Muchos altos funcionarios ante cuyos despojos mortales se puso la bandera nacional á media asta, y se desplegaron ruidosos honores fúnebres, no han alcanzado seguramente ni á una mínima parte de los servicios prestados á su país por los dos modestos ciudadanos de que nos hemos ocupado y que bajaron en silencio á la tumba. Pero es verdad también que la memoria de los primeros debió desvanecerse con el humo de los cañonazos disparados en su honor, en tanto que vivirá por largo tiempo la de los últimos, cuyos nombres hemos querido dejar en estas páginas como un tributo rendido á sus méritos positivos.

XIV

El doctor José V. Zapata—Su espíritu organizador—Planos y números—Tierra pública, ferrocarriles y sociedades anónimas—Una modestia excesiva—El doctor Amancio Alcorta—En los ministerios de instrucción pública y de relaciones exteriores—La cuestión de límites con Chile—Su solución definitiva—Los entretelones de la vida oficial—Lo que se vé y lo que no se vé—Injusticias y recompensas.

El doctor José V. Zapata tuvo una figuración política de primera fila en Mendoza, y durante largo tiempo representó á esa provincia en el congreso, así en la cámara de diputados como en el senado.

El doctor Pellegrini pudo apreciarle de cerca en sus tareas legislativas, y cuando á la mi-

tad de su breve período presidencial quedó vacante el ministerio del interior por renuncia del general Roca, confió esa cartera al distinguido hombre público mendocino.

Era el doctor Zapata un hombre eminentemente práctico, y tenía marcadas preferencias por todo lo que podía expresarse gráficamente. Los planos y los cuadros estadísticos le seducían. Cuando podía conversar de alguna cosa teniendo en sus manos un lápiz con que hacer números y tirar líneas, estaba en su elemento. Era capaz de buscar el medio de trazar un croquis de la eternidad ó del infinito.

No tenía brillo en su palabra, ni se preocupaba de dar lucimiento exterior á su acción administrativa, pero era un administrador laborioso y concienzudo. Poseía dotes especiales para la observación, para la investigación, para reglamentar las cosas y ponerlas bajo la disciplina del método y del orden. Su ojo escudriñador encontraba fácilmente las irregulari-

dades, y jamás le faltaba el recurso inmediato para evitarlas ó repararlas.

Dotado de esas condiciones, su acción no pudo tener mejor ocasión para ejercitarse.

Como lo hemos dicho ya en otra parte, las aspiraciones políticas, una creciente prosperidad que hizo nacer exagerados optimismos, los mirages engañosos de un esplendor ficticio, la fiebre de la especulación que quería abarcarlo todo, y una ráfaga de deslumbramientos que perturbó la mayor parte de las cabezas, llevaron la desorganización á todas partes, así á las reparticiones oficiales, como á las instituciones de carácter particular y hasta al régimen de las fortunas privadas.

Un departamento en que se hizo sentir desde el primer momento la acción reparadora del nuevo ministro, fué el de la tierra pública, que había sido uno de los blancos principales del interés general.

En poco tiempo se dió cuenta el doctor Za-

pata de la situación irregular de ese ramo, y sin ruido ni ostentación, ni sensacionales programas, trató de corregirla. Declaró inexorablemente caducos todos los derechos que se habían colocado fuera de las leyes ó de los contratos celebrados; exigió rigurosamente el cumplimiento de los compromisos pendientes; estableció reglas equitativas para el desarrollo de las concesiones que se hallaban dificultadas ó entorpecidas por causas diversas; dictó numerosas medidas para encarrilar la acción oficial en esa materia tan importante, y preparó una especie de liquidación general para todo lo atrasado, liquidación que si costó algunos sacrificios al Estado, hizo en cambio volver á su dominio grandes extensiones de tierra, y despejó la marcha de la repartición del desorden que la rodeaba.

Sucedió lo mismo con las concesiones de ferrocarriles. Se habían hecho numerosísimas, pues esa fué una de las especialidades de la

época. Muchas sirvieron de base á negociaciones que contribuyeron poderosamente á la catástrofe, y las demás estaban ofreciéndose á todos los mercados cuando vino la terrible crisis. Con las medidas tomadas oportunamente con todas, desaparecieron unas tras otras, y las que pudieron mantenerse en pie fueron rigurosamente sometidas á la ley y á las cláusulas de los contratos.

A lo que dedicó muy especialmente su atención el doctor Zapata en esta materia, fué á los ferrocarriles garantidos, que pesaban como una montaña sobre el tesoro. No obstante el movimiento de las líneas, la Nación tenía que pagar casi todo el importe de la garantía ó poco menos. De la investigación minuciosa que se hizo al respecto, resultaron abusos, irregularidades y tolerancias, á las que se puso remedio en cuanto lo permitió ese inconveniente sistema de las garantías, que en la administración próxima del doctor Uriburu quedó totalmente suprimido.

La gran cantidad de sociedades anónimas que se establecieron, algunas de ellas con objetos quiméricos y disparatados, fué una de las principales causas perturbadoras de la situación económica, y el doctor Zapata se ocupó empeñosamente de esa materia, tratando de robustecer las formalidades y garantías que debían rodear previamente la aprobación de los estatutos respectivos.

Por donde quiera que pasó su mano quedaron las huellas de su espíritu organizador, y en todo lo que se relacionaba con la política fué un elemento discreto y moderador.

Sólo un inconveniente tuvo para su mayor renombre: su excesiva modestia.

Cuando el convencimiento del propio mérito, la infatuación y las exageradas pretensiones suelen ser la base principal de muchas reputaciones, un hombre de la sencillez y de las demás condiciones de carácter del doctor Zapata, poco ruido podía hacer entre el ruido de los de-

más, y se vió así que muchos hombres públicos alcanzaron á obtener mayor resonancia, hallándose en una escala muy inferior respecto á méritos y servicios positivos.

Su actuación en el gobierno no duró mucho tiempo, pero las personas que tuvieron motivo de apreciar de cerca sus trabajos, comprendieron que más tarde tendría sobradas ocasiones de ejercitar sus valiosas facultades en la administración nacional.

Esas esperanzas fueron desgraciadamente defraudadas. El doctor Zapata fué uno de los hombres públicos más prematuramente arrebatados á la vida, pues parecía que había realmente en esa época una racha de muerte empeñada en abatir antes de tiempo algunas de las cabezas que más sobresalían en el servicio del país.

Uno de los servidores de la Nación que mejores recuerdos han dejado en la historia de

nuestros gabinetes ministeriales, ha sido el doctor Amancio Alcorta.

Fué primeramente, aunque por poco tiempo, ministro de justicia, culto é instrucción pública, cargo para el que poseía marcada competencia, pues había sido rector del colegio nacional, era profesor de la facultad de derecho, y tenía un reputado estudio de abogado.

Más tarde ocupó el ministerio de relaciones exteriores, al que llevó también una sólida preparación. En sus vastos estudios de jurisprudencia había dado un lugar preferente al derecho internacional, y fué en el desempeño de esa cartera donde adquirió su merecido renombre.

Y si bien dirigió con acierto, firmeza y discreción todos los asuntos que pasaron por la cancillería argentina durante su actuación, hizo de la cuestión de límites con Chile su principal especialidad, hasta el extremo de que hubo momentos en que muy difícilmente habría podido ser dignamente reemplazado en ese puesto.

Desempeñó sus últimas y más importantes funciones, primero en la administración del doctor Uriburu, que después de haber contribuído tan poderosamente á la preparación moral y material de la Nación para la defensa de sus derechos, logró dar forma satisfactoria al anhelo general del arbitraje; y más tarde en el segundo período del general Roca, el presidente que firmó el tratado de 1881, y que consecuente con su firme política de paz, puso su sello definitivo al desenlace de esa enojosa y complicada contienda, que además de amenazarnos constantemente con la guerra exterior, mantenía una alarma permanente en la opinión, y tenía completamente perturbada la administración interna del país.

En ese tiempo la cuestión con Chile había tomado enormes proporciones. El tratado de 1881, que se creyó definitivo, no lo fué desgraciadamente. El poco conocimiento práctico que se tenía de una parte del terreno litigioso, el

empleo de algunas palabras que se prestaban á diversas interpretaciones, y los resabios de una larga y agitada discusión que había estado en camino de llevar á los contrincantes al terreno de la lucha armada, crearon sombras y dificultades de todo género, que más se agrandaban cuanto mayor empeño se mostraba en aclararlas ó suprimirlas.

Aquel *divortia aquarum* que según unos debía estar en las más altas cumbres, y que según otros podía hallarse también en los profundos valles; aquellos ríos que para unos tenían su corriente originaria en una dirección, y para otros en la dirección opuesta; aquella cordillera que aparecía y desaparecía como un fantasma, sin saberse si en algunos puntos era la verdadera cordillera ó alguna de sus ramificaciones; aquellos lagos que para unos estaban de un lado, y para otros del lado opuesto; aquellas vertientes que según unos debían derramarse por las faldas de los cerros, mientras que según otros

podían deslizarse también por la suave superficie de las llanuras; aquellos tradicionales ribereños del océano Pacífico, que estaban en la posibilidad de serlo al mismo tiempo del Atlántico, y viceversa, todo eso y mucho más, aderezado con la pasión, el amor propio y los agravios de una áspera y prolongada contienda, hicieron de la cuestión una montaña moralmente más alta que las montañas de piedra alrededor de las cuales se ventilaba el debate.

Siguiendo el pensamiento presidencial, imprimiendo á las diversas ramificaciones de la gestión su dirección inmediata, valiéndose de competentes colaboradores, y tratando de que á las espaldas de la tramitación diplomática estuviesen la preparación militar y la convicción pública, sin las cuales los más claros derechos suelen ser desconocidos ó burlados, el doctor Alcorta estudió, examinó y dominó todo eso con una energía, una constancia y una paciencia inagotables, hasta que pudo llegar

al desenlace definitivo, no sin haber tenido que vencer en el último momento dificultades que surgieron súbitamente, y que hubieron de hacer fracasar en un instante todo el arreglo tan lenta y cuidadosamente preparado.

Los trabajos del doctor Alcorta contribuyeron, sin duda, poderosamente al fallo dado con tanta discreción y habilidad por el árbitro inglés, que debió encontrar muy bien defendido el derecho argentino. Y aunque la solución no dejó de suscitar algunas observaciones, fué recibida con satisfacción por la opinión general, que vió salvados el honor y los principales intereses materiales de la Nación, y devueltas á los habitantes de los dos países la paz y la tranquilidad profundamente perturbadas durante largo tiempo.

No parecía sino que la muerte hubiera estado esperando ese momento para abatir la cabeza del distinguido ministro, á quien una violenta enfermedad le arrebató la vida en el

instante mismo en que llegaba á su término la negociación á que había dedicado por completo los esfuerzos de sus últimos años. Tuvo una parte importantísima en la obra patriótica, pero no le fué dado presenciar las entusiastas manifestaciones con que poco tiempo después fué festejada la reanudación de una vieja y tradicional amistad entre chilenos y argentinos.

El doctor Alcorta falleció cuando tenía todavía muchos años por delante para seguir prestando á su patria el contingente de sus relevantes condiciones para la vida pública; pero su nombre ha quedado estrechamente ligado en nuestra historia á un hecho trascendental, que después de haber puesto término feliz á una cuestión internacional rodeada de dificultades y de peligros, tuvo también considerables proyecciones en la situación interna de nuestro país, cuyos principales esfuerzos y recursos estuvieron destinados durante largo tiempo á

preparar la defensa de su dignidad y de sus derechos.

Con el doctor Alcorta cerramos la galería ministerial abierta con la venerable figura del doctor Vélez Sársfield, y ponemos término al mismo tiempo, á la serie de recuerdos que hemos estado evocando en las presentes páginas.

Quedan en nuestra cartera muchos nombres y apuntes para los cuales no ha llegado todavía la hora oportuna, y que talvez más tarde serán divulgados, pues es muy abundante la cosecha de observaciones y episodios que se puede recoger en el ejercicio de ciertos puestos públicos, sobre todo en épocas accidentadas y turbulentas, en que las evoluciones de la política y las alternativas en la prosperidad y la decadencia de la situación del país, ponen en juego intereses de todo género, que pasan desarrollando ante los ojos una especie de cinta

cinematográfica, llena de escenas variadas y curiosas.

Desde esas posiciones se puede apreciar los hombres y las cosas en su verdadero aspecto, que á veces es muy distinto del que contempla el público.

Sucede allí como en el teatro, donde suele haber gran diferencia entre el espectáculo que se desarrolla ante los ocupantes de la sala, y el que se ofrece á la vista de los que se hallan entre telones. Para estos desaparece el falso brillo de los oropeles, y toman relieves salientes ciertos detalles que pasan desapercibidos para los primeros.

Y si bien en medio de las intimidades de la política y de la administración oficial se adquiere en poco tiempo una nutrida experiencia, también en poco tiempo se suele descontar los desengaños y las decepciones que correspondrían á una larga vida. Y por eso muchas personas que entran en esas regiones con las ilu-

siones, los anhelos y las quimeras de la juventud, se hacen bien pronto escépticas y descreídas, llegando hasta perder el estímulo y la ambición ante algunos de los espectáculos que suele ofrecer la realidad.

De todo se encuentra allí.

Al lado de personalidades verdaderamente eminentes por sus servicios y por sus condiciones intelectuales y morales; al lado de nobles carreras coronadas por triunfos legítimos; al lado de honrosos ejemplos de consecuencia y desinterés; al lado de amarguras y sacrificios soportados con austera y silenciosa resignación, se ve méritos positivos deprimidos por la injusticia y la calumnia; reputaciones usurpadas que no tienen más base que una atrevida infatuación, ó la hábil explotación de la credulidad pública; consagraciones y favores recompensados frecuentemente con la ingratitude y la deslealtad; aplausos y manifestaciones desbordando de todas las medidas para saludar al

astro que nace, y mustias soledades alrededor del astro que se aleja después de haber iluminado las prosperidades de muchos de los mismos que le dan la espalda; audaces propagandistas de la honradez en todas sus formas, que ven descubiertas muchas cabezas á su paso, y que han estado mezclados, sin embargo, á todos los falseamientos políticos y á todos los desórdenes administrativos; pretenciosas mediocridades que disfrutan de una fama convencional, sin haber producido jamás un hecho ó una idea que puedan perpetuar un nombre, ó que han sido coronadas por éxitos ruidosos debidos á la casualidad ó al trabajo de los otros; amistades tradicionales, viejas solidaridades, vinculaciones sagradas olvidadas ó rotas por los embates formidables del sórdido interés; y algunas veces también injusticias de la misma opinión condenando al silencio á espíritus superiores, para levantar hasta la más alta popularidad insuficiencias y vanidades.

La mayor parte de todo eso tiene que quedar en el olvido, pero mucho de lo que puede y debe decirse, necesita pasar por el tamiz del tiempo antes de su divulgación.

Entre todo lo que conocemos á ese respecto, nos hemos limitado á ocuparnos por el momento de cosas y sucesos que se pueden recordar sin agravio de nadie, y de hombres públicos que ya no existen, con excepción de unos pocos que nos hemos visto obligados á citar incidentalmente por exigirlo así la materia de que se trataba.

Pero no queremos llegar al término de nuestro trabajo sin dirigir una mirada retrospectiva, para medir el camino recorrido mientras han estado en juego los personajes y los hechos que han dado materia á nuestros escritos.

CONCLUSION



Una mirada retrospectiva

La marcha del país—El primer censo y la población actual—La renta pública—Los colaboradores de la grandeza nacional—Glorificación y olvido—Honores y monumentos—La antigua casa del congreso y el palacio nuevo — Los oradores argentinos — Transformaciones en la casa rosada—Las cortinas del salón presidencial—Progresos en el ejército—Nuestros viejos soldados — Alrededor del fogón—Los héroes anónimos Deficiencias que pasarán—Refundición de razas—El abolengo nacional—La visión del porvenir.

Después de haber hecho desfilar por estas páginas hombres eminentes que ocupan un puesto de primera magnitud en la historia, ciu-

dadanos inteligentes y modestos que han prestado al país señalados servicios, y algunos episodios de nuestra vida pública, que merecen ser conocidos y recordados por los contemporáneos y la posteridad, ponemos término por el momento á la tarea que nos habíamos impuesto.

Abandonamos con pesar la pluma que al correr sobre el papel ha estado haciendo revivir hombres y cosas de otros tiempos, ofreciéndonos ese perfume ideal y melancólico de los viejos recuerdos. Sentimos al hacerlo la pena profunda con que se regresa de un viaje emprendido para visitar sitios lejanos y queridos, en que se ha dejado santas memorias y afectos inolvidables. Y esa impresión debe ser mayor, cuando al volver el pensamiento de su peregrinación hacia el pasado, echa de menos seguramente muchas cosas buenas desaparecidas para siempre.

Pero no queremos llegar á la última línea de nuestro trabajo, sin dirigir una mirada hacia

atrás, para apreciar las transformaciones operadas en el tiempo relativamente corto que abarcan nuestros recuerdos.

La República se debatía angustiada entre las dificultades que se oponían á su organización definitiva, mostrando apenas los primeros contornos de su figura, y hoy se destaca ya de cuerpo entero, ocupando un lugar conocido entre las naciones civilizadas.

El primer censo que mandó levantar el presidente Sarmiento, sólo le daba algo más de millón y medio de habitantes, y hoy tiene alrededor de siete millones.

La ciudad de Buenos Aires alcanzaba apenas á ciento setenta mil, y cuenta al presente con más de un millón trescientos mil.

Las rentas no pasaban de quince millones de pesos, y suben en la actualidad de trescientos millones.

Todo ha crecido en esa proporción, y conforme el tiempo pasa, la marcha se hace más

rápida, y el país apresura sus pasos hacia sus destinos definitivos.

Al mismo tiempo que se realizaba esa ascensión constante hacia un grandioso porvenir, han ido cayendo á lo largo del camino los obreros que la promovieron. Todos los hombres que figuran en estos apuntes han muerto, con excepción de muy pocos, que no han sido mencionados sino de paso, porque sus nombres eran necesarios para completar el cuadro.

Unos han tenido ya su glorificación, otros se hallan en camino de tenerla, algunos van recibiendo paulatinamente las recompensas póstumas proporcionadas á sus méritos, y no faltarán quienes queden relegados á la indiferencia y el silencio, pues en medio de la versatilidad y la inconstancia de los pueblos, hay siempre algunos espíritus superiores que tienen por lote de su destino la ingratitude y el olvido.

El más viejo de ellos, el doctor Vélez Sársfield, tiene su nombre colocado entre los primeros nombres de nuestra historia.

Ha dejado un monumento imperecedero con sus códigos, y su posteridad le ha erigido otro en su tierra natal.

Su hermosa estatua, levantada en la ciudad universitaria, está ubicada de manera que su silueta se destaca sobre el fondo azul del cielo, como si de esa manera se hubiese querido significar que está definitivamente entregado á la inmortalidad.

Sarmiento, tan combatido en vida, tuvo una apoteosis en su muerte, y acaba de recibir en su centenario la definitiva consagración.

Entre las manifestaciones que tuvieron lugar con este último motivo, algunas se destacaron por su significación y su brillo extraordinario.

Figura como la primera la unanimidad con que su nombre fué colocado en la cumbre de la gloria.

El movimiento intelectual que se produjo á la sombra de su memoria imperecedera, asumió proporciones inusitadas. La tribuna y la

prensa lanzaron á todos los vientos y en todas las formas, los elogios y las biografías de ese maestro genial de la palabra hablada y escrita.

Pero la nota más tierna y más simpática que embelleció el espectáculo, fué sin duda el candoroso y puro concurso de la infancia. Todas las escuelas argentinas hicieron de ese día su día de fiesta, y millares y millares de niños, sonrientes y jubilosos, desfilaron ante el busto del gran apóstol de la educación pública, llevándole la ofrenda de sus himnos y sus flores.

Ese inmenso rumor de primavera debe haber llegado en alguna forma á los oídos del viejo patricio, que si se cerraron en la tierra, han de permanecer abiertos en alguna otra parte del universo eterno. La muerte de algunos seres es una evolución ó más bien una purificación, ha dicho un gran poeta. Haciéndose invisibles en una forma se hacen visibles en otra. Rotos los vínculos de la carne percedera, queda el espíritu inmortal reinando por sí solo.

La vieja y pobre casa en que nació en San Juan y que él ha inmortalizado en las páginas admirables de sus "Recuerdos de provincia", ha sido declarada monumento nacional. Custodiada por los poderes públicos de la Nación, y rodeada de la simpatía popular, quedará en permanente exhibición ante los ojos de la posteridad agradecida.

La humilde escuela de aldea en que á la edad de quince años empezó á enseñar á sus semejantes, está siendo convertida en un gran establecimiento de educación, templo conmemorativo que perpetuará el recuerdo de la primera chispa desprendida de esa cabeza que como un astro luminoso cruzó más tarde por el cielo de la patria.

Falta su estatua, pues la que se levanta en Palermo no debe ser tenida en cuenta. Sus estrechas proporciones, su defectuosa ubicación, la falta de semejanza con el original, esa frente deprimida en vez de aparecer protuberante,

la ausencia de toda expresión que revele las condiciones tan salientes del personaje, todo hace que no pueda ser considerada como la estatua definitiva de Sarmiento. Sólo tiene un detalle apropiado, y es esa especie de impulso poderoso con que parece precipitarse hacia adelante. Ella puede quedar donde está como un homenaje de carácter local al fundador del parque Tres de Febrero, ó como un recuerdo del enemigo implacable de la tiranía, erigido en el sitio mismo donde ésta tuvo su asiento principal; pero pronto surgirá en otra forma y en otra parte el monumento consagrado como la suprema expresión de la gratitud nacional.

Y si se ha de aplicar á él esa escuela simbólica de que tanto se habla, será necesario que el artista trate de acentuar aun más las formas ya acentuadas de Sarmiento, de manera que su gran cabeza, sus labios espesos, la mole de sus espaldas y sus manos voluminosas, hagan formar una idea de lo que fueron la inte-

ligencia, la voluntad, la acción y la palabra en ese gigante de nuestra historia.

El general Mitre tuvo la rara fortuna de ser glorificado en vida. Sentado á su mesa de trabajo recibió de manos de sus contemporáneos las credenciales de la inmortalidad, que serán seguramente ratificadas por las futuras generaciones. Antes de que cerrara sus ojos para siempre, le fueron discernidos muchos de los honores que sólo se reservan para los que han franqueado los lindes del sepulcro.

Su casa de la calle San Martín está convertida en un museo público. Allí se hallan constantemente expuestos sus muebles, sus obras de arte, los elementos de su labor infatigable, y su grandiosa y nutrida biblioteca en la que pasó tantas horas de su vida, abismando su pensamiento en el estudio, ya sea que tratara de contribuir al prestigio de las letras y las ciencias, ya sea que se propusiera resolver algunos de esos problemas que frecuntemente se

presentaban en el desenvolvimiento de su país.

Unas tras otras desfilarán las generaciones ante ese sitio consagrado como un templo. El camino es conocido y ha sido muy frecuentado. Durante largo tiempo, en todos los momentos críticos ó solemnes de nuestra vida, cuando un peligro amenazador se presentaba en el horizonte, cuando un fausto acontecimiento sacudía de entusiasmo el alma nacional, cuando la vacilación ó la duda se apoderaban de los espíritus, el pueblo corría en patriótica peregrinación á la vieja casa, para escuchar las palabras del ilustre ciudadano, en el fondo de las cuales brillaban siempre la sinceridad y la conciencia.

Numerosas efigies suyas se han levantado en diversos puntos de la República, y se ha preferido dar á muchas de ellas una actitud familiar y democrática que ha contribuído á realzar la popularidad del gran hombre de Estado, pero que no es la que debe caracterizar

su figura á los ojos de la posteridad. Está ya en preparación la estatua definitiva, la que debe presentarle en la forma en que ha pasado á la historia, con los atributos del pensador y del guerrero, que fueron los rasgos principales de su vida, tan difundida en la de su país durante largos años.

El doctor Avellaneda ha recibido grandes y merecidos homenajes, pero no tiene todavía el monumento que se le debe y que no tardará mucho en ser erigido.

Hay hombres eminentes que por motivos de diverso género no suscitan desde el primer momento la ruidosa popularidad, y necesitan de la interposición del tiempo y la distancia para presentarse en sus formas reales y definitivas. Y las manifestaciones tardías que por esa causa les son tributadas, son indudablemente las más firmes y seguras, porque ajenas á los entusiasmos prematuros, que muchas veces se enfrían ó desaparecen pronto, se van preparan-

do lenta y paulatinamente por la reflexión serena y la convicción profunda.

El doctor Avellaneda se encuentra en ese caso. Su glorificación moral ya está hecha, y solo falta su exteriorización en cosas materiales.

El pedestal de su estatua está pronto. Cuando ella se levante ante los ojos de sus compatriotas, los detalles de su ejecución revelarán seguramente al ilustre estadista que hizo de la inteligencia el primer elemento de gobierno, y al delicado hombre de letras que aun en las exposiciones doctrinarias y en los documentos oficiales, no dejó de ser nunca un verdadero artista de la palabra.

Su vieja casa de la calle Moreno, esa casa de antiguo aspecto colonial, que un día le vió entrar triunfante con las insignias del mando supremo sobre su pecho, y que más tarde le vió partir pálido y enfermo para ir á morir en medio de las aguas del océano, se encuentra todavía en pie, pero es casi una ruina.

Su destino actual es muy distinto del que tenía en otros tiempos. Ha sido dividida y subdividida para ser entregada á objetos vulgares del comercio, ofreciendo así esos tristes contrastes que se ven en la vida con tanta frecuencia. El labrador encuentra muchas veces bajo la reja de su arado las piedras de los templos derruidos, ha dicho el mismo doctor Avelleda en uno de sus discursos.

Por la puerta de uno de sus departamentos, que ha sido últimamente clausurada, se alcanzaba á divisar hasta hace poco tiempo el hermoso pino que se alzaba en el centro del patio español de la mansión señorial, y bajo cuyas verdes hojas iba el ilustre presidente á refrescar su frente caldeada por la meditación y el estudio, ó por las febriles agitaciones y las amargas decepciones de la vida pública.

Ese gigante de su raza también caerá, y al fin se desplomará el viejo edificio, pero sobre todas esas ruinas ó sobre las nuevas construc-

ciones que las reemplacen, quedará flotando el espíritu de su antiguo morador, que hizo de aquel sitio un teatro escogido del pensamiento excelso, donde quedaron profundas huellas de la política y las letras.

Adolfo Alsina, como se llamaba al popular caudillo, ha sido también consagrado entre los elegidos; y una selecta agrupación de ciudadanos se ocupa en estos momentos de dar mayor ampliación á los homenajes que han sido discernidos al ilustre tribuno.

Su figura, modelada en el bronce de la justicia póstuma, se levanta en una de las principales plazas de la ciudad, y cualesquiera que sean las críticas que puedan hacerse á esa obra, ella lo representa en la actitud que le hizo más simpático y prestigioso, dirigiendo una de esas arengas que electrizaban á la multitud, pues pasaban par sus labios saturadas en los efluvios de su gran corazón.

Aun está fresca la tierra que cubre los des-

pojos mortales del doctor Pellegrini, y ya el fallo de la historia le ha colocado entre los padres de la patria.

Su memoria empieza á difundirse en la segunda vida de los grandes hombres, y se le pueden aplicar las palabras que él mismo pronunció en la tumba de Sarmiento, repitiendo que su nombre aparece ya al frente de calles, instituciones y establecimientos públicos, como en el cielo sereno aparecen los astros brillantes cuando el sol ha descendido en el horizonte.

Al mismo tiempo que su estatua está en preparación, se construye tambien un gran establecimiento de educación agrícola é industrial que se consagrará á su recuerdo, y que será el homenaje más apropiado que pueda ofrecerse á un hombre tan útil y tan práctico.

Varios otros hombres ilustres ó meritorios de que nos hemos ocupado están recibiendo también las póstumas recompensas, más ó menos proporcionadas á sus cualidades y mereci-

mientos, aunque, según lo hemos dicho recientemente, quedarán algunos relegados al olvido, como ejemplares de esos vivos testimonios de la ingratitud de los pueblos que nunca faltan.

Los sitios en que se ejerció la acción de los prohombres que han proporcionado materia para estos apuntes, han pasado también por diversas transformaciones.

El antiguo edificio del congreso ha sido abandonado; y aunque la amplitud y la ubicación del local se prestaban para que se levantara en él una grandiosa construcción destinada á dar asiento á varias de esas reparticiones públicas que están llamando á las puertas de las casas de alquiler para buscar instalación, se ha preferido conservarlo en ruinas, destinándolo á deposito de los expedientes viejos de la administración.

Con esos papeles inútiles en su mayor parte, están archivadas las voces de los más grandes oradores argentinos.

Al pie de esas dismanteladas paredes resonaron las luminosas inspiraciones de Sarmiento, con sus duros procesos al pasado y sus claridades para el porvenir; la elocuencia tan viril y tan sincera del general Mitre; las oraciones clásicas y las finas ironías del doctor Vélez Sársfield; las frases conceptuosas y brillantes de Avellaneda; los hermosos discursos de Pellegrini; las fluidas disertaciones del doctor Rawson, tan puras y tan límpidas en su fondo y en su forma; la voz honrada y grave de don Félix Frías; las producciones académicas del doctor Irigoyen; las calurosas improvisaciones de Adolfo Alsina; las enseñanzas llenas de patrióticos atrevimientos del doctor Vicente F. López, y las chispeantes fosforescencias de su hijo Lucio; los períodos breves y lapidarios del doctor Tejedor; las impetuosas arengas en que Aristóbulo del Valle mezclaba su arte acabado del buen decir con sus ardorosas pasiones; las exposiciones doctrinarias de los doctores

Paz, Moreno y Malaver; la palabra reposada y atrayente de Delfín Gallo, tan nutrida de sinceridad y de pensamiento; la verba mágica é inagotable de Pedro Goyena, y muchas otras manifestaciones oratorias de tantos y tan distinguidos representantes que ha tenido el país en el parlamento.

El antiguo edificio abandonado ha sido reemplazado por un grande y suntuoso palacio, digno de su alto destino, palacio que aun no se halla terminado, pero en el que ya funciona el congreso argentino, bajo la más elevada cúpula que se levanta en la capital de la República. Ojalá las voces que se escuchen en su recinto, sean siempre una prolongación de los ecos que se hallan dormidos bajo los techos de la vieja casa.

Los restos del antiguo fuerte donde gobernaron los virreyes en nombre del rey de España, y que se convirtieron más tarde en la casa rosada donde gobernaron los presidentes

en nombre del pueblo, han sido demolidos.

Ya no se ve su verja de fierro, ni los modestos jardines que rodeaban el vetusto edificio, ni ese balcón corrido desde el cual Mitre y Avellaneda arengaron más de una vez á la multitud, y donde los transeuntes de la plaza de Mayo se detuvieron algunos días para contemplar á Sarmiento mirando hacia el río con un anteojo marino, á fin de distinguir la arboladura de los primeros acorazados que se esperaban y que él había encargado á Europa para formar nuestra escuadra nacional.

Todo eso ha sido reemplazado por un palacio lleno de defectos y deficiencias, pero grande y suntuoso, cada uno de cuyos departamentos tiene mayores instalaciones que el edificio antiguo.

Allí hay ahora salones de recepciones, salones de banquetes, salones blancos, salones dorados y salones con otras denominaciones tomadas de su destino ó del color de sus tapices.

Antes no había sino un solo salón, al cual habría sido difícil darle nombre, porque servía para todos los usos, y sus muebles charros y de mal gusto tenían todos los colores del iris. Ni las mismas cortinas habrían servido para ese objeto, porque con el tiempo y el uso habían perdido su tinte primitivo. Cuando el deterioro llegó al extremo y fué necesario reemplazarlas, hubo grandes dificultades para la imputación de la suma invertida, porque la única asignación mensual que tenía la presidencia de la República para fiestas y gastos de etiqueta, de carruaje y de oficina, apenas llegaba á cuatrocientos veinte pesos fuertes, y no alcanzaba para esos lujos. Cada uno de los ministerios tuvo que sacrificar en honor del salón presidencial una parte de sus modestísimos eventuales.

Y, sin embargo, entre esos pobrísimos muebles, con esos míseros recursos y al pie de esos desmantelados muros, gobernaron grandes hombres y se hicieron grandes cosas.

Los mismos soldados que entran y salen del palacio para renovar la guardia, ofrecen diferente aspecto.

Los de hoy son jóvenes designados por la suerte en las filas de la guardia nacional, para reemplazar á los antiguos voluntarios, contratados y hasta delincuentes, que parecían regenerarse en el servicio de su patria, y convertirse en verdaderos ejemplos de valor, de resignación y de disciplina.

Nuestros conscriptos están bien vestidos y bien alimentados, y tienen en sus cuarteles todos los pasatiempos y las comodidades compatibles con su noble profesión.

Y si con ello hay motivo de satisfacción al ver que al fin son dignamente tratados los defensores armados de la Nación, hay también motivo para enorgullecerse al pensar en que sus predecesores en la dura carrera dieron días de gloria á su patria en medio de las privaciones y los sacrificios.

Esos viejos soldados carecían de todo, y no tenían como teatro de sus esparcimientos sino el clásico fogón, alrededor del cual se agrupaban para hacer sus míseras comidas, para entretenerse con las crónicas pintorescas de sus penurias y de sus hazañas, para aventurarse á arriesgadas conjeturas sobre la llegada de ese ser fantástico que conocían con el nombre de comisario pagador, y para perderse en cuentas interminables al querer sacar en limpio los meses de sueldo que les debía el gobierno.

Los resplandores de la llama no alumbraban cascos dorados ni vistosos uniformes, sino trajes raídos y usados por entre cuyas desgarraduras aparecían á veces las carnes ennegrecidas y tostadas por el polvo y el sol de las campañas.

Y cuando esos rudos y resignados veteranos se retiraban á descansar, solo tenían una miserable jerga para extender su cuerpo fatigado, pues muchos de ellos no conocieron otro ver-

dadero lecho que el que se les ofrecía en el hospital para morir, si es que antes no cayeron sobre el campo de batalla en uno de sus frecuentes combates contra el enemigo extranjero, contra los adversarios de la organización nacional, contra las montoneras y los caudillos, ó contra los salvajes del desierto en esa formidable guerra de las fronteras, tan llena de gloriosos episodios.

Los pobladores de nuestros lejanos territorios, recorridos antes por el indio indomable, y que hoy se hallan entregados á todas las evoluciones del trabajo civilizado, están abriendo los cimientos de sus casas en el polvo confundido con los huesos de millares de esos héroes anónimos, tanto más meritorios cuanto menos conocidos y recompensados eran sus sacrificios.

Ojalá el eco de esas prosperidades que ellos tanto contribuyeron á fundar, pueda llegar en alguna forma á regocijar su espíritu en la mansión serena destinada al reposo de los que mue-

ren combatiendo por el honor, por la libertad ó por el progreso de su patria.

Una de las pocas cosas que obscurecen el cuadro brillante de tan rápido crecimiento, es esa especie de apocamiento que se nota en la alta intelectualidad y en otras cualidades del espíritu, apocamiento que debe obedecer principalmente á la intensidad y la fiebre de los éxitos materiales que han atraído hacia sí casi todos los intereses y las tendencias, perturbando algunas conciencias al mismo tiempo. Pero esa ráfaga pasará. En cuanto el movimiento vertiginoso que nos lleva hacia adelante se encauce en una corriente normal, el equilibrio se restablecerá.

Y más tarde, cuando haya recibido su sello definitivo esa masa humana que se está formando en nuestro suelo con los elementos de todos los países del mundo, el alto desarrollo material será coronado en proporción por el desarrollo intelectual y moral, y surgirán gran-

des hombres para dirigir la marcha del pueblo hacia todas las conquistas del porvenir.

Y cuando algunos de ellos quieran volver la vista hacia atrás para reconocer el origen de la entidad colectiva, podrán hacerlo con satisfacción y sin temor, porque encontrarán al principio del camino formando el viejo tronco del abolengo nacional, hombres inteligentes, esforzados y virtuosos, que iluminados por la clara visión de los tiempos futuros, y arrostrando todo género de peligros y sacrificios, dieron el primer impulso á la patria naciente, á esa patria que avanza hoy triunfante en medio de todos los progresos, y que los argentinos de la hora presente nos complacemos en imaginar allá lejos, entre los risueños y rosados celajes del porvenir, poblada por millones de hombres buenos y felices, rodeada de esplendor y de grandeza, y destacándose como un gigante entre los pueblos de la tierra.

INDICE

ANECDOTAS

Un itinerario modificado.	5
Como se escribe la historia.	9
Un telegrama de Sarmiento.	17
Diálogo original.	21
Sarmiento y Guarumba.	25
Una evasión.	29
Discurso perdido.	32
Una lección ejemplar	39
Sarmiento y la prensa.	45

PERFILES MINISTERIALES

- I. Los ministros en las monarquias
y en las repúblicas.—Richelieu y
Bismark — Una página de Víc-

- tor Hugo. — Confidencias de Luis Felipe. — Intervención presidencial en el gobierno. — Relaciones entre los presidentes y sus consejeros. — Lo que debe ser un ministro. — Entretelones oficiales. — Galería ministerial. . . . 51
- II. El ministerio de Sarmiento. — El doctor Vélez Sársfield. — El derecho y el latin. — Cuestiones constitucionales. — Ferrocarriles y telégrafos. — Una imputación de gastos combatida. — Frases felices. — Recursos oratorios del gran ministro. — Su retiro del gabinete. — Su muerte. — La despedida de Sarmiento. . . . 65
- III. El doctor Avellaneda en el ministerio de instrucción pública. — Ambiciones y presentimientos. — La edad de oro de la educación popular. — Escuelas, colegios, bibliotecas é institutos científicos. — El primer inventario

de la riqueza nacional. — Don Eduardo Olivera. — Candidatura presidencial. — Renuncia del ministerio. — A la presidencia de la República.

78

IV. El ministerio de relaciones exteriores en la administración Sarmiento. — El doctor Mariano Varela. — “La Tribuna”. — El doctor Carlos Tejedor. — Su carácter y su estilo. — Una frase del doctor Vélez Sársfield. — V. E. es nadie. — Las cuestiones internacionales. — La misión de don Félix Frias en Chile. — Una anécdota del general Lavalle. — Los arreglos con el Brasil y el Paraguay. — Una nota picante. — Las reclamaciones extranjeras. — Ultimos servicios del doctor Tejedor.

93

V. El doctor Uladislao Frias. — Números y cuadros estadísticos. — Una frase de Sarmiento

y otra de Avellaneda. — El doctor José B. Gorostiaga. — Un cuadro halagüeño. — El señor Luis L. Dominguez. — Sus aficiones á la historia y á la poesía. — Su actuación en el ministerio de hacienda. — De las finanzas á la diplomacia. — Una honrosa tradición. — El general Martín de Gainza. . . 118

VI. El doctor Bernardo de Irigoyen. — Su primera figuración. — Su estilo y su oratoria. — Su estudio de abogado. — En los ministerios del interior y de relaciones exteriores. — La cuestión de límites con Chile. — El tratado de 1881. — Candidatura presidencial. — En el senado nacional y en el gobierno de Buenos Aires. — Semillero de anécdotas. — Una muerte tranquila. — Un recuerdo duradero. . . . 135

VII. El doctor Adolfo Alsina. — El

- doctor Simon de Iriondo. — Su actuación en el ministerio del interior. — Su influencia en Santa Fé. — El doctor Onésimo Leguizamón. — En una misión á Roma. — Los votos de un poeta. — En el ministerio de instrucción pública. — Algunas palabras del doctor Avellaneda. 154
- VIII. El señor Norberto de la Riestra. — Su vasta figuración. — Su intervención en el arreglo del primer empréstito argentino. — Su programa financiero. — El crédito nacional. — Un acuerdo memorable. — Cambio de carteras. — Un honroso ejemplo. 166
- IX. Los gabinetes de la conciliación. — Crisis tras crisis. — El doctor Rufino de Elizalde. — Un tratado con Chile fracasado. — Energía del gobierno argentino. — Ocupación de Santa Cruz. — El doctor José M. Gutiérrez. —

- El doctor Saturnino M. Lasfiur. — El doctor Manuel A. Montes de Oca. — Balmaceda. — Otro tratado con Chile sin resultado. — La cuestión Corrientes. — El doctor Bonifacio Lastra. — Sarmiento. 177
- X. Pellegrini. — Su actuación en el ministerio de la guerra. — Su figuración en el Congreso—1890 —En la presidencia de la República. — La resurrección del país. — Las obras de salubridad. — El Banco de la Nación. — Un cargo inmerecido. — Esperanzas frustradas. — La gratitud nacional. 193
- XI. El doctor Benjamín Paz. — Su actuación en el foro, en la magistratura, en la administración pública y en el congreso. — El doctor Manuel D. Pizarro. — Su inteligencia y su carácter. — En el senado nacional. — La cues-

- ción capital. — En el ministerio de instrucción pública. — Una discusión original. — Protestas de Sarmiento. — Otra vez en el senado. — Un éxito parlamentario. — De la vida pública á la agricultura. 211
- XII. El doctor Vicente F. López. — Su actuación en el ministerio de hacienda. — Una escena imponente. — Homenaje á tres generaciones. — El general Luis M. Campos. — Valor, lealtad y disciplina. — Innovaciones y tradiciones. 229
- XIII. El doctor Santiago S. Cortinez. — En las finanzas y en la contaduría nacional — El contador Vivas. — El presupuesto y la ley de contabilidad. — La retórica y la aritmética. — La nostalgia del trabajo. — Honores que pasan y recuerdos que quedan. 239

XIV. El doctor José V. Zapata. — Su espíritu organizador. — Planos y números. — Tierra pública, ferrocarriles y sociedades anónimas.—Una modestia excesiva.— El doctor Amancio Alcorta. — En los ministerios de instrucción pública y de relaciones exteriores. — La cuestión de límites con Chile. — Su solución definitiva. — Los entretelones de la vida oficial. — Lo que se vé y lo que no se vé. — Injusticias y recompensas.	247
---	-----

CONCLUSION

Una mirada retrospectiva.	267
-----------------------------------	-----

FIN

\$ 130 Pteo. Central
 Exp 110,649/62